



## LA LOCURA DEL PROFESOR HOFFMANN.

Extendíase la reputacion del profesor Hoffmann muchísimo más allá de los límites de la famosa universidad escocesa de X..., en la que hace algunos años ocupaba la importante cátedra de química. De él se decia que podria dar clase sin prepararse en la mitad de las facultades de su universidad. Sobre algunos asuntos no sabia una palabra; en teología, derecho, clásicos, en *humanidades* en general, como los escoceses con propiedad llaman á esas ciencias, estaba tan ignorante y con tan poca curiosidad en lo tocante á ellas como un niño; pero aquí concluia su ignorancia, y el campo de su sabiduría era más que dilatado en ciencias físicas. Matemáticas, medicina en todas sus partes desde la anatomía á la biología, astronomía, historia natural, filosofía en cada una de sus ramificaciones y extensiones desde la lógica á la metafísica, en todo esto era un filon inagotable de informes pronto y exactos.

Como individuo, el profesor Roderick Dew Hoffmann era tan notable como en su calidad de profesor. Debia su inusitada combinacion de nombres á que su madre era escocesa y aleman su padre. De aquella, que habia fallecido siendo él muy niño, heredó el *perfervidum ingenium scotorum*, la fogosa energía de carácter escocesa; de su padre tenia el asídúo y paciente temperamento de la raza germana. Fué su padre, profesor ejemplar de matemáticas en la misma universidad, quien le educó y enseñó las vias del profesorado; quien desde temprano destruyó en él toda inclinacion hácia las cosas, simpatías y conocimientos meramente mundanos; quien le en-

señó que nada habia en el mundo que compensara la pena de vivir sino las ciencias exactas y las físicas; quien le prohibió que leyera un solo verso, ni una página de novela, ni que se entretuviera con forma alguna de literatura que directa ó indirectamente tuviera que ver con las pasiones, emociones, ambiciones, temores, esperanzas, ni áun con los sentimientos corrientes y de todos tiempos de la pobre naturaleza humana: y el muchacho, con la docilidad propia de la raza de su padre, se amoldó á la educacion que se le daba, fué un prodigio por su saber ya en sus juveniles años, y un asombro completo de simplicidad é ignorancia respecto á la humanidad. Murió su padre cuando Roderick contaba veinte años, muy contento de lo que habia trabajado en este mundo, y persuadido de que su obra de más valor, con gran diferencia de las otras, habia sido el haber introducido en el mismo á Roderick Dew Hoffmann y haberle puesto en el camino que seguiria.

Así, pues, á los veinte años se encontró el jóven huérfano con una buena fortuna procedente de su madre, y sin la más pequeña inclinacion á buscar un porvenir fuera de su universidad; era á la sazón un jóven con aspecto de estudiante aleman, de cútis delicado y blanco, buenas facciones, pelo lacio y rubio, el cual echaba para atrás desde la frente, con anteojos azules constantemente puestos, porque se habia debilitado la vista ya á fuerza de estarse las horas muertas hojeando volúmenes sin cuento, y observando ansiosamente en su laboratorio los hornos y crisoles con el calor del fuego blanco. Una expresion agradable y franca, con una sonrisa parte por satisfaccion de sí propio, parte por satisfaccion de sus semejantes, habia sido tan constante en su fisonomía que habia acabado por imprimirse fijamente en su rostro; y hasta en sus momentos más graves y de más meditacion, las líneas de los lábios se encorvaban ligeramente hácia arriba con la expresion habitual del agrado.

Era muy popular y lo merecia, porque llevaba sus acumulados honores juveniles con la mayor modestia y era todo lo amable que su sonrisa prometia; pero podia echarse de ver que sus simpatías no eran hácia los individuos tanto como hácia

la colectividad humana; á sus amigos y conocidos deseaba el bien, pero lo que ansiaba de tal manera que era en él su única pasión, era el adelanto del saber humano, la iluminación de la verdad y la disipación de los errores.

Un su amigo y su compañero de estudios y á más admirador del joven Hoffmann, había dicho de él en una ocasión: «Nadie respeta á Hoffmann más que yo, pero no puede uno sentirse completamente á sus anchas con un individuo que gozaria más en hacer la autopsia de su amigo, si éste tenía algo que se saliera de lo normal, en provecho del resto de la humanidad, que en tener las sencillas relaciones de una amistad vulgar con él.»

Esta idea de las obligaciones de la amistad, algo limitada si se quiere, y esta completa carencia del elemento afectivo en Hoffmann, no eran absolutamente obstáculo para la estimación y respeto que le tenían sus compañeros; porque el estudiante escocés joven, por regla general, si algo hay en él que valga, está dispuesto á tomarlo todo muy por lo serio, y sus aspiraciones siguen la misma dirección que las de Hoffmann, y al ménos, mientras es joven, quiere hacer desaparecer al individuo, ó le gusta creer que le hunde en la causa más grande de la humanidad.

Un año ó dos después de la muerte de su padre, cuando el joven salió brillantemente de todos sus exámenes últimos, hechos en su caso por mera fórmula, vacó la cátedra de química y le fué ofrecida. Su primera conferencia excitó mucho la atención en la universidad; la habitación estaba llena, hasta el punto de que no cabía un alfiler, de profesores y de estudiantes, críticos severos. El joven profesor se excedió á cuanto de él se esperaba y demostró ser expositor tan afuente y brillante como ya de antemano se sabía que era sábio. La sabiduría y la facilidad de explicar no son, sin embargo, cosas tan raras que merezcan mención especial; lo que principalmente contribuyó á formar su gran reputación fueron sus muchos y notables descubrimientos en casi todos los ramos de la ciencia física. Su reputación ciertamente quedaba oscurecida por una circunstancia muy extraordinaria: su modestia y su completa carencia de ambición personal.

Quince años consecutivos desde su elevacion á la cátedra de química trabajó sin levantar cabeza en su clase, en su laboratorio y en su estudio. El mundo exterior ni sabia más ni se le importaba más de Roderick Hoffmann que del Fulano de Tal más oscuro que haya entrado á llenar un hueco en las filas de los filisteos (1); pero los grandes resultados de sus trabajos al fin se desbordaron á pesar suyo. Cuando el célebre profesor de Heidelberg, Zimmerspüzen, dió al admirado público su celebrada monografía sobre los hiposulfitos, revolucionando con ella toda la teoría existente, tanto de los sulfitos como de los hiposulfitos, los primeros discípulos de Hoffmann, repartidos por todo el mundo, los unos profesores de otras universidades, los otros tranquilos ministros de la Iglesia, ó médicos en lugares remotos, se quedaron completamente absortos con el anuncio de lo conseguido por el profesor Zimmerspüzen. «¿Cómo?» decian ellos. «El viejo Hoffmann» (con este epíteto se le habia designado casi desde su niñez), «el viejo Hoffman nos explicaba todo esto hace ya años en la clase.» Otra vez, cuando Carlo Bomba, de Milan, electrizaba al mundo astronómico por su simultáneo descubrimiento de tres nuevos planetoides, y sentaba de una vez para siempre ciertas graves sospechas que alimentaban los astrónomos en cuanto á las distancias relativas de los cuerpos celestes colocados entre Marte y Júpiter, el descubridor italiano omitió anunciar que habia estado en correspondencia con Hoffmann de X..., el cual habia deducido la existencia y la verdadera situacion de estos planetoides por un procedimiento puramente inductivo; y sólo se supo la verdad mucho tiempo despues del accidente.

El hecho era que el profesor Hoffmann estaba en correspondencia con la mitad de los hombres científicos de Europa, dando una indicacion aquí, dominando allí una dificultad, apoyando las vagas consecuencias de un filósofo por un laborioso curso de investigaciones y trazando la línea de otra

---

(1) Lllaman *filisteos* en las universidades alemanas y en las inglesas á todos los que no estudian en ellas, y sobre todo á los comerciantes.—Nota de la R. C.

série por una atrevida y vigorosa hipótesis; á veces tambien poniendo en conexion, como por una chispa eléctrica, los al parecer perdidos trabajos de toda la vida de algun obrero paciente en algun oscuro ramo de la ciencia, con las investigaciones de algun otro olvidado investigador de la verdad.

Jamás movió á Hoffmann la ambicion de ser conocido y aplaudido. Entendia él que para los otros era estímulo la fama y se alegraba de que así fuera, pues así podia ser la verdad más celosamente buscada y alcanzada. La única condicion impuesta á cuantos con él entraban en correspondencia era que su nombre, su auxilio, sus sugerencias jamás habian de hacerse conocidos. La condicion no se rompió nunca, y pronto se supo su carácter en este concepto.

Ninguno que se afanara sériamente por buscar la verdad en la causa del progreso real, fuese éste estudiante ó profesor, acudió nunca en vano á Hoffmann. Solamente á una clase negó tercamente su ayuda. Se susurraba que en el curso de sus investigaciones habia aprendido ciertos secretos curiosos, al parecer sin importancia en sí, y que tenian solamente una conexion incidental con la gran marcha del adelanto científico. Decíase que en el curso de investigaciones más importantes habia encontrado los disolventes de muchas de las gomas del comercio, tenidas ántes por insolubles; que en el estudio de los álcalis y ácidos, habia dado con el descubrimiento de la combinacion de tintes y baños, de nuevos y exquisitos matices para sedas y terciopelos; que trabajando en los silicatos, habia redescubierto las artes perdidas hace mucho de vidriar las lozas con alegres rojos y verdes y azules y de empañar el cristal con tintas que nunca habian podido dársele desde los tiempos de Carlomagno. Todos estos problemas los habia resuelto por pasatiempo, como si dijéramos casualmente, estimándolos como bagatelas dignas apenas de la atencion de un filósofo sério.

Por poco que apreciase estos resultados el profesor, habia hombres á quienes parecian de incalculable importancia. Continuamente y una y otra vez se acudia á él para hablar de este asunto. Se le hacia ver que el comunicar ciertos secretos equivalia á una gran fortuna. Se le tentaba con ofre-

cimientos de dinero: «¡Soy más rico ya de lo que quiero!» decía el profesor Hoffmann, riéndose. Se le proponía que tendría acciones gratuitas en las empresas comerciales, en las que se utilizarían algunos de sus descubrimientos y que esto le proporcionaría una fortuna de príncipe: «Os digo que no quiero fortunas de príncipe,» decía Hoffmann. «Pero considerad,» decía el fabricante insistiendo, «la fama que os traería.» «La fama de haber inventado un nuevo tinte ó de haber abaratado la fabricación de la pintura blanca,» y soltaba una carcajada el profesor. «Pero considerad, querido señor mio, el empuje que podríais dar á la ciencia con una fortuna de príncipe.» «Con eso me recordais,» decía el profesor siempre de buen humor, con una sencillez que de todo tenía menos de fingida, «que ya poseo una fortuna de mi propiedad exclusiva.»

Cuando los caballeros de la manufactura salían chasqueados, se volvía él á uno ó dos jóvenes á quienes por favor especial concedía la entrada en su laboratorio, y les decía: «Muchachos» (siempre de broma llamaba así á sus discípulos de clase) «no sabíais que yo era hombre rico; pues esa es la verdad. Soy más todavía. Hay una parte del reino donde yo soy propietario de todo desde el centro de la tierra (sobre cuya temperatura, dicho sea de paso, está equivocado de medio á medio nuestro profesor de geología), hasta los planetoides del Dr. Zimmerspüzen ó más alto, si quiero, todavía.»

Se observará que el profesor tenía una buena parte de lo que pudiera llamarse la *retórica del profesorado*. Sus períodos eran fáciles y redondos, y cada uno contenía un hecho, ó al ménos, una vislumbre sugestiva de alguna verdad científica. «Sí, decía él, soy un señor de tierras, y como las vacaciones empiezan la semana que viene, voy prácticamente á hacer el experimento de lo que es mejor, si ser profesor en X..., ó un señor en el condado de...»

La siguiente semana estaba el profesor Hoffmann camino de sus propiedades, que consistían en unas noventa mil áreas de tierra no muy rica que había heredado, situadas en la extremidad occidental del país, junto á la orilla del mar. El profesor no era hombre de mundo en ningun sentido; pero

era excesivamente sagaz, ó mejor dicho, tenia en sí con qué ser sagacísimo. Podia distinguir despues de un cortísimo exámen al hombre honrado del tunante, y al inteligente del necio. Cuando heredó las tierras y cuando el viejo administrador de su padre fué á verle, llegó en seguida á comprender que era un hombre digno de toda confianza. Sus instrucciones fueron sucintas. «Tratad con justicia á mis arrendatarios,» le dijo; «tenedlo todo en buen estado de conservacion; alquilad la casa al mejor inquilino que encontréis y remitid con regularidad los fondos á mi banquero. Sobre todo, no me escribais sino una vez al año, y eso lo más corto posible. Si alguna vez se me ocurre ir á visitar las tierras, os pediré uno ó dos dias de hospitalidad.»

Se habian pasado quince años, sin embargo, y nunca habia hecho una visita á sus propiedades el profesor Hoffmann, ni habia vuelto á ver la cara de su administrador. En esta ocasion le habia escrito que podia esperarle; y al dia siguiente, habiéndose despojado, como hombre de buen sentido, de lo que constituia exteriormente al profesor, y puéstose el cómodo traje de un caballero comun del campo en Escocia, habia llegado, permítase la frase, á sus propias cercanías, habia enviado con un muchacho su saco de noche, y estaba preguntando por el camino y explorando por encima los recursos del terreno de su propiedad.

El profesor era exclusivamente un hombre de la ciudad, y de una ciudad de mucho humo, del salon de lectura lleno de gente y perfumado por el gas, de la empolvada biblioteca, del laboratorio impregnado de olores extraños, penetrantes y desagradables; y siendo el humo, el gas, el polvo y las emanaciones químicas los símbolos del trabajo de toda su vida, habian sido para él siempre el verdadero alimento de su aparato respiratorio y las cosas que más amaba su alma. Ninguna otra habia entrado en sus planes de vida. En el campo se habia figurado siempre que seria desgraciado y, sin embargo, allá en lo más recóndito de sí mismo bullia, ahora una especie de placer nunca sospechado en las cosas y en la vida del campo.

—Cuando llegueis á lo alto de aquel montecillo—dijo una

mujer que estaba en la puerta de una choza—cruzais unos escombros que hay precisamente al pié de aquella arruinada torre, y allí vereis ya el mar, y cuando esteis allí estareis en la misma tierra de Mr. Hoffmann, y todo lo que hay hasta el mar es suyo.

Siguió su camino á buen paso á través del poco accidentado valle, subió el repecho de la colina, se encaramó sobre un muro de pared baja colocado junto á las desmoronadas ruinas de la torre, y por la vez primera en su vida comprendió el extraño sentimiento de ser el propietario de la tierra que se pisa. Una brisa fresca le saludó, en la cual el olor del mar se mezclaba deliciosamente con el de las flores silvestres que le rodeaban. «Nunca, pensó él, he sentido nada que se parezca á esto.»

El profesor Hoffmann se quitó los anteojos.

Estaba el mar casi á sus piés, unas treinta varas ó cosa así debajo de él; no el mar despejado, sino un abra ó ria larga y estrecha, muy tranquila, clara y azul, con una cenefa de arena de plata en cada orilla.

El brazo terminaba de pronto una media milla más adentro del sitio en que él se encontraba, y desde donde concluía, un valle espléndidamente verde de césped, arbustos y unos pocos árboles formaba una dulce pendiente hasta encontrar la cadena de colinas que le servía de cintura. La union de la caleta con el Océano no era visible y parecía ser un estrecho lago interior, cuyo extremo se perdía en las revueltas de las colinas.

El doctor Hoffmann, aunque profesor y filósofo, estaba conmovido de una manera inexplicable. No podía ó no quería darse cuenta de ello. Todo lo que podía hacer era exclamar de cuando en cuando, lo mismo que el viajero aficionado á vistas y más superficial pudiese haber exclamado: «¡Hermoso, precioso, exquisito!»

Bajó á la orilla del agua, observó á los peces moviéndose rápidamente en sus transparentes profundidades, luego dirigió sus pasos á la cabeza del lago. Allí un arroyuelo se despeñaba ó corría aceleradamente sobre sus arenas y cascajo de oro hasta caer en el mar. Hoffmann anduvo de un lado para

otro aquella llanurita, deslumbrado por su extraña belleza. Como un hombre recién desembarcado en algún paraíso tropical desconocido, las cosas á su alrededor le eran casi familiares, y, sin embargo, más maravillosas y agradables cien veces que se las había figurado. Era, ya lo hemos dicho, un botánico excelente, que conocía la flora de todas las tierras, instruido en nomenclaturas y clasificaciones, maestro perfecto del *Hortus siccus*, pero hasta entónces indiferente por completo al crecimiento de las plantas en todo aquello que no tocara al punto de vista científico. Bajo una roca cubierta de musgo, sobre la que caía un delgado chorro de agua, crecía una planta. El profesor bajó á coger una ramita y la contempló en su mano con admiración. Al primer golpe de vista supo cuanto había que saber respecto á ella, su género, especie y demás detalles botánicos; la había visto dibujada en grabados perfectamente hechos, ó aplastada, muerta y seca entre dos hojas de papel, pero nunca la había visto antes como cosa viva y que crecía. «*Athyrium filix-fœmina*,» dijo entre dientes; «con razón se la llama helecho hembra. ¡Qué gracia tan perfecta, qué belleza tan exquisita!»

El profesor permaneció un buen rato en la actitud del impresionado por las bellezas de la naturaleza, y para cualquiera que no conociera tanto como el lector sus cualidades profundas y brillantes, la actitud tenía su aspecto absurdo. Llamóle de nuevo á la existencia mundana el sonido de una tos repetida tres ó cuatro veces muy cerca de él. Ahora bien, el profesor tenía tanto de médico como de botánico; su habilidad para hacer pronósticos era singularmente perspicaz, y esta facultad le hizo conjeturar enseguida la clase y naturaleza de la tos. «Esa,» se dijo á sí mismo, mirando alrededor suyo, y poniéndose de nuevo sus anteojos, sin los cuales no sabía estar en presencia de un prójimo, «esa es la tos de una persona jóven amenazada de tísis.» En este momento aparecieron dos señoras, una no vieja todavía, y la otra más jóven, una madre y su hija. El profesor había considerado siempre á las mujeres de todas clases como séres indiferentes para los fines científicos, y con unas pocas excepciones brillantes, incapaces de ellos; séres, por lo tanto, más ó menos.

sin interés. Era un sexo con el que había que tener deferencias, pero que no presentaba al hombre de ciencia problema digno de solución. Innecesario es decir que el profesor Hoffmann había visto muy poco de la sociedad de mujeres, y que maldita la gana que tenía de ver más tampoco. Tenía una regla cuando acontecía que llegaba á verse cerca de señoras; era ésta quitarse el sombrero, hacer una gran reverencia, y alejarse lo más pronto posible sombrero en mano. El profesor Hoffmann, mirando algún tanto de reojo á la de más edad de las dos señoras, con la rama de helecho todavía en su mano—y observando en el rostro de aquella la terrible expresión que es de costumbre en las señoras de alguna edad en esta favorecida isla, (ya vivan en el Norte ó en el Sur, bien en la parte occidental, bien en la oriental de ella) tomar al principio cuando echan de ver á un extraño por completo—el profesor, confundido por dicha expresión del semblante, estaba poniendo en práctica su maniobra acostumbrada, y estaba empezando á escaparse con su usual y política rapidez, cuando habló la señora.

—Perdonad—dijo en agradable tono—no interrumpamos nosotras vuestra botánica. Tan poquísima gente llega á adivinar este delicioso lugar, que tomamos casi como un cumplido que alguno traspase sin permiso los límites de Castle Glen.

El profesor empezó á sentirse mal. En seguida comprendió el estado de las cosas. Estas señoras no podían ser otras que las señoras de Fraser, madre é hija, á quienes Mr. Gordon, su administrador, había alquilado su casa, según ahora recordaba. Sería absurdo no explicarles quién era, ó por qué se encontraba allí por vez primera en su vida, ó permanecer bajo la imputación de ser un trasgresor, por mucho que éste fuera tolerado, en sus propias tierras; y con todo, mejor hubiera querido improvisar una conferencia en aquel instante sobre toda la flora, fauna y geología del valle, que echar sobre sí el peso de esta explicación sencilla.

—El hecho es—empezó—que se me había dado á entender que estaba en las tierras del Dr. Hoffmann.

—En ellas estais—dijo la dama con agradable sonrisa.

—Os va á parecer raro—dijo el profesor—pero... el hecho es... la cosa parece bastante absurda tambien... para concluir... el Dr. Hoffmann *soy yo*.

Levantó la vista para ver cómo se acogia esta noticia, y se quedó en una pieza al observar que Mrs. Fraser avanzaba hácia él con rostro radiante y una mano extendida hácia adelante.

—Permitidme entónces—dijo aquella señora— presentarme á mí misma como prima vuestra. Soy Margarita Rothesay, prima hermana de vuestra madre, y ésta es mi hija Isabel, y por consiguiente sobrina vuestra.

El profesor estrechó las manos de sus nuevas parientas, y aunque algun tanto descompuesto, no estaba disgustado. Era la madre una persona corpulenta, agradable, locuaz y sonriente: la hija era pequeña, blanca, y de delicado aspecto, y linda hasta dejarlo de sobra, graciosa é interesante. El profesor Hoffmann no habia pensado que el mundo pudiera haber producido una cosa tan linda, tan graciosa y tan interesante; nada que pudiera sonreir con tanta dulzura ni hablar con voz tan musical y tan suave.

—Verdaderamente nosotras somos vuestras inquilinas, como naturalmente tendreis sabido—dijo Mrs. Fraser.

—Sí—contestó el profesor Hoffmann—aunque no se me pasó nunca por la imaginacion que fuera yo tan afortunado que mi inquilino fuera al mismo tiempo mi pariente. Estoy tan metido en trabajos científicos, me aventuro á creer que ya lo habreis oido decir, que para ninguna otra cosa me queda tiempo.

—Teneis ciertamente una reputacion formidable — dijo Mrs. Fraser—y á no ser por habernos encontrado ahora accidentalmente...

—Y porque habreis descubierto cuán poco formidable soy — interrumpió el profesor riéndose y manifestando, asombrado de sí propio, un talento en toda la extension de la palabra para el lenguaje social.

—A no ser por habernos encontrado accidentalmente, no creo que me hubiera atrevido á darme á conocer como pariente. Ahora, no hay que hablar de ello; vendreis á vivir con nosotras mientras esteis por estos andurriales.

—Realmente—dijo el profesor—es mucha hospitalidad la vuestra; pero Mr. Gordon está...

—¡Oh, no, no, por favor!—dijo la dama.—Sé lo que vais á decir, pero nosotros los escoceses tenemos un adagio que dice que la sangre es más espesa que el agua. *Es indispensable* que nos deis la preferencia.

—Sois muy buena y no hay modo de rehusar.

—Perfectamente—dijo Mrs. Fraser.—¿Verdad que nuestro encuentro fué una coincidencia de lo más extraordinario?

—¿Verdad que sí?—respondió el profesor al momento, desarrollando á cada momento la facultad latente de responder con oportunidad y presteza, que es el alma de una conversacion general.

Así discurrendo natural y agradablemente, tomaron los tres muy despacio la direccion de la casa.

## PARTE SEGUNDA.

Cinco años han trascurrido desde las no muy extraordinarias ocurrencias ya narradas, cuando encontramos de nuevo en Castle Glen al Dr. Hoffmann en compañía de otro caballero norte-americano. El aspecto de aquel pequeño valle ha cambiado mucho y de un modo curioso desde la primera vez que el lector lo conoció, y este cambio ha sido empeorando muchísimo. Verdaderamente apénas se hubiera podido reconocer aquello por el mismo sitio, á no ser por la alta torre en la cima de la colina que dominaba el valle y de donde tomaba su nombre, y por el estrecho brazo de mar que reflejaba sus colinas. Donde el brazo de mar terminaba y empezaba el valle, yacia un monton de piedras sillares desagradable á la vista, parte en el agua, parte en tierra. Hasta el contorno del lugar estaba cambiado; en su porcion más baja estaba desmontado, formando prados por unos lados y por otros terraplenado; en su extremo más alto conservaba todavía su primitiva irregularidad y algo de su lozanía, pero los árboles y arbustos estaban en todas partes torcidos y destrozados, como si todo aquel paraje hubiera sido teatro de alguna terrible convulsion de la naturaleza.

El Dr. Hoffmann estaba sentado en una de las grandes piedras al borde del agua, mirando sin fijarse las ténues olas al doblarse las unas contra las otras. Su compañero estaba explorando el valle: aquí trepando sus escarpadas orillas, allí arrancando la hoja de una planta, allá recogiendo una piedra, acullá examinando la tierra que pisaba. De pronto se acercó á su compañero, llevando en la mano un gran ramo de ejemplares botánicos.

—Querido profesor mio—empezó riéndose—vuestra conducta es, para no calificarla de otro modo, excéntrica. Me prometeis traerme á un sitio en el que pueda conseguir algunos ejemplares raros; lo encuentro ciertamente todo cuajado de plantas que jamás ví antes, y os estais ahí hecho un autómata, sin tomaros el menor interés en la cosa, cuando teneis más botánica en la punta del dedo meñique que yo en todo mi cuerpo. Vamos, mirad esta planta, ¿qué es?

—*Statice gloriosa*—dijo el profesor distraidamente—procede de Méjico.

—¿Y ésta?

—*Saxifraga insignis*, del alto Egipto.

—¿Y éstas?

Dió el profesor á cada planta su nombre botánico sin vacilar, y al mismo tiempo el lugar tropical ó semitropical de su origen.

—¿Y, en nombre de todo lo que es sorprendente, cómo han venido estas plantas á criarse en un remoto valle escocés?

—¡Quién sabe!—dijo el profesor Hoffmann.

—Mirad, mirad esto—dijo su amigo abriendo la mano y enseñando algo que parecia arena muy fina—¿no es esto cristal? ¿Y cómo se ha reducido á polvo tan fino?

—Es cristal, y efectivamente que está molido de un modo notable.

—Pero Hoffman—replicó su enérgico compañero—¿qué significa estaros ahí sentado, como Mario en Cartago, en estas ruinas de lo que parece haber sido un palacio?

—Teneis razon al llamarlo ruina: jamás hubo otra tan completa.

—¿Sabeis su historia y la historia de todo este lugar?

—La sé.

—¿Quereis contármela?

—No. Es la historia de un mentecato, y mejor es para olvidada.

—¡Ah!—dijo su amigo.—¿Conocíais al sujeto?

—Perfectamente bien.

—¿Quizás era un amigo cuya debilidad no deseais volver á recordar?

—Por el contrario; fué, en un sentido, mi mayor enemigo. Su locura fué mi destruccion.

—Entónces—dijo su pregunton compañero—no admito excusas; es necesario absolutamente que me conteis la historia de este lugar extraordinario.

El profesor Hoffmann, despues de una pausa, contestó:

—Despues de todo, no hay motivo para no contarla, y voy á hacerlo.

Empezó como sigue:

—Habeis de saber que hace cinco años, sobre poco más ó ménos, un individuo que se llamaba—le llamaremos B.—que era el propietario de estas tierras, y de este sitio en particular, se impresionó tanto con la singular belleza de este pequeño valle, encerrado en sus casi perpendiculares costados á manera de muros, que determinó, no solamente edificar una casa aquí á la orilla del agua...

—Otra Cartago.

—Justamente; pero en su... vamos, en su extravagancia, determinó tambien cerrar todo el valle con avenidas y un techo de cristales.

—¿Era millonario B.?

—Ni mucho ménos. Era, como yo, profesor en una universidad de Escocia. No era, sin embargo, pobre, porque tenia una renta de unas dos mil libras esterlinas al año y ahorros con que empezar que subian á treinta y cinco mil libras.

—Tenia algo descompuesto aquí, supongo yo—dijo el amigo, tocándose la frente.

—Algo le faltaba ahí, como decís; era á la verdad un asno, como antes os dije.

—¿Pero estaba enfermo ó tenía algun motivo para encerrarse entre cuatro paredes en una estufa de flores?

—No estaba enfermo, pero tenía un motivo, y uno bastante fuerte; pero no entenderéis su fuerza hasta que yo os ponga un poco en antecedentes con respecto al carácter de B. Vos, querido amigo, sois un hombre de estudio, de letras, político, algo artista, viajero y amigo de divertiros: habeis viajado, habeis visto el mundo por todos sus cuatro costados, conoceis sus cosas y en todas partes os encontrais á vuestras anchas. Apenas es posible que os formeis una verdadera idea de un hombre como B. Enseñado desde la niñez á despreciar todo lo que en el mundo no fuera adquirir conocimientos científicos y perseguir la verdad científica, se movió muy deprisa en esta estrecha senda y muy pronto se hizo en ella distinguido. Sabeis cuán celosos somos los profesores los unos de los otros, pero os digo francamente que B. sabia tanto como yo en todo lo que forma el campo de mis estudios.

—¿En astronomía ó metafísica ó medicina ó en qué?

—En química.

—Me permito no creerlo, Hoffmann: todo el mundo dice que sois un coloso en química.

—Él era un Anteo. Bueno, siguiendo con mi historia, B. era un gran hombre en su especialidad, pero en todo lo demás era un simple rematado. Un día se enamoró hasta perder la chabeta.

—Me pareceis duro con B. ¿Por qué no había de enamorarse?

—Porque un hombre que tiene su cabeza entre los asteroides debe saber mejor lo que se pesca.

—¿Se casó con la jóven?

—No. La jóven estaba tísica, ó en camino de estarlo, y tenía que pasar los inviernos en otros climas. Él nunca se declaró claramente, aunque su idea era hacerle el amor, pero un día le dijo estando juntos precisamente en este mismo sitio, y lamentándose ella de que su salud la obligara á pasar todo el invierno y la primavera en algun rincón extranjero horriblemente antipático, lejos de sus amadas montañas escocesas y de sus lagos, montes y valles:

—¡Qué lástima que este pequeño valle no pueda ser amurallado y cubierto de cristales! Podría uno gozar de un clima mejor cien veces que el de Italia ó Egipto.

Pareció que á ella le gustaba la idea.

—Si fuese posible—dijo—¡qué delicioso sería!

Y entonces se puso á trazar un millar de proyectos de cómo podría tenerse todo género de plantas, arbustos y árboles semitropicales, que crecerían silvestres; y pájaros de brillante plumaje, loros y otros semejantes volando de un lado á otro; y que el pequeño brazo de mar se ensanchara hasta convertirlo en lago con grandes nenúfares tropicales flotando extendidos sobre su superficie. Casi se dejó arrebatarse con estas fantasías, y entonces el pobre B., con una especie de aberración mental, dijo:

—Vuestra madre me ha dicho que este otoño vais á ir á dar una vuelta á vuestras posesiones de Jamáica, y supongo que volveréis el verano próximo. Encontrareis el valle listo y preparado para que paseis el invierno.

Se rió, sin soñar naturalmente que el profesor hablaba en serio;—ya veis, estoy en todos sus secretos;—pero él era formal, y un mes despues empezó á edificar lo que llamais Cartago. Tenia que ser, y lo fué al cabo de algun tiempo, una línea de edificios haciendo frente al extremo interior del abra, y que ocupaba la totalidad del valle desde una montaña á otra.

—Se me ocurre que sería algo húmedo.

—No: la casa estaba construida sobre estacas en la parte sobre el agua. Esas casas nunca son húmedas. Venecia no es húmeda. Habia una gran galería de cristales corrida por todo lo largo del frente que daba al agua, dividida por arcos rodeados de mármoles de colores; sobre ésta, otra galería, cuyos arcos eran de fundición y que soportaban un techo de cristales. Detrás de todo esto habia jardines, terrados, etc., todo lo cual habia de ser á su tiempo cubierto con cristales sostenidos por altos pilares de hierro; más allá de eso, en la parte superior del valle, el terreno quedaria silvestre, pero como todo lo demás, cubierto con monteras de vidrios.

—Verdaderamente que es muy asombroso, pero hacedme

el favor de explicarme cómo se las iba á componer vuestro profesor para levantar esa especie de palacio de cristal con treinta ó cuarenta mil libras esterlinas.

—Tenia recursos que tal vez no apreciéis fácilmente porque no sois fabricante ni hombre de ciencia en todos sus detalles. La química, como ya os he dicho, era el punto fuerte de B.: era un químico práctico lo mismo que teórico. Ahora bien, un hombre de paciencia, laborioso, enérgico como B., en el trabajo de muchos años en su laboratorio, está seguro, y lo comprendereis desde luego, al explorar alguna de las desconocidas avenidas que salen al camino de la verdad científica, de descubrir y despreciar, por carecer de importancia científica, más de un secreto de detalle que pudiera ser de valor inestimable para hombres cuyos fines están colocados más abajo que el suyo propio. Cuando B. hizo su al parecer temeraria promesa, la basó en el hecho de que estos muchos secretos que poseia representaban un valor incalculable monetario. En consecuencia, la promesa ya dada, hechos los planos y cálculos de su casa y puestos sus cimientos y los del muro circundante, empezó B. á registrar su memoria y sus libros de apuntes para buscar sus medio olvidados descubrimientos y trabajar sobre ellos en su laboratorio para darles uso práctico. Renunció á la cátedra de química. Viajó de ciudad manufacturera en ciudad manufacturera, y ofreció sus secretos á los fabricantes. A uno que hacia telas de algodón de color le propuso explicarle la operacion de un nuevo lavado ó de un tinte más brillante ó más permanente que los hasta aquí usados; y ya una vez el secreto en el comercio, todo fabricante se vió obligado á comprar el derecho de usarlo. En las fábricas de productos químicos ofreció modos económicos, y en los que nadie habia pensado, de producir ácidos y álcalis; en las grandes fundiciones de metal, secretos recónditos para fundir y nuevos medios de sacar los minerales de las piedras. Estuvo infatigable recorriendo en unos pocos meses todos los distritos fabriles del reino, y de allí marchó al continente y atravesó Francia, Bélgica y Alemania.

En la mayor parte de las grandes fábricas nacionales y

extranjeras se tienen consejeros científicos con grandes sueldos. A éstos les era bien conocida la reputación de B., pudieron ver de una simple ojeada el valor de sus descubrimientos y aconsejaron favorablemente á sus principales. Él se negó invariablemente á tomar lo que se acostumbraba á pagar por estos descubrimientos en forma de renta anual, pero insistió en capitalizar la suma y recibirla al tiron. Conforme se remitía cada pago, en rápida sucesión, á sus banqueros, él aumentaba el número de trabajadores en Castle Glen, hasta que se contaron estos por centenares. Pronto se vió dueño de una gran fortuna. Regresó entonces, y dirigiendo por sí mismo las obras, dobló el número de obreros, y comunicó parte de su propia energía al progreso de las obras. Se nivelaban los terrenos á diferentes alturas, se traían barcas cargadas de rica tierra por el brazo de mar para formar el futuro criadero de un bosque de plantas tropicales de todas clases. Se fletaron buques, cuyas bodegas habían sido convertidas en vastas cajas cerradas completamente al aire; y en éstas, arbustos y árboles en pleno desarrollo y vigorosos eran transportados de la Europa Meridional, del Africa del Norte y del Oeste y de las islas semitropicales del Atlántico. Los barcos eran remolcados dentro del abra, descargados en lanchones, y los árboles trasladados con toda precaución á los sitios ya preparados convenientemente para ellos. Se sembraron semillas de plantas exóticas. A este tiempo ya había cubierto el techo de cristal todo el recinto, y antes de llegar la primera helada, el aire estaba suavizado y caliente por mil tubos de agua caliente y de aire caliente medio ocultos en el terreno.

—Mi querido amigo—dijo el del profesor Hoffmann, con una carcajada—os suplico que hagais vuestro cuento un poco ménos maravilloso. ¿Qué se ha hecho, pues, de todos esos árboles y arbustos de los trópicos, y dónde está el muro que rodeaba todo el valle?

—Ruinas—dijo el profesor—como las piedras en que estamos sentados son las ruinas de lo que fué en otro tiempo una gran casa.

—Pero ¿dónde están los altos pilares de hierro que sostenían el techo de cristal? ¿Dónde están los millares de vigas

y travesaños de hierro que debieron usarse á la fuerza?

—Ruinas tambien; podríais encontrar algunos retorcidos y enmoheciéndose entre la crecida yerba y entre el brezo del valle.

—Hoffmann, ¿realmente hablais con seriedad?

—Con tanta seriedad como la vez que más en mi vida—dijo el caballero con una cara bastante grave.

—Si así lo afirmais, naturalmente tendré que creerlos. Seguid.

—A mediados del invierno ya habia salido de aquí el último obrero. Entónces vino él á amueblar la casa, y despues quedó el sitio á cargo de un estado mayor de jardineros y sirvientes. Durante los meses de invierno que siguieron y durante la primavera y verano siguientes, los árboles, arbustos y plantas tuvieron tiempo de establecerse y arraigar, las semillas de brotar en plantas que daban flores, y los caminos de quedarse duros y suaves, verdes y aterciopelados. Admitireis que á la llegada del siguiente otoño, el profesor B. habia preparado para su futura novia un valle feliz en el que pudiera ella ver los elementos desafiándolos.

—Ahora sé en qué va á parar todo. Quisiera que no hubiérais empezado esta historia. La pobre muchacha se va á morir tísica, justamente cuando todo estaba listo para ella, y el profesor se vuelve loco.

—Ni una cosa ni otra—dijo el Dr. Hoffmann.—La jóven habia pasado casi diez y ocho meses en las Antillas, y todos los síntomas de la enfermedad del pecho habian desaparecido; estaba, sin embargo, delicada, y todavía no podia aventurarse á pasar un invierno en este país.

—Permitidme interrumpiros un momento. El valle feliz de vuestro amigo, se me ocurre, forzoso es que estuviera oscuro hasta en el verano con estos costados altos, casi perpendiculares, el muro sobre todo, y luego este techo de cristal, que naturalmente habian de interceptar una gran cantidad de luz. En tiempo de invierno y nublado debia de ser esto una cueva; las plantas crecerian enfermas, si es que á mí se me alcanza algo en materia de invernaderos.

—Poco confiais en los recursos del profesor. Cincuenta

luces electro-magnéticas que pasaban á través de vidrios de colores, y fijas como las que se llaman luces solares en diferentes partes del techo, hacian una excelente imitacion de los rayos del sol, y que el valle estuviera en el tiempo nublado y en los dias oscuros tan luminoso como un mediodía tropical.

—Bien: me gusta el arranque del hombre; no presenta flanco para batirle.

—Hizo más todavía que la luz del sol, hizo que el tiempo fuese como le conviniera, con las corrientes de sequedad y humedad, ó de aire caliente y frio, y áun de ozono, necesarias para hacer la atmósfera agradable.

—¿Cómo se las arregló para no ser espiado? Sus vecinos curiosos, con escaleras en el muro exterior y mirando por el cristal, harian que el valle feliz tuviera tan poco de paraíso como un jardin de Lóndres, sobre el que tiene vistas toda la acera de la calle.

—Eso fué fácilmente arreglado. Un muro exterior, con un foso más allá de él, fué construido á distancia de unas cuantas varas del que sostenia el techo, y dejaba burlados á todos los curiosos. En el espacio intermedio estaban las casas de los jardineros y las demás para las necesidades de la casa.

—Bien, acepto todo esto. ¿Qué sucedió cuando vino la dama? ¿Sabia que la naturaleza estaba sufriendo esta maravillosa transformacion en beneficio suyo?

—Oyó decir naturalmente que se estaban haciendo grandes cosas; no se hablaba de otra cosa en todo el país, y como ella y su madre habian vivido en la vecindad, recibieron naturalmente extraños informes de las personas con quienes estaban en correspondencia sobre las operaciones de construccion y jardinería en Castle Glen; pero nada definitivo. No se permitia la entrada á los extraños, y cuando se fia uno de las relaciones que hacen los trabajadores, comprendereis de sobra lo exagerado de los rumores puestos en circulacion.

—El profesor B. estaba edificando un gran jardin de invierno; estaba poniendo los cimientos de una nueva universidad; estaba haciendo toda clase de barbaridades; hasta que con el tiempo llegaron los rumores á ser tan absurdos que la

gente sensata rehusaba creer otra cosa sino que el Dr. B. estaba haciéndose una casa nueva con un gran invernadero para plantas y rodeando sus jardines con un muro. Cuando lo que se decia llegó á Mrs. y Miss F. (no puedo decir su verdadero nombre) habian llegado los rumores á este punto.

—Supongo que Miss F. sospecharia perspicazmente en seguida de lo que se trataba.

—Ni por asomo: dudo de que diera al tema de aquella conversacion suya con el profesor ni un minuto más de atencion. Las gentes del mundo, lo sabeis mejor que yo, toman dichos semejantes á los del profesor B. como mero *badinage*.

—Sí; pero la madre seria más lista. ¿Habia una madre por medio? Me parece haberos entendido.

—Habia una madre; pero probablemente jamás llegó á enterarse de la conversacion.

—Las madres, querido Hoffmann.....

—Sí, sí, lo sé, son listas como ellas solas.

—Las madres de hijas casaderas, excelente profesor, son más que listas, son omniscientes.

—¡Hum!—dijo el Dr. Hoffmann reflexionando.—Yo me inclinaria á creer que no. De todos modos, pienso que Mrs. F. nada sabia. Quiero creer en interés del pobre B. que nada sabia.

—¿Qué sucedió cuando volvieron?

—El profesor fué á recibirlas; en su calidad de casero y de pariente, habia estado en relaciones íntimas con la familia antes de su marcha, habia sostenido correspondencia con Mrs. F., aunque no muy frecuente, y á su regreso naturalmente salió á esperarlas al puerto y las escoltó hasta aquí.

—Nada más natural, puesto que estaba enamorado de Miss F.

—Nada más natural; luego se quedó, por invitacion de Mrs. F., en su casa durante los primeros dias de su llegada. La casa en que vivian está á poco más de tres millas del valle del profesor: y un dia, en que Miss F. le habia estado preguntando por sus muchas construcciones y sobre lo que habia de verdad en los asombrosos cuentos que habia oido, propuso él enseñarles lo que habia hecho;

aquella tarde salieron y tomaron el camino que conducia á un punto del abra á más de dos millas de su extremidad. Allí encontraron que se habia tendido por encima del agua una gruesa cadena amarrada en las dos orillas, para que ningun bote pudiera acercarse y quebrantar el retiro del valle.

—Buena idea; me gusta eso.

—Un esquife con cuatro remeros estaba listo para ellos á la parte de dentro de la cadena, y todos fueron llevados al fin del abra. En un torno repentino que hacia el agua entre las colinas, se presentó á la vista la casa con sus arcos resplandecientes por el sol próximo á ocultarse, que tambien iluminaba las anchas gradas de mármol blanco que formaban la entrada desde el agua. Los rayos del sol brillaban gloriosa é intensamente sobre las arcadas de cristal y sobre el gran techo que se extendia hasta lo último del valle. Miss. F. hizo una exclamacion de admiracion y deleite.

—¿Cómo sabeis eso?—preguntó el amigo del profesor Hoffmann.

—Porque yo iba con ellos—dijo el profesor con tranquila serenidad de espíritu.—Y bien habia de qué admirarse—prosiguió—porque tenia el aspecto de un enorme palacio encantado, puesto en equilibrio por mágia entre el mar y el cielo, tocando con las aguas el blanco mármol y subiendo más alto que las colinas del horizonte, hasta los mismos cielos, el techo de cristal que iluminado por el sol parecia de oro bruñido.

—¿Y aquella insensible señorita no se enterneció?

—Ni poco ni mucho. ¿Por qué habia de conmoverse?

—¿Qué se yo? Pensé que habia un proverbio, que la admiracion era pariente del amor.

—No la admiracion, la lástima, es lo que el proverbio reza.

—Preciso es, entonces, hacer reformas en el proverbio para acomodarlo á las épocas; el mio suena mejor. La lástima es pariente sólo de lo ridículo en los dias que alcanzamos.

—Así es, y por mi parte lo confieso.

—¡Hoffmann! Una espantosa sorpresa se apodera de mí;

os ruego que me disculpeis á ser posible. ¿Vos estábais con ellos, decís?

—Estaba.

—¡Qué lástima que ese pobre B. no poseyera vuestra facilidad y vuestra manera pintoresca de presentar las cosas! Eso que acabais de decir de techos iluminados por el sol, semejando al oro bruñado, y de palacios encantados, cautiva la imaginacion de cualquiera, como si fuera el principio de un cuento de hadas.

—¿Cuál es esa sospecha?

—Apenas me atrevo á formularla. Acaso me creereis un cínico del mundo lleno de vileza; pero no puedo dejar de sospechar...

—¿Qué?

—¿No os remuerde la conciencia?

—De nada.

—Entónces no hagais caso, seguid. ¡Já, já! Me habia cruzado la mente que vos érais el obstáculo, el rival; pero continuad.

—¿El rival favorecido? Casi me haceis reir. Tengo que decir respecto al pobre B., que su conversacion se parecia todo lo ménos que podeis suponer á los cuentos de hadas. Un poeta habla de los *cuentos de hadas de la ciencia*—cuentos de hadas... ¡sin duda!... la prosa más pesada, querido amigo mio, os lo aseguro, y de ese modo hablaba B.—Pues bien, siguieron bogando, y luego subieron la alta gradería de mármol y pasaron á un elevado salon que era algo entre sala de recibir y vestíbulo: viniendo del aire exterior otoñal y un poco penetrante, se respiraba allí algo deliciosamente suave y balsámico. El suelo era de madera pulimentada, con tapices de la Persia y de la India, en toda su extension repartidos; allí habia instrumentos de música sobre las sillas y mesas, como si acabaran de usarse; en un extremo, un órgano con la tubería dorada. Grandes colgaduras de gruesa seda de color verde oscuro, ribeteadas de rojo, pendian delante de todas las puertas. En las paredes, exquisitamente pintadas al temple, habia largas procesiones de figuras con trajes de la Edad Media, de tintes tan opacos y de contornos tan sua-

ves, que la vista parecía viajar una gran distancia para llegar hasta ellas. Estaban esparcidos por el cuarto enormes jarrones de porcelana oriental con dragones pintados.

Pasaron por las elevadas ventanas que abrían sobre el terreno, y tres ó cuatro escalones de mármol les condujeron á un prado del más rico verde. Se encontraron en medio de un inmenso jardín, que jamás tuvo semejante. En el tranquilo y templado aire, todas las plantas semitropicales habían prendido maravillosamente; calles de bambues levantaban sus plumados nudos á veinte piés de alto, y los plátanos balanceaban sus anchas hojas á manera de alas, sin que las azotara ni torciera ningun viento, y su verde sombrío se reflejaba sobre el puro mármol blanco de los escaleras y balaustradas que conducían á los arriates. En una dirección se perdía la vista en largas avenidas de arbolillos nacientes, que á manera de serpientes enlazaban diferentes clases de trepaderas, sombreadas por un follaje tropical extraño, entre el cual revoloteaban loros verdes y encarnados. Aquí había una alameda de árboles, en cuyo suave césped caía de lleno la luz, y cuya verde superficie tomaba diversos matices con las caprichosas y puntiagudas sombras de las hojas de las palmeras; allí un estanque en calma, sin un borboton ni rizo hecho por el viento, reflejaba la gloriosa vegetacion de hermosas flores encarnadas que crecían en sus orillas, de mil campanillas blancas y de las alegres y hermosas rosas del hybiscus, que hacían brillar la superficie del agua como una masa de brillantes y diversos colores. Mirando ellas al lago, un alción, más brillante que todos aquellos reflejos, salió á la superficie y se zambulló otra vez en busca de su presa, desapareciendo tan súbitamente como había aparecido, formando por un momento un ligero oleaje circular, y haciendo que aquellos colores de joyería de la superficie se mezclaran y confundieran en una movida sinfonía de colores de sin igual brillo y esplendores. Luego una senda extraviada las condujo á un denso bosquecillo que llenaban de sombras los árboles tropicales, cortado por el brazo de mar, que allí formaba un lago de poco fondo y orlado de rocas, en el que peces de brillantes matices se lanzaban de un lado á otro por las

orillas del agua; y en el sitio en que era más profundo y tranquilo, las redondeadas hojas y doradas flores del loto y los grandes nenúfares de pétalo de rosa, flotaban en la superficie en calma.

Pasearon por todo el valle hasta llegar al sitio en que se había dejado todo en su natural estado, y todavía era aquello más hermoso, á ser posible, porque nuestras bellas plantas silvestres del país habían sido estimuladas á un crecimiento más vigoroso y rico por el calor, la quietud y la luz. El brezo y el tojo tenían más flores que en los prados vecinos, más crecido y verde estaba el helecho, y más cubiertos de hojas los espinos. Detuviéronse para tomar reposo cerca de uno de los mayores, y volvieron la vista atrás. Debajo de ellas estaban los jardines en correcta formación, unos debajo de otros, con largas líneas de aloes ó naranjos en macetas, y las balaustradas de mármol todas adornadas y regulares, que formaban contraste con la salvaje exuberancia de las plantas y flores.

—Bien descrito, querido Hoffmann. ¡Cómo hubiera envidiado el pobre B. este torrente de hermosas frases, ese pintar con palabras, como creo que dicen los críticos, y ese sentido artístico que teneis, tan de moda ahora! ¿Qué dijeron á todo esto la madre y la hija?

—Casi nada; ya veis, no había mucho que decir despues de expresar su admiración y asombro. No podían enteramente decir lo que sin duda pensaban; no podían decir: «Querido doctor B., ¿qué os ha movido, siendo un prosáico profesor, y ya no jóven, á haceros este reino encantado, y cómo y dónde habeis encontrado todo el dinero que esto supone?» Probablemente éste sería su pensamiento; pero personas bien educadas no podían expresarlo. Con todo, vino una especie de desenlace, y B. lo produjo sin ambages, pues estando á su lado la muchacha en este momento y la madre retirada algunos pasos, dijo:

—«Mirad, Miss F., á las golondrinas—habría como una docena de ellas, *Hirunda rústica*, volando por allí respirando dichosas entre los árboles, aunque ya la época de su emigración estaba más que pasada—mirad, dijo, no se han cuidado

de emprender este año el viaje á los países meridionales; ¿y vos necesitareis hacerlo?

—»Si pudiese pasar el invierno aquí con ellas, no—repuso la jóven.

—»¿Pero no podeis?—dijo B.; entónces despues de una pausa:—¿Habeis olvidado nuestra conversacion de hace diez y ocho meses? ¿No me dijísteis cuánto os gustaria ver el valle cambiado, y no os dije que yo os lo arreglaria para que pasarais en él el invierno? Ya veis, he hecho todo lo que estaba de mi parte para cumplir la promesa.»

La jóven le miró con ansiedad un momento, ruborizada y encarnada hasta las raíces de los cabellos; despues se puso tan cadavéricamente blanca, que el doctor temió que se desmayara. Su madre reparó en ella, y como todavía estaba convaleciente y vió aquel aspecto de desfallecimiento, pensó que estaba cansada y la hizo sentarse un rato para recobrar fuerzas. Nada más pasó, y todos volvieron al cabo de un rato á casa de ellas.

El dia siguiente era el último de la estancia del profesor B., y partió de mañana muy temprano, sin haber tenido ocasion, ó quizás falto del valor y tacto social suficientes para buscarla, de hablar otra vez á la muchacha. Abandonó la casa y pasó aquel dia, no en el ferro-carril, como lo supusieron las señoras que le habian dado hospedaje, sino en su morada y jardines de Castle Glen. Correteó por aquellas alamedas de palmeras, por las que habian paseado el dia anterior, en un estado de ánimo placentero, soñador y lleno de esperanzas; se paró otra vez junto al añoso espino, desde donde podia abarcar el resultado de su paciencia y trabajo en los pasados meses, el producto de su infatigable proyectar para dar una forma tangible al capricho, casi formulado por broma, de una niña. Pensó en todas las grandes aspiraciones de su vida anterior que habia abandonado y sacrificado á este solo objeto, y cuando miró el resultado y reflexionó sobre lo gastado y sobre el sacrificio, convencido estaba íntimamente de que todo, tiempo, dinero, paciencia y trabajo, estaba bien empleado, pues que le habia hecho posible dirigir aquellas frases unas pocas horas ántes á la mujer á quien

amaba, y esperar con paciencia la contestacion que ella le diera. Aquella noche regresó á X.

—Deberia de haber estado cerca de la jóven.

—Mejor fué lo que hizo por lo que sucedió despues; porque á la mañana siguiente le trajo el correo una carta. Decia sobre poco más ó ménos lo que sigue, y era de Mrs. F.:

«Querido primo: Habeis sido tan bueno con nosotras, que  
»no puedo ménos de comunicaros una noticia, por más que  
»todavía no quiera hacerla pública. Mi querida Isabel está  
»prometida en matrimonio á Mr. Rufus Mundane, de Jamáica,  
»y vamos á arreglar todos nuestros asuntos aquí definitiva-  
»mente para establecernos en aquella isla para siempre. El  
»matrimonio se verificará ántes de Noche-Buena. Mr. Mun-  
»dane es un caballero muy fino, muy elegante y muy...»

—¡Pobre B.! Eso fué una crueldad. No me gusta gran cosa «mi querida Isabel,» como dice la mamá.

—Dura fué la cosa en verdad—dijo el profesor Hoffmann, quedándose despues silencioso.

—¿Se acabó el cuento?—preguntó su amigo.

—Se acabó.

—Pero ¿y las ruinas?

—Toma, la cosa más natural del mundo: habiendo cesado de existir el que fué edificado esto que la gente del país habia empezado á llamar la locura del doctor B., y preciso es decir que con razon de sobra, lo único que á B. quedaba que hacer era convertir esa *locura* en ruinas.

—Sí; pero nada que no fuera una convulsion de la naturaleza puede haber hecho unas ruinas tan grandes y haber convertido los cristales en polvo impalpable.

—Estaba dentro del poder de la ciencia el hacerlo, y B., aunque era un mal amante, era un buen químico.

—¿Cómo lo hizo? ¿Lo sabeis?

—Lo sé. B. habia prestado alguna atencion á las sustancias explosivas, y entre otras á la más temible de todas, á la nitroglicerina. Habia descubierto un método de combinar esta sustancia con una materia textil tenaz, con el cual su ya espantosa fuerza como explosivo se triplicaba, y la combinacion podia manejarse sin riesgo y áun ser trenzada formando

cuerdas. Hizo preparar muchos miles de varas de esta trenza verdaderamente infernal; no era mucho más gruesa que la correhuela de un látigo de cochero; pero era lo suficiente para el objeto. Bajo la dirección del profesor, fué amarrado este cabo alrededor del muro exterior, dentro y fuera de todos los cuartos de la casa, á lo largo de las columnas de hierro del techo de cristal del jardín, entrelazándolo por los medios puntos, y bajándolo otra vez al terreno donde se extendía por todos los jardines altos: también daba vueltas á las balaustradas de mármol, seguía por las alamedas de árboles alrededor de las orillas de los lagos, y abrazaba hasta las copas los troncos de los árboles más grandes, hasta que todo, absolutamente todo estaba envuelto en las cocas de esta mortífera cuerda. Entónces, despues de poner á todo el mundo á distancia segura, el mismo profesor aplicó la detonacion necesaria por medio de la electricidad. En ménos de cinco segundos habian venido á tierra los fragmentos, el aspecto de Castle Glen era sobre poco más ó ménos el que veis ahora. Lo más particular de todo fué que aunque el lugar entero se redujo á ruinas, la gente siguió llamándole *La locura*. Y todavía hoy se lo llaman.

—No sé á qué han venido todos esos misterios respecto á B.; porque la primera persona que me encuentre me dirá su nombre si se me antoja preguntarlo.

—Teneis razon. No debí reservar su nombre; pero la verdad es que creí que contaria mejor su historia si no lo mencionaba. Si no estuviérais para salir para Boston en el primer vapor y no me hubiera comprometido á ir mañana á Gotinga para empezar una série de conferencias sobre astronomía en aquella universidad, quizás no os hubiera hecho la relacion.

—¿Y por qué no? ¡Pues no faltaba más! Me poneis en confusion y excitais mi curiosidad de un modo insufrible con vuestra calma—dijo el caballero americano riéndose.

—Porque, querido señor—dijo el Dr. Hoffmann con la misma gravedad que habia conservado durante toda su narracion—porque el nombre que la gente da á este delicioso valle es *La locura del profesor Hoffmann*.

JOHN DANGERFIELD.

---

## EL NUEVO DRAMA DEL SEÑOR ECHEGARAY.

---

### I.

¿Será verdad que los principios de la estética, los preceptos del arte y las reglas del buen gusto no son más que vanas y estériles teorías, cuya vaciedad revelan los triunfos alcanzados por los que más las menosprecian y conculcan? ¿Será cierto que el efecto es el único objetivo del poeta dramático y que la verdad de los caracteres y de los afectos, la naturalidad y verosimilitud de las situaciones, la regularidad y concertado desarrollo de la intriga, la conformidad de lo bello con lo verdadero y lo bueno, todas las condiciones, en suma, que la crítica exige al poema escénico, nada significan ni valen para el éxito de las obras? ¿Será cierto que el teatro no es ni debe ser escuela de costumbres, ni viva y fiel representación de la vida humana, ni otra cosa, en suma, que exhibición de sucesos tan pasmosos como falsos, destinados á despertar en el ánimo del espectador sensaciones y no sentimientos, agitaciones nerviosas y no ideas, violentísimos espasmos y no deleitables y purísimos placeres? ¿Será cierto, por fin, que el desordenado y atrevido génio de un autor y el extraviado gusto de un público bastan para identificar lo bello con lo absurdo, trocar en deidades los mónstruos, convertir en vanas fórmulas las más elementales nociones del arte y coronar con el lauro de la victoria lo que no es otra cosa, en último resultado, que la negacion más atrevida del sentido estético, del sentido moral, de la belleza y del gusto?

Hé aquí las cuestiones, no ménos graves que pavorosas, que ofrece á la crítica el éxito del último drama del Sr. Echegaray.

Acontece en la representacion de todas las obras de este ingenio un notable y nunca visto fenómeno, y es que rara vez las acepta el público sin protesta, pero al mismo tiempo las aplaude frenéticamente. Diríase que la representacion de cada obra del Sr. Echegaray es una especie de pugilato entre el poeta y el público, en el cual lucha el primero por imponer al segundo las más atrevidas é inverosímiles concepciones, logrando vencer al cabo, no sin fatiga, de tal suerte, que al término del espectáculo queda el público rendido y maltrecho, con el aplauso en las manos y en los lábios la protesta; no siendo raro caso que suspenda los vítores para murmurar censuras, acalle censuras para prorumpir en vítores, y en más de una ocasion contraiga para silbar los airados lábios y termine á la postre por aplaudir, cual si una fuerza superior á su voluntad le arrancara el aplauso que su razon reprueba.

Recórranse los pasillos del coliseo cuando se estrena una obra del Sr. Echegaray, y difícil será hallar un espectador que no señale en ella los más palpables errores y las aberraciones más grandes. Estúdiense las fisonomías de los espectadores, y á cada paso se observará en ellas la expresion del asombro, del disgusto, del horror ó de la protesta, y no pocas veces se oirá circular por la sala ese sordo rumor que precede á las tempestades. En ocasiones la tormenta ha llegado á estallar; drama ha habido en que el público, repartido en enemigos bandos, ha estremecido los aires con mezcla confusa y tumultuosa de aplausos y silbidos; pero muy luego, todas esas protestas, todas esas críticas, todos esos rumores se acallan y conjuran, y un aplauso unánime, espontáneo, entusiasta, resuena en el teatro y asegura el éxito de la obra, sin que esto obste para que breves momentos despues los mismos que la aplaudieron censuren con rigurosa dureza sus errores.

Semejante fenómeno merece, sin duda, atento estudio, y advierte al crítico que al examinar una obra del Sr. Echega-

ray, le es fuerza reconocer que se halla en presencia de un génio: porque sólo al génio le es dado ejercer tal fascinacion en el público, domar de tal suerte las rebeldes voluntades de los espectadores y obligarles á aplaudir, pudiera decirse que inconscientemente, lo que rechazan de consuno su razon y su sentimiento. Alcanzar éxitos ruidosos violando todas las leyes del arte es cosa tan pasmosa cual lo seria levantar un edificio contra todas las leyes de la mecánica, y si quien hiciera esto último mereceria el dictado de génio, justo es otorgárselo al que lleva á cabo lo primero.

Pero á la crítica no debe satisfacerle este resultado. No basta declarar que el Sr. Echegaray es un génio; es menester, además, hallar la clave de sus triunfos y ver hasta qué punto son legítimos y plausibles, y esta cuestion es la que ofrece mayores dificultades, sobre todo tratándose de la última obra de este distinguido autor.

Aplicando el escalpelo del análisis á las obras del señor Echegaray, ninguna resiste á la crítica más somera. En todas se advierten iguales defectos: carencia de verdaderos caracteres; falsedad, y á las veces inmoralidad, de cuantos con tal nombre se presentan; inverosimilitud inconcebible en los recursos, situaciones y efectos; horrores repulsivos al sentido moral y al estético, á manos llenas prodigados; falta completa de trascendencia moral y social; ausencia de color local y de carácter de época; frecuente hinchazon y amaneramiento en el lenguaje; lirismo recargado é inoportuno en la versificación; en suma, pecados numerosos contra el buen gusto, la verosimilitud y el sentido moral. Y sin embargo, estas obras se aplauden con entusiasmo y los mismos críticos que, pasada la fascinacion del primer momento, serenamente las examinan y con severidad las juzgan, las aplaudieron en el acto de la representacion.

¿A qué se debe tan singular fenómeno? ¿Por qué se aplaude en el Sr. Echegaray lo que en otros se condenaria de seguro? ¿Será por el respeto y la fama que á su nombre rodean? No ciertamente. Poetas de reputacion superior á la suya han pagado muy caros análogos extravíos. ¿Será porque el gusto del público se halla corrompido y extraviado? Si así fuera,

¿cómo podría explicarse la protesta que siempre acompaña á los éxitos del Sr. Echegaray?

La razon es otra. La razon es que el Sr. Echegaray posee un secreto para avasallar la rebelde voluntad del público, secreto harto parecido (por singular que sea la comparacion) al que emplean los domadores de fieras para sujetarlas. El que penetra en una jaula llena de leones apela siempre á un recurso de indefectibles resultados: el de imponerlos con su audacia, causando en ellos al propio tiempo tales y tan repetidos asombros, que no les quede espacio para reflexionar sobre su situacion y hacerse cargo de la flaqueza de su dueño. Apoderarse del ánimo de las fieras por medio del temor y de la sorpresa; aturdir las y deslumbrar las á fuerza de gritos, de latigazos y de tiros; mantenerlas en agitacion perpétua; fascinarlas con voces desaforadas y miradas terribles, hé aquí los recursos á que el domador apela para conseguir su objeto. Si por un momento los olvida, si suspendiendo los ejercicios da lugar á que los animales reflexionen y se repongan de su asombro, si muestra la menor flaqueza, está perdido irremisiblemente. Y harto denota lo falso y aventurado de esta posicion el que una vez fuera de la jaula el domador, y desvanecido por ende el encanto, los feroces rugidos y la airada actitud de las fieras revelan que sólo momentáneamente y cediendo á involuntario impulso, se han sometido á tamañas pruebas.

Pues esto es lo que hace con el público el Sr. Echegaray. Pásmalo con el atrevimiento de sus concepciones; lo fascina con su audacia incomparable; y acumulando en sus obras sucesos portentosos, aglomerando efectos y situaciones, llevando el ánimo de los espectadores con rapidez vertiginosa de emocion en emocion, de asombro en asombro, y deslumbrándolos en repetidos encuentros con portentosas llamarradas de génio, consigue no dejar espacio para la reflexion é impedir, por ende, que el público se haga cargo de la falsedad de todo aquel fastuosísimo aparato, sostenido en el aire y edificado con arena. Por eso, cuando el encanto se suspende, esto es, cuando el telon cae, los espectadores vuelven en sí y reconocen que han aplaudido una série de absurdos,

al modo que en el ejemplo citado, al salir el domador de la jaula, los leones reconocen que han pecado de cándidos al dejar escapar presa tan fácil y al someter su fuerza á flaqueza tanta.

La multiplicacion de los efectos y la riqueza del color: hé aquí el procedimiento del Sr. Echegaray y hé aquí el secreto de sus triunfos. Busca ante todo una série de situaciones sorprendentes y portentosas que produzcan un efecto indudable en el ánimo del público; colócalas como otros tantos jalones y en derredor de ellas teje la trama de su obra; como simples elementos para realizarlas saca á las tablas unas cuantas figuras que no son verdaderos caractéres y de cuya verosimilitud y valor moral para nada se cuida; en cada una de ellas infunde una pasion, presentada en su momento más álgido y desarrollada y puesta en marcha con sujecion solamente á las exigencias de las situaciones preconcebidas; lanza en seguida la accion por vertiginosa pendiente, conduciéndola, á través de repetidos episodios y peripecias, hasta el anhelado objetivo; y una vez llegado á la meta, esto es, á la situacion ó situaciones que fueron punto de partida y son á la vez punto de llegada de todo su proceso dramático, arroja sobre tan incorrecto dibujo una atrevida y pasmosa mancha de color, báñalo con la luz esplendorosa de su génio, y descansa satisfecho y sonriente, mirando á sus piés un público fascinado, avasallado, sujeto por fuerza al carro de su triunfo, y no ménos asombrado de su propia derrota que de la audacia del que supo esclavizarlo.

Estas circunstancias, unidas á la grandeza de la concepcion, al heroismo de algunos personajes y á lo dramático y bello de algunas situaciones, explican y justifican cumplidamente el éxito obtenido por *La esposa del vengador* y *En el puño de la espada*, á pesar de sus numerosos errores. Eran ambas obras concepciones grandiosas, y si algunos de sus personajes pecaban de nulos é insignificantes ó de repulsivos, si raro era el que se mantenía dentro de lo verosímil, si ninguno de ellos constituía un verdadero carácter, si el público tenía que aceptar absurdos é inverosimilitudes ó recursos artificiosos y forzados, como la ceguera de Aurora en *La esposa*

*del vengador*, las intuiciones fisiológico-maternales de doña Violante, el sistema especial de conservar documentos de familia en la raza de los Moncadas y los procedimientos caligráficos del escudero Nuño de *En el puño de la espada*, en cambio suspendían y arrebatában el ánimo las pasmosas situaciones de ambos dramas é interesaba el corazón y la mente el heróico sacrificio de sus respectivos protagonistas. Había allí algo de grande que avasallaba la voluntad y enfrenaba las protestas de la crítica, algo que disimulaba los enormes defectos de la intriga y de los caracteres, algo, en suma, que hacía perdonables los extravíos que se imputaban de buen grado al ímpetu y desórden que parecen caracterizar al genio.

Pero en la última obra del Sr. Echegaray nada de esto sucede. Salvos el atrevimiento de la concepción, el vigor del colorido y la multiplicación y rapidez de los efectos, es decir, salvo el procedimiento especial usado por el autor para arrancar al público forzados aplausos, ninguna condición estimable, ninguna cualidad digna de loa aparece en la obra. La falsedad de los caracteres llega al más alto punto, y con ella la falta de sentido moral que suele caracterizar á los personajes del Sr. Echegaray; la inverosimilitud de la trama raya en lo increíble, y ni en las situaciones ni en los efectos se observa otra grandeza que la de la audacia. Si el lenguaje ha ganado en naturalidad y la versificación en corrección y galanura, en cambio han perdido en originalidad y profundidad de pensamiento, y si el interés dramático se conserva, no es merced á lo grandioso y bello de las situaciones, sino á la violencia y el horror que las caracterizan. Una sucesión de fortísimas emociones nerviosas, mezcladas á una protesta perenne del sentimiento moral y aún del estético: hé aquí la impresión que en el ánimo del espectador causa este drama, que no parece entrañar propósito más alto que el de cimentar un éxito arrancado á viva fuerza sobre las ruinas del arte, del sentido moral, del gusto y de la sensibilidad de los espectadores.

Que hay genio en esta obra no cabe duda, pues sólo el genio puede conseguir resultado semejante; pero el genio que

funda sus éxitos en una série de sorpresas, el génio que se apodera como por traicion del ánimo sobrecogido de los espectadores, el génio que busca sus resortes en el efecto brutal y no en las delicadezas del arte, que fia al colorido lo que no puede darle el dibujo, que desafia al sentido moral y estético del público y cimenta su efímera victoria en el menosprecio de lo bello y de lo bueno, y que á la postre, si algo consigue, es precipitar al arte por caminos de perdicion y ruina, está muy por bajo de los que, dentro de los procedimientos artísticos y de las condiciones de la realidad, consiguen idénticos resultados, con mayor gloria para ellos y mayor provecho para el arte de que son sacerdotes. El éxito por sí solo, en esto como en todo, ni basta para absolver de todo pecado, ni es merecedor de aplauso; mérecelo cuando es obtenido por buenos y legítimos medios, y sólo en tal caso alcanza duracion y consistencia.

Porque es lo cierto que los génios que como el Sr. Eche-  
garay proceden no pueden competir, bajo el punto de vista puramente artístico, con los que de otra suerte se conducen. Un escritor moderno dice que la vida humana seria facilísima si no tropezáramos con esos eternos obstáculos que se llaman honor, deber y virtud; frase irónica que puede aplicarse á la esfera del arte, diciendo que la produccion de las obras artísticas seria muy llana si no hubiera que contar con la verdad, la bondad y la belleza. Dése al artista carta blanca para prescindir de estas menudencias, libértesele de los límites y trabas que le impone la necesidad de conformarse con lo real, y su obra se habrá facilitado notablemente. Es cierto; pero los grandes artistas no son los que producen sus efectos burlando toda ley y toda traba, sino los que sin salirse de lo natural saben producirlos. Llevar al terreno del arte la realidad tal como es, y sin traspasar sus límites, producir efectos grandiosos: hé aquí el secreto de los verdaderos génios. Así lo hicieron, por ejemplo, Velazquez en la pintura, Shakespeare en la dramática y Rossini en la música; y ¿quién duda que las obras de estos maestros, llenas de naturalidad y de poesía ó idealidad juntamente, valen mucho más que las atormentadas concepciones del Greco, de Víctor Hugo ó de Wagner?

Concédase á un autor que las personas pierden la vista instantáneamente; que en las hojas de los puñales se escribe con suma facilidad, sirviéndose de la pluma de un sombrero mojada en sangre; que hombres heridos gravemente pueden rondar la calle de su amada y arrancarse sin peligro de muerte los apósitos que cubren su herida; que las mujeres saben á punto fijo de quién son los hijos que llevan en el seno; permítasele crear para su uso particular una humanidad que no se parece á la que conocemos, con ideas, sentimientos y pasiones que ninguna psicología se explica y ninguna experiencia halla en lo real; autorícesele, en suma, para que no reconozca en el proceso de su obra más ley que su capricho, y no será maravilla que produzca pasmosos y peregrinos efectos. Pues esto es precisamente lo que acontece con el señor Echegaray.

Pero, como ya hemos dicho, en las obras anteriores rescató sus audacias con rasgos grandiosos y geniales, que en la última brillan por su ausencia, salvo en muy contadas ocasiones, y hé aquí por qué razon, si al éxito de aquellas asentimos y cooperamos, no podemos hacer otro tanto con ésta, ni acertamos á explicarnos cómo el público ha podido tolerarla, á no ser por la especie de fascinacion que en él ejerce, merced á los procedimientos ya expuestos, el Sr. Echegaray. Pasemos ahora, para confirmar nuestro juicio, al detenido análisis del drama que motiva estas líneas.

## II.

*Cómo empieza y cómo acaba* es la primera parte de una trilogia, cuyo ulterior desarrollo y desenlace es harto difícil de prever, no siéndolo tanto adivinar que cualquiera que sea el giro que á los dos dramas que han de completarla dé el Sr. Echegaray, no ha de costarle escaso trabajo librarse de caer en un grado tal de inmoralidad, que al cabo excite la reprobacion del público.

Qué objeto moral se haya propuesto el Sr. Echegaray en esta obra, no es fácil decirlo mientras no esté completa la trilogia; en la parte que de ella conocemos sólo se advierte la

singular complacencia de este autor en hacer que las sangrientas catástrofes de sus dramas recaigan siempre sobre personajes inocentes ó simpáticos, arrastrados al abismo por un conjunto de circunstancias que parecen concertadas por la más inexorable fatalidad. Únicamente en *La última noche* hizo el Sr. Echegaray una excepción de esta regla; en sus restantes producciones, parece que encuentra un gusto especial en buscar los desenlaces que más abiertamente choquen con el sentido moral de los espectadores. Si esto obedece al deseo de buscar lo trágico y lo patético, y al empeño de seguir aquella máxima aristotélica que define la tragedia como producción destinada á excitar el terror y la compasión de los espectadores; ó si por el contrario, es debido á ideas pesimistas y fatalistas del autor, cosa es que no sabemos; pero lo cierto es que, sin que esto sea exigir que la virtud sea recompensada y castigado el vicio, parécenos que el espectáculo repetido de la inocencia abrumada por una fatalidad implacable tiene más de horrendo que de grato, y daña demasiado al sentido moral y á la sensibilidad del espectador. Cuando lo horrible se subordina á algun elevado fin, puede emplearse como dramático recurso; pero complacerse en ello sin necesidad, no es otra cosa que un resabio de aquel añejo y fatal romanticismo melenudo que creíamos que ya habia pasado de moda, y que con dolor vemos evocado del sepulcro por el Sr. Echegaray.

Todavía pueden admitirse estas espantosas y trágicas catástrofes cuando contribuyen poderosamente al efecto moral ó estético de la obra, y cuando son resultado necesario del conjunto de sucesos que en el drama se desenvuelve. Tal sucede en *La esposa del vengador* y *En el puño de la espada*, donde el suicidio de los protagonistas es inevitable, lógica y dramática consecuencia de un conflicto moral ó de un conjunto de circunstancias, hijas de la misma acción. En casos tales, lo horrible, con ser repulsivo al público de nuestros tiempos, es interesante y puede ser estético; pero nada de esto acontece en el desenlace de *Cómo empieza y cómo acaba*.

En todos los dramas del Sr. Echegaray interviene un agen-

te indispensable, que es el azar, la ciega casualidad casi siempre representada por las tinieblas; en todos también contribuyen á los efectos dramáticos accidentes puramente materiales y exteriores. Nunca necesitaron de tales recursos los grandes maestros del arte dramático; que el campo vastísimo del corazón humano bastóles siempre para conseguir el efecto, sin apelar á semejantes medios. El Sr. Echegaray no lo entiende así; la oscuridad es uno de sus principales agentes, y con ella colabora todo género de accidentes materiales y de fortuitas coincidencias para producir sus efectos. Ninguno de sus dramas es posible sino á oscuras, y en todos ellos hay algún recurso del género citado. Pero hasta el presente esas casualidades, esas coincidencias, esos accidentes materiales, no pasaban de ser cómplices de los efectos; ahora, en el último drama, se truecan en protagonistas. Una casualidad, muy parecida á la fatalidad, es la autora de la catástrofe de *Cómo empieza y cómo acaba*. Si por casualidad no cambian de habitación en el tercer acto de la obra Pablo y Torrente, si por casualidad no se le ocurre al primero quedarse á oscuras en el cuarto del segundo, el desenlace ya no es posible. Una simple cerilla fosfórica basta para desbaratar la catástrofe del drama. ¿Qué pensar de un arte que á tales recursos apela?

La catástrofe de *Cómo empieza y cómo acaba* es tan horrible y repulsiva como anti-artística. Un hombre tan inocente como desgraciado, víctima de una equivocación y alevosamente asesinado por su propia esposa; una mujer convertida en parricida sin saberlo, no son lo estético, sino lo horrible. La emoción que el espectador siente ante tan espantoso espectáculo nada tiene de común con la que despierta la verdadera belleza, por trágica que sea. Víctimas de la ciega fatalidad sucumbían los héroes de las tragedias clásicas; pero ¡qué diferencia entre aquellas conmovedoras catástrofes, llenas de grandiosidad y nobleza, y este horrible parricidio, cometido alevosamente y por equivocación! Obras tales, más que artísticos espectáculos, parecen páginas arrancadas á una lúgubre colección de causas célebres.

En los otros dramas del Sr. Echegaray, lo terrible del desenlace estaba compensado por su grandiosa belleza. Tam-

bien la fatalidad arrastra á la muerte á D. Cárlos de Quirós y á D. Fernando de Moncada; pero el primero muere por cumplir su palabra de caballero, y el segundo por encerrar en su tumba el deshonroso secreto de su madre. Hé aquí lo sublime, moral y dramático en toda su grandeza; cuando para llegar á tal resultado se emplean la fatalidad y el horror como resortes, bien puede perdonarse y aplaudir al autor en gracia á la grandiosa hermosura de la catástrofe; ¿pero qué tienen de comun tan soberbios desenlaces con el repulsivo final de *Cómo empieza y cómo acaba*?

¿A qué móvil ha obedecido el Sr. Echegaray en la concepcion de desenlace semejante? ¿Por ventura al inmoderado deseo de producir efecto, acumulando horrores sobre horrores? Pues tenga en cuenta que el efecto que no encierra nada grandioso ni verdaderamente bello, antes que emocion profunda del alma es violento sacudimiento nervioso, y no es á los nervios adonde debe dirigirse el artista para buscar efectos; y advierta que por tales caminos llegará á ser un Bouchardy, un Bouchardy con génio, es cierto, pero al fin un Bouchardy. ¿Lo ha hecho porque para el resto de la trilogia le era necesario que el marido muriera, y no á manos del amante, acaso para ofrecer al público el insufrible espectáculo de los adúlteros unidos en vínculo conyugal? Pues aparte de que su buen ingenio pudo inspirarle medios mucho mejores para desembarazarse del personaje, debió entender que el artificio de la trama no puede disculpar jamás faltas tan graves. Dígase lo que se quiera, el desenlace de *Cómo empieza y cómo acaba* no tiene excusa posible, porque allí todo es igualmente falso y repulsivo; lo son la premeditacion y la cobarde alevosía con que consuma el asesinato la esposa culpable; lo es la cínica é incalificable frase que pronuncia al entrar en la estancia de su víctima; lo es el cúmulo de forzadas y artificiosas circunstancias que hacen posible la equivocacion á que debe la muerte el engañado esposo; lo es, por último, el sacrificio de este desdichado, cuyo único delito es ser tonto de capirote y querer demasiado á su mujer.

¡Y si fuera ésta la única situacion repugnante, inmoral y anti-artística de la obra! ¿Pero qué decir de aquel acto pri-

mero, en que no se sabe qué admirar más, si la imbecil confianza del marido, la inexplicable conducta de la mujer, la brutal audacia del amante ó el cinismo de aquella inmunda zurcidora de voluntades, imaginada por el Sr. Echegaray sin duda en un momento de extravío? ¿Cabe en lo real (y aunque cupiera, ¿cabria en lo artístico?) que una mujer oiga con paciencia las proposiciones de una Celestina, tolere las audacias y las groseras familiaridades de un amante y le declare su culpable amor poco despues de separarse de su marido, y dé fin y remate á tan gallarda série de hazañas recibiendo casi en presencia de su padre y de su hija un adúltero beso que, á juzgar por sus palabras, le sabe á gloria, como dice el vulgo? Y por último, y para no salir de este acto primero que no tiene calificación posible, ¿le parece al Sr. Echegaray que un hombre gravemente herido en el pecho puede pasearse, agitarse y arrancarse los apósitos de su herida impunemente, y caso de ser verosímil esto, le parece que semejantes espectáculos tienen algo de artístico y pueden presentarse á un público que en algo estime sus nervios y estómago?

El acto segundo contiene la escena más bella del drama: el diálogo entre la madre culpable y la hija inocente, obra maestra de observación psicológica, llena de verdad, de delicadeza y de exquisita ternura. La escena, con ser tan sencilla, produce grandísimo efecto y grata emoción en el público, lo cual debiera servir al Sr. Echegaray para aprender cómo es posible causar efecto y arrancar aplauso sin salirse en lo más mínimo de la realidad. Esa escena es obra de un verdadero génio y de un verdadero poeta; el público lo ha comprendido así y la ha acogido desde la primera noche con entusiasmas y merecidos aplausos; en cambio, algun crítico ha tenido la deplorable ocurrencia de censurarla.

La escena en cuestion y el final del acto, que es conmovedor y grandioso, son dos oasis en medio del desierto. El resto del acto se reduce á tardíos arrepentimientos de la culpable y odiosas palabras y más odiosos hechos de su cómplice. La peripecia que determina el final es el último extremo de lo monstruoso, es un verdadero ultraje al sentido moral del público. Aquel amante que fria y precipitada-

mente hace entregar al marido las pruebas de la falta de su mujer, con el intento de levantar entre los esposos una barrera de deshonor y de escándalo, es falso, porque un hombre verdaderamente enamorado es capaz de todo, hasta del crimen, pero no de deshonar á sangre fría á la mujer que ama; y aquel vizconde de Nebreda, digno competidor de la Celestina del acto primero, que se encarga con la mayor frescura de entregar al marido las cartas de la mujer, es un bribon de mal género, que si á alguna aristocracia pertenece, es á la que forma la *high life* del barrio de las Peñuelas y puebla los elegantes salones de Melilla y Alhucemas.

Del tercer acto poco hay que decir. Las escenas entre el marido y la mujer y entre ésta y el amante, discreta y artificiosamente tramadas, son lo único digno de loa que en él se ofrece. El resto del acto se reduce á artificiosos preparativos de la catástrofe y á la catástrofe misma, de la cual ya hemos dicho lo suficiente.

Si de los sucesos pasamos á los personajes, aún habrán de ser más amargas nuestras censuras. Sólo uno debe exceptuarse: la bella y delicada figura de la hija de la esposa culpable, único personaje interesante y simpático de la obra. Hemos notado que en materia de personajes, posee dos especialidades el Sr. Echegaray: las niñas interesantes y delicadas, figuras que pinta con singular ternura y grato colorido, y los padres inútiles y tontos. Tiene en sus obras el Sr. Echegaray una colección de padres y madres que da gozo verlos, desde la madre de *En el puño de la espada*, tan egoísta y dura de corazón como versada en los misterios de la embriogenia, hasta la madre de *La esposa del vengador*, respetable señora que para nada sirve, como no sea para estorbar; y desde el padre de *En el puño de la espada*, cuyo único mérito es salir de la escena siempre que al autor le conviene, hasta el padre de *Cómo empieza y cómo acaba*, figura decorativa, que al parecer sólo es necesaria para sacar á la escena ó llevarse dentro á su nieta, según lo exige la acción. Prescindamos de este padre por tonto y de Loreto por repugnante, y fijémonos en los personajes que constituyen el eterno triángulo: la mujer, el marido y el amante.

El marido es un pacientísimo cordero, cuyos únicos defectos consisten en ser honrado y tonto y en estarse á oscuras donde no debe. Es un marido ideal; es la nata y flor de los maridos, es una verdadera ganga para una mujer ligera. ¡Cuántas espectadoras habrán deseado uno de esa clase! Tiene una fé en la virtud de su mujer tan firme y profunda, que nada, ni la misma evidencia, es capaz de quebrantarla. En vano el vizconde de Nebreda le entrega las cartas de su mujer, en vano sorprende á ésta con un desconocido y oye de sus lábios y ve en sus ojos lo bastante para desengañar al más confiado de los mortales. Todo es inútil; aquel marido duda hasta de que la letra de aquellas cartas sea de su esposa; pero nunca se le ocurre dudar de que ésta es inocente, y firme en tal idea, invierte un acto entero en averiguar *el secreto* que hay en todos aquellos clarísimos sucesos, con tal empeño que su curiosidad le cuesta la vida. A tanta credulidad une dosis no pequeña de tontería; porque muy tonto tiene que ser un hombre para no extrañarse de las palabras y de la actitud de su esposa cuando él se marcha á América, y para no dilatar su viaje cuando aquella le da á entender en frases bien claras el grave peligro en que la deja.

La mujer es un enigma, y los enigmas no caben en el teatro. La obra termina sin que el público sepa á punto fijo qué casta de mujer es aquella, ni cuál es el objeto de su cariño. ¿Es una mujer que ama á su marido y sólo cede á una pasión culpable en un momento de extravío? No; porque en tal caso no se dejara fascinar tan fácilmente por un hombre á quien apenas conoce, ni se entregara á él con tan culpable ligereza. ¿Es, por el contrario, una mujer lividiosa y torpe? Tampoco, porque del drama parece desprenderse (aunque esto no está muy claro y apenas es concebible despues de lo que sucede en el acto primero) que no ha llegado á consumar el adulterio, y porque su arrepentimiento, sincero al parecer, y su resolución final dan respuesta negativa á tal pregunta. ¿Ama á su marido? Su despedida en el primer acto, frases repetidas del segundo, y su tentativa de asesinato contra su amante así parecen denotarlo; pero entónces ¿cómo se explica su rápida caída, cómo las protestas de amor

que hace á su cómplice, cómo la frase que pronuncia al ir á darle muerte? ¿Ama á su amante? ¿Pues cómo lo pospone repetidas veces á su marido y á la postre se resuelve á asesinarlo?

En resúmen, jamás se sabe á quién ama, ni por qué hace lo que hace; es un verdadero logogrifo que no se explica con decir que es el momento de una pasión violentamente detenida en su desarrollo (como nos decía un amigo nuestro, versadísimo en estas materias y de tan buen gusto como atinado criterio), porque ni el momento aislado de una pasión puede caracterizar á un personaje dramático, ni esto explica tan incomprensibles contradicciones. Tampoco se justifica diciendo que la inconsecuencia es privilegio de los caracteres humanos, conato de defensa que hemos oído también á muy autorizada persona, pues las inconsecuencias nunca son tan rápidas ni tienen nada de comun con la pluralidad de afectos, de suyo incompatibles, que abriga en su corazón la heroína del drama. Lo cierto es que Magdalena es un logogrifo, cuyas oscuridades, como las de casi todos los personajes del Sr. Echegaray, se deben á que no es un verdadero carácter y á que carece de sentido moral, cosa que también suele acontecer con mucha frecuencia á los tipos que concibe el distinguido autor de la obra que nos ocupa.

El amante adúltero no es ménos monstruoso. El autor ha querido que parezca apasionado, y no lo ha conseguido. Torrente es una figura apática y descolorida, que sólo habla para repetir un mismo tema y prorumpir en frases inconsideradas, inconvenientes ó repugnantes, y cuyos actos antes denotan un alma baja y perversa que un corazón amante. Figura inverosímil, al par que repulsiva, sólo sirve para dar mayor relieve á la falta de su cómplice y aumentar el horror de todas las situaciones en que interviene.

Para terminar este largo análisis, diremos que por lo que respecta al estilo y al lenguaje, la última obra del Sr. Echegaray señala un notable progreso sobre las anteriores. El empalagoso lirismo de aquellas ha quedado reducido á límites muy estrechos; la frase ha ganado en naturalidad, y la versificación en fluidez y galanura; en cambio han desaparecido

los profundos y originales pensamientos que abundaban en aquellas producciones.

### III.

Resumamos. *Cómo empieza y cómo acaba* es la peor obra del Sr. Echegaray, exceptuando *La última noche*, y aun ésta aventajaba á aquella por su patético y conmovedor epílogo. Los graves defectos que son propios de la manera especial del Sr. Echegaray, se hallan en esta obra llevados á la mayor exageracion, y sin que los compense y atenúe la grandeza que en otros dramas del mismo autor suspendia el ánimo y hacia olvidar lo inverosímil de la fábula. Detalles de primer orden, aquí y allí esparcidos, alguna bellísima escena, como la de la madre y la hija en el acto segundo, el vigoroso colorido que es propio de toda obra del Sr. Echegaray, un lenguaje sóbrio y natural, y una versificación fácil y correcta: hé aquí los méritos de *Cómo empieza y cómo acaba*. Lo falso, contradictorio y repulsivo de los caracteres, la inverosimilitud de los sucesos, la artificiosa violencia de las situaciones, lo horrible y repugnante de la mayoría de los efectos: hé aquí sus gravísimas faltas, harto superiores en número y calidad á las bellezas. El asombro ante tal menosprecio de las reglas del arte y de las exigencias de la moral; la repulsion y la protesta ante semejantes enormidades, que juntamente sublevan el instinto moral, la sensibilidad y el buen gusto del espectador; una excitacion constante del sistema nervioso, sacudido por las más acres y violentas sensaciones; un interés sostenido por las repetidas sorpresas, los multiplicados asombros y las nunca interrumpidas sensaciones que los especiales procedimientos del autor provocan; tal cual emocion grata ó simpática causada por algunas escenas bien sentidas ó por algun poderoso rasgo de génio; una perenne vacilacion entre la protesta y el elogio, entre la desaprobacion y el aplauso: hé aquí el heterogéneo conjunto de impresiones que el público experimenta ante esta obra, tantas y tan violentas todas, que el espectador sale tan quebrantado del espectáculo como si acabara de reñir descomunal batalla.

Obra semejante es, sin duda, el producto del génio, pero del génio extraviado por peligrosos derroteros. Es más: el éxito de tales producciones señala un grave peligro para el arte dramático, y es el comienzo de inevitable decadencia. Un romanticismo peor que el de 1830, puesto que va amalgamado con los aspectos más repulsivos del realismo, amenaza invadir á nuestra escena. El antiguo romanticismo, profundamente idealista, ostentaba siempre en sus producciones cierta nobleza, cierta grandiosidad, y no reproducía en las tablas los aspectos torpes ó repugnantes de la realidad. Daba al crimen y á la virtud proporciones épicas y aspectos legendarios, pero jamás pintaba bajas y ruines pasiones; no concebía un personaje que fuera vulgar ó menguado, ni imaginaba situación que no fuera grande y portentosa, ni buscaba el efecto en forzados artificios ó en repugnantes y anti-artísticas escenas. El romanticismo moderno, conservando las exageraciones del antiguo, toma del realismo la complacencia en reproducir la realidad en toda su desnudez, sin cuidarse de distinguir en ella lo que puede ser objeto del arte de lo que no puede serlo, y olvidando que el poeta está obligado á decir la verdad, pero no toda la verdad, y que la idealización propia del arte no consiste en prescindir de la naturaleza, sino en elegir en ella los aspectos bellos, dejando en la sombra los que no lo son. Es, por tanto, el moderno romanticismo el hijo bastardo de un nefando contubernio entre el romanticismo melenudo y el realismo francés, ó, lo que es igual, la perversión más radical y completa del arte dramático.

¡Cuán lejos nos hallamos de aquel arte que sabia unir en amoroso concierto lo ideal con lo real, lo romántico con lo clásico, y producía el efecto y despertaba en el público emoción grata y profunda sin falsear los caracteres y las situaciones, ni menospreciar los preceptos del arte y de la moral! ¡Cuán lejos de aquel brillante período de nuestra dramática contemporánea que ilustraron primero hombres como Vega, Breton, García Gutierrez, Hartzenbusch, y más tarde Tamayo y Ayala! Hoy, en medio de una turbamulta de escritores de segundo orden sólo brilla un génio, pero este génio, conjunto inexplicable de épicas grandezas y monstruosos errores, muy en

breve precipitará á nuestra dramática en irremediable y trágica caída. Su personalidad poderosa logrará al cabo imponerse al público y le hará rendir igual homenaje á los esplendores y á los extravíos de su inspiracion desordenada; falange numerosa de imitadores y discípulos reproducirá sus errores sin emular sus méritos, y muy en breve nuestra escena poblada de mónstruos, nuestros autores convertidos en sacerdotes del absurdo, y nuestro público corrompido y extraviado en su sentido moral y en su sentido artístico, serán monumento insigne de los estragos que puede causar el génio cuando no pone sus poderosas facultades al servicio de los principios fundamentales del arte y de las imperiosas exigencias de la belleza y de la verdad.

\* \* \*

No terminaremos este trabajo sin rendir merecido homenaje de admiracion á Elisa Boldun y Antonio Vico, que han logrado legítimo y costoso triunfo al interpretar con singular maestría los extraños é incomprensibles personajes de *Cómo empieza y cómo acaba*. Merecedora es tambien de aplauso la señorita Contreras, en quien saludamos á una esperanza de nuestra escena. Respecto á los Sres. Cepillo y Oltra, sirva de disculpa á la frialdad con que interpretan sus papeles lo odioso é inexplicable del personaje que representa el primero, y la nulidad del que al segundo le ha cabido en suerte.

M. DE LA REVILLA.

---

## GASPAR HAUSER.

### UN ENIGMA POR RESOLVER.

#### I.

En los jardines públicos de la ciudad bávara de Anspach, en la Franconia Media, existe un pequeño monumento de piedra arenisca, que tiene esta inscripción:

HIC  
OCCULTUS  
OCCULTO  
OCCISUS EST  
MDCCCXXXIII



Si prolonga el viajero su paseo hasta el cementerio de la misma ciudad, puede leer estas palabras en la lápida de una tumba:

HIC JACET  
GASPARUS HAUSER  
ÆNIGMA  
SUI TEMPORIS,  
IGNOTA NATIVITAS,  
OCCULTA MORS,  
MDCCCXXXIII

Estos recuerdos conmemoran un suceso que excitó durante muchos años una curiosidad extraordinaria y mucho interés á gran distancia del oscuro lugar en que ocurrió; suceso envuelto en un misterio que algunos de los espíritus más perspicaces de Europa trataron en vano de penetrar, y que hasta estos momentos permanece sin resolver. Aún puede hallarse algún indicio en testimonios históricos ó en documentos, respecto á la identidad del Hombre de la Máscara de Hierro ó del autor de las cartas de Junius; pero apenas cabe en los límites de lo posible que llegue á revelarse nunca el secreto que hace cuarenta y tres años llevó consigo á su tumba Gaspar Hauser. Ya le revistamos con el romántico interés de un príncipe injustamente despojado de sus derechos soberanos, ya le compadezcamos como víctima inocente de una crueldad sin ejemplo, ya le denunciemos como un impostor vulgar (y con todos estos caractéres, segun el punto de vista desde el cual se considere, apareció en el corto trascurso de su vida), la historia verdadera de su origen, de su vida y de su muerte queda fuera de nuestro alcance.

Gran excitacion produjo el dia 26 de Mayo de 1828 en la antigua ciudad de Nuremberg la noticia de que habian cogido en las calles á un *salvaje*, y de que se le habia encerrado en la cárcel del pueblo para con seguridad custodiarle. Al principio se dijo que era una criatura inofensiva, sin la facultad de hablar; pero poco á poco el rumor popular le convirtió en un salvaje repulsivo y peligroso, en una especie de hombre lobo que andaba á gatas, aficionado á ladrar y aún á morder á los que se le acercaban. Ulteriores investigaciones tendieron á mitigar el miedo de la violencia, y demostraron que no era un hombre silvestre, sino solamente un pobre sér desamparado, de corto ingenio, que no podia dar cuenta alguna de sí mismo ni de lo que le era concerniente. Poco á poco, sin embargo, empezó á rodearle el misterio, y seis semanas despues de su primera aparicion la primera autoridad de Nuremberg satisfizo y estimuló al mismo tiempo la curiosidad pública, dando una proclama cuyo objeto era hacer una descripcion auténtica de la persona y circunstancias de esta extraña aparicion.

Este documento, que circuló por todo el reino, decia lo que sigue:

«La primera autoridad de la real ciudad bávara de Nuremberg hace saber para informacion general del público un caso tan extraordinario y sin precedente, que no solamente tiene que llamar la atencion de todas las autoridades judiciales, las de policía, las civiles y las militares, sino tambien la simpatía de todo sér humano en toda la patria.

### PROCLAMA.

«El lúnes de Pascua de Pentecostés, 26 de Mayo de 1828, entre cuatro y cinco de la tarde, un hombre jóven y solitario, al parecer de diez y seis á diez y ocho años de edad, se acercó á un vecino de esta ciudad á la entrada de la *Kreuzgasse*, cerca de la *Unschlitts-platz*, y le preguntó cuál era el camino (1) para la *Neue Thor Strasse*.

«Ofrecióse el dicho vecino á guiar al jóven, y en conformidad le acompañó, cuando el último sacó de su bolsillo una carta sellada dirigida á Su Honor el capitan de caballería, comandante del 4.º escuadron del 6.º regimiento *Schwolische* en Nuremberg.

«Esto indujo al vecino á llevarle al cuerpo de guardia del *Neue Thor*, con la idea de obtener informes. En el camino quiso el vecino hacerle entrar en conversacion; pero pronto se convenció de que por falta de comprension por parte del extranjero era imposible conseguirlo. Llegados al cuerpo de guardia, fué el jóven dirigido, despues de enseñar la carta, á la no distante casa ocupada entonces por el capitan. En ausencia de su amo, un criado hizo todo lo que pudo para interrogarle; pero no pudo obtener ninguna respuesta satisfacto-

---

(1) Se han puesto algunas palabras en letra bastardilla para llamar la atencion del lector hácia ellas, con objeto de que las compare con afirmaciones y declaraciones que despues leerá, y para arrojar más luz sobre las improbabilidades que hay en esta relacion de hechos.

ria. El capitán á su llegada, despues de haber leído la carta y tratado en vano de que el portador de ella le explicara su extraño y sorprendente contenido, le entregó junto con la carta á la justicia.

»En la primera entrevista con los jefes de la policía no pudo sacarse del jóven más que respuestas cortas y sin ilación, que él no sabia dónde habia nacido, ni dónde habia vivido, sino que habia venido por órden de una persona desconocida «con quien habia estado siempre» y que le habia llevado á «la aldea grande», y que allí le habia dejado.

»Aunque sus maneras durante esta entrevista *no daban lugar á sospechas* de que fuera imbécil ó de que tratara de engañar, sino más bien *hacían creer* que este jóven habia estado en un cautiverio desde la infancia, ageno al trato de las gentes, y en el cruelísimo estado de una bestia, lo cual se confirmaba por el hecho de que nada queria comer que no fuera pan y agua, sin embargo, las autoridades, para estar completamente precavidas contra la impostura, le colocaron bajo la cuidadosa observacion del experto guardian de la cárcel y bajo la inspeccion y vigilancia particulares del médico municipal.

»Mientras que el primero nada pudo descubrir que pudiera excitar sospechas, el informe médico dice que «este hombre no es loco ni imbécil, *pero que se le ha tenido apartado del modo más impío y á la fuerza de toda cultura social y humana*, y ha sido criado casi como un salvaje. No puede tomar un alimento más propio, y se mantiene únicamente de pan negro y agua.»

»De *la verdad de esta opinion*, las autoridades se han convencido por completo en las entrevistas sucesivas con el jóven, en las que se hizo evidente que no conocia á los hombres ni á los animales, y que con la excepcion de las palabras *muchacho* (por la cual únicamente se designaba á sí mismo), y *él* (para aquel con quien siempre habia estado), y *caballo* (por haber tenido un juguete que representaba á este animal), nada absolutamente sabia.

»Esta pobreza de conceptos, aunque en brillante contraste con una *sed de saber que indica cualidades naturales extra-*

*ordinarias*, y una memoria que está completamente fuera de lo comun, indujo al que suscribe á separarse del camino vulgar de los procedimientos formales y á adoptar en su lugar un trato confidencial. Médicos, profesores, maestros, fisiólogos, autoridades de la policía y judiciales observadores muy perspicaces de todas clases, unidos á las numerosas personas *calurosamente interesadas en su temprana y triste suerte*, fueron llevadas á su presencia, y las opiniones que expresan coinciden con las del que suscribe.

»Él (Gaspar Hauser) se encuentra ahora en perfecta libertad, hasta el punto que puede sin riesgo permitírsele; y á pesar del satisfactorio adelanto visible en su desarrollo intelectual, persiste estrictamente en sus revelaciones primeras. Las siguientes manifestaciones, resultado de conversaciones numerosas, pueden, pues, ser *implícitamente aceptadas* en cuanto á su pasado.

»Gaspar Hauser, tal es el nombre de esta víctima de un tratamiento inhumano (y aquí debe mencionarse que *habla con un acento bávaro semejante al que se usa en las inmediaciones de Ratisbona, Straubing, etc.*, y que está vacunado en el brazo derecho), ha estado toda su vida encarcelado en soledad completa y jamás ha oído más voz que la del monstruo que diariamente le traía su comida, pan y agua. Vivía en una celda estrecha y pequeña sobre la tierra desnuda, y dentro de la cual sólo penetraba una lóbrega luz á través de dos ventanillas cerradas con puertas de madera. Nunca había visto el sol, y pasaba su vida divirtiéndose con dos juguetes de madera, un caballo y un perro... No podía andar ni ponerse derecho en su calabozo, y gateaba por el suelo, siendo su cama un saco de paja..... Su alimento diario érale traído mientras dormía, y piensa que entonces también debían de cortarle el cabello y las uñas y mudarle de camisa. No sabe cuánto tiempo estuvo en aquella mazmorra, porque no tiene idea de la división del tiempo. Nunca vió sér viviente, ni rayo de sol, ni de la luna, ni jamás llegaron hasta él voz humana, canto de pájaro ó grito de animal. Por último, se abrió la puerta de su calabozo y entró el desconocido, el mismo que después le condujo á Nuremberg: este hombre

le dió los libros que despues se nombran (1), y le dijo que le era menester aprender á leer y á escribir, y que entónces iria á unirse con su padre, que habia sido soldado de caballería y que él tambien lo seria. Con sus facultades naturales extraordinarias, que un prolongado y terrible encarcelamiento no habia podido matar y convertir en estupidez, los trabajos que el desconocido tomó fueron compensados con creces; aprendió, segun dice, y su actual progreso justifica y apoya lo que dice, pronta y fácilmente, pero no mucho más que á leer y escribir su propio nombre, porque el desconocido solamente venia á darle lecciones *cada cinco dias*. Siempre se le presentaba descalzo y en el mismo traje, y Hauser nunca le oyó acercarse hasta que ya estaba dentro de la estancia.

»Para estimular su sed de saber el desconocido prometió dejarle arrastrar de un lado á otro sus caballos si se aprendia bien las lecciones; pero todavía se queja amargamente de que, cumplida esta condicion, cuando rodaba sus juguetes le pegaba el desconocido con un baston (todavía se le ven señales en el codo derecho) y le prohibia que otra vez lo hiciera. Para escribir se servia de un lápiz, á que el desconocido llamaba pluma. Durante estas lecciones se le encargaba estrictamente no pasar nunca de la puerta, porque habia un cielo encima de él, en el cual habia un Dios que se encolerizaria y le pegaria si intentaba salir.

»Así pasó mucho tiempo; pero pensaba él que no tanto como el que llevaba de estancia en Nuremberg (seis semanas), cuando fué repentinamente levantado una noche. El desconocido estaba de pié en su presencia, y le dijo que habia venido para llevársele: lloró, pero se dejó consolar por la repetida seguridad de que era para llevarle con su padre y luego ser de caballería como éste. El desconocido, que hasta entónces siempre se le habia presentado en mangas de camisa, descalzo y con los calzones amarrados por las rodillas, llevaba en esta ocasion chaqueta, botas y sombrero negro: tambien lle-

---

(1) Una coleccion de oraciones católico-romanas que se encontraron sobre Gaspar Hauser la primera vez que se apareció en Nuremberg.

vaba medias azules. Puso sobre su espalda á Gaspar Hauser, le vistió una camisa y unos pantalones, encajó un ancho sombrero redondo de aldeano en su cabeza, le sacó del calabozo al aire libre, y subiendo una empinada y larga cuesta, siguieron andando hasta el alba. Durante este tiempo se durmió él, y sólo andaba cuando el desconocido le ponía en el suelo. Entónces el desconocido *le enseñó á andar*, lo que encontró él muy difícil porque estaba *descalzo* (1), y tenia en extremo tier-nas las plantas de los piés; de suerte que tenia que descansar con mucha frecuencia, pero pronto aprendió á andar mejor; y entre andar y descansar se les vino encima la segunda noche. Durmieron al aire libre y en el suelo; llovía mucho, ó segun él lo expresa, tiraban del cielo agua, y el pobre Gaspar tenia mucho frio. Durmió profundamente sin embargo, y á la siguiente mañana prosiguió su jornada con el desconocido. El andar se habia hecho cosa más fácil para él, pero sufría de fuertes dolores en las piernas y espinazo. A la tercera noche otra vez se acostaron al sereno; no llovía, pero el frio era excesivo. Al despuntar el dia tercero continuaron su viaje del mismo modo, y estando todavía á alguna distancia de Nuremberg, sacó el desconocido las ropas que van á mencionarse de un lio que llevaba y se las puso á Gaspar Hauser, como tambien las mismas medias azules que tenia puestas: cambiaron de sombreros, se volvió á poner las botas sin medias (eran por el aspecto mucho mejores botas que *las que él, Gaspar Hauser, llevaba*), y le puso los pantalones que habia llevado en la prision. Así transformados continuaron su viaje; el alimento en todo el camino fué el mismo que Hauser habia comido en la prision, un pan grande y agua de una botella que llevaba el desconocido en el bolsillo. En el camino se tomó el último el trabajo de explicarle lo que era un rosario que le habia dado y de enseñarle el *Padre nuestro* y otra oracion, que ahora podia repetir, pero que nunca las habia oido antes. Tambien le habló de que iba á casa de su padre y de que seria de caballería, lo que á él le gustó mucho. En

---

(1) En uno de los renglones que siguen se manifiesta que las botas de Gaspar estaban en mal estado.

todo el camino jamás entraron en casa alguna, pero pasaron á la vista de casas y gente que Gaspar *naturalmente no es capaz de describir*. El desconocido le habia encargado que tuviera los ojos fijos en tierra para andar convenientemente; pero lo más probable es que fuera para que no recibiera impresion alguna de los objetos de alrededor que le sirviera para reconocerlos posteriormente: todo lo cumplió como se le decia.

» Cuando al fin llegaron á Nuremberg, que el desconocido llamó *la gran aldea*, sacó del bolsillo la carta á que en otra parte se ha hecho referencia, y la dió á Gaspar Hauser con instrucciones de llevarla á la aldea grande y enseñarla allí á un muchacho que le guiaria en adelante. Entonces le señaló repetidas veces y con minuciosidad el camino que habia de seguir cuando se quedara solo y le prometió, al ver que Hauser mostraba no querer separarse de él, seguirle de cerca.

» Hauser siguió, como se le habia dicho, en línea recta todo derecho, llegó á la puerta de la ciudad (no recuerda á que puerta) y al poco tiempo probablemente interpeló al ciudadano que le enseñó la direccion.»

Sigue el documento tratando de las cualidades personales del extranjero, y resume de este modo las razones que se alegaban, que no dejaban duda de ningun género de la verdad de su narracion:

« Su mirada, pura, abierta, inocente, la alta y despejada frente, la completa inocencia de su carácter, ignorante como está de la distincion sexual, su extraordinaria sed de conocimientos, su órden y limpieza, todo da pruebas de que la naturaleza le ha dotado con los más espléndidos dones de espíritu, capacidad y corazon; *tambien acrediten* que su ilegal encarcelamiento estaba relacionado con el crimen no ménos grave de un fraude de familia, por el cual habia sido privado de sus padres, y si éstos no vivian ya, al ménos de su libertad y *fortuna, probablemente de los privilegios de una noble cuna*, y en todo caso de los inocentes goces de una alegre niñez.»

Para concluir, todas las autoridades y ciudadanos que

quisiesen, eran invitados á emplear todos sus esfuerzos en descubrir al perpetrador del horrible crimen cometido, y á restaurar á la víctima en los derechos con que nació y de que habia sido tan villanamente despojada.

La carta de que fué portador el extranjero era evidentemente composicion de un hombre no versado en letras. El escritor se pinta á sí mismo como un pobre trabajador con diez hijos, y afirma que en el dia 7 de Octubre de 1812 se le habia confiado un muchacho, al cual habia mantenido hasta entonces; pero que no pudiendo seguir haciéndolo por más tiempo, y de acuerdo con las instrucciones contenidas en el papel que adjuntaba y que le habia sido entregado con el niño por su desconocida madre, le enviaba á Nuremberg con la esperanza de que seria recibido como soldado de caballería. Despues de manifestar que era inútil hacer preguntas al muchacho, porque no sabia de dónde venia ni cuál era su nombre, sigue el que escribe diciendo:

«Le he enseñado y *sabe escribir como yo* (1). Si le preguntais lo que quiere ser, responderá: un *Schwolischen* como mi padre. Le saqué á media noche y no sabe el camino de mi casa.»

Concluye respetuosa y humildemente, pero no firma porque podria ser castigado.

El papel adjunto, que estaba escrito en caractéres romanos, y no alemanes, pero al parecer por la misma mano, de seguro con la misma tinta, decia así:

«El niño está ya bautizado con el nombre de Gaspar; tenéis que darle un apellido. Su padre fué *Schwolischen*, y cuando cumpla diez y siete años le llevareis á Nuremberg, al sexto regimiento, del que fué su padre, y hasta entónces os pido que le mantengais. Nació en 1812. Soy una pobre muchacha y no puedo mantenerlo; su padre ha muerto.»

---

(1) Se observó entónces que algunas de las letras de esta carta tenian una gran semejanza con las hechas por Gaspar Hauser al escribir el alfabeto.

## II.

Leida ya la version oficial de las circunstancias que rodearon la llegada de Gaspar Hauser, pasemos á considerar la impresion que su primera aparicion creó en los ánimos de aquellos con quienes entró en contacto personal (1).

Dos ciudadanos, Weickman y Beck, de profesion zapateros, estaban charlando en la parte de fuera de sus talleres en la *Unschlitz-platz* de Nuremberg, el lunes de Pentecostés, cuando una persona que bajaba alegremente por la algun tanto empinada calle que estaba enfrente de ellos, exclamó: «¡Eh, muchacho!» Y al acercarse más, preguntó por dónde se iba al *Neue Thor Strasse*. Weickman, á quien sus asuntos llamaban en aquella direccion, ofreció acompañar al extranjero, el cual sacó entónces una carta del bolsillo dirigida al capitan del segundo escuadron de caballería, acuartelado en la ciudad. No sabiendo la casa de este oficial, propuso Weickman enseñar la carta en el cuerpo de guardia de *Neue Thor*, á lo cual dijo el extranjero: «¿La puerta nueva (*Neue Thor*), recién construida?» Weickman explicó que aunque así llamada, la puerta era de construccion antigua, y preguntó al jóven si habia estado antes en Nuremberg y de dónde venia. A la primera pregunta respondió: *No antes, primera vez*; á la segunda: *de Ratisbona*. Preguntado si la gente allí hablaba de guerra, repitió: *guerra, guerra*; como si la palabra careciera para él de sentido. Llegados al cuerpo de guardia, el extranjero *se quitó respetuosamente el sombrero* al cabo que estaba de servicio y le alargó la carta, por la que le fué indicada la casa del capitan. Weickman *le vió dirigirse solo* en la direccion indicada, y entónces le dejó. En respuesta á las preguntas del tribunal, dijo este testigo que cuando se le aproximó el extranjero y tambien mientras le ecompañó al

---

(1) El resúmen de pruebas que sigue está tomado de los informes oficiales de las investigaciones judiciales entabladas por las autoridades. Se encuentran juntos con una cantidad de informes interesantes y de sólidos razonamientos en *Mittheilungen über Gaspar Hauser*, del Dr. Meyer, publicado en Anspach en 1872.

cuerpo de guardia, andaba con firmeza (*festen schrittes*), y que hubiera sido nécio en cualquiera el ofrecerle apoyo. La declaracion, en cuanto á que se le acercó, está confirmada por Beck, quien le oyó preguntar por dónde se iba á *Neue Thor Strasse*; pero que no fijó gran cosa su atencion, tomándole por una persona como otra cualquiera.

Despues de dirigirse por una sencilla indicacion del cabo de la guardia á casa del capitan von Wessening, el extranjero *tiró de la campanilla*, y al abrir la puerta un criado, le enseñó la carta, diciendo: «Se me ha dirigido á esta casa; quiero ser soldado de caballería, como mi padre lo fué antes que yo.» Parecia, segun la declaracion de este testigo, muy exhausto, y señalaba á sus piés como si le dolieran. Por todo esto se le hizo entrar en la cuadra, donde se tendió sobre la paja. Al ofrecerle cerveza y carne, las desechó con disgusto, pero tomó con avidez pan y agua. *Parecia entender todo lo que se le decia*, pero hablaba en un lenguaje cortado y como si le costara un esfuerzo. Dijo al testigo que no sabia de dónde venia, que habia viajado de noche y de dia, y que habia sido llevado acuestas cuando no podia andar; que habia aprendido á leer y escribir y habia cruzado la frontera todos los dias para asistir á una escuela. Cuando se le enseñaron los caballos de las cuadras, pareció alegrarse mucho, y observó que habia «cinco semejantes en el sitio de donde venia.»

A la vuelta del capitan Wessening á su casa, ya al anoche- cer, el extranjero estaba profundamente dormido en la cuadra. Cuando se le despertó, se levantó y se acercó á él sonriéndose, atraido evidentemente por su uniforme, y diciéndole al tiempo que le cogia el cinturon de la espada: *Yo quiero ser como éste*. Preguntado que le fué su nombre, respondió que su padre adoptivo le habia dicho siempre que se quitara el sombrero y dijera: *No lo sé, señor (Ener Graden)*, uniendo al mismo tiempo el ademan á la palabra. No siendo posible sacar nada en limpio de él ni de la carta que habia traído, el capitan le entregó á la policia. Pareció triste por abandonar las cuadras, y se quejaba de que le dolian los piés. Respondiendo á algunas preguntas dijo el testigo que el extranjero le hizo la impresion de un muchacho del campo saludable, bien

alimentado y decentemente vestido. Un oficial que acompañaba al capitán von Wessening observó, al expresar el extranjero el deseo de ser soldado de caballería, que tenía muy poca estatura para este arma, pero que podía alistarse en infantería; á lo cual exclamó: *No, no, infantería no.*

Llevado á la estancia de policía, las autoridades no pudieron sacar de él más respuesta que *no sé* en el dialecto vulgar del país alto. Preguntado, sin embargo, en qué clase de cama había dormido, respondió prontamente: *Jacobi Federn* (plumas de Jacob), frase vulgar que se usa para contestar que en paja. Parecía tener alguna idea del dinero, pero no podía distinguir la diferencia en el valor de las monedas. Amenazándole con enviarle otra vez á los bosques si continuaba encerrado en el silencio, manifestó un terror grande y dijo: *No, no, á los bosques no.* En esta ocasión comió también pan y bebió agua vorazmente, pero rehusó otra clase de alimentos. Se le describió como de aspecto saludable y bien alimentado, con la apariencia general del que ha vivido mucho tiempo al aire libre. Cuando entraron en el cuarto una vela, *no demostró sorpresa ni susceptibilidad por la luz*, y al colocársele en la mano una pluma pidiéndole que firmara su nombre, se acercó á la luz y *cogiendo la pluma como todo el mundo*, escribió: *Gaspar Hauser*; al pedírsele que añadiera el lugar de su residencia, dijo: *Eso no me atrevo á decirlo*, y cuando se le apretó sobre este punto, repitió: *No lo sé.* Pasó dos horas en este cuarto, *de pié todo el tiempo*, y uno de los oficiales depone que él al principio le juzgó imbécil, pero pronto vió motivos para sospechar que se guardaba lo que sabía y que estaba realizando una impostura.

Concluida su declaración, fué llevado el extranjero á la cárcel de la ciudad y entregado para que lo custodiara al carcelero, que le describe como habiéndole parecido entonces de naturaleza saludable y fresca, y limpio en su persona. Estaba muy cansado, pero se repuso en uno ó dos días y pudo andar mejor. A la pregunta de dónde venía, respondió: «Del lado de aquel con quien he estado siempre,» y pedía repetidas veces que le volvieran á llevar á su casa (*hamweisen*). A todas las personas llamaba *muchacho*, á todos los animales (hasta á al-

gunos patos que vió) caballos, y sabia tan poco de los objetos naturales, que al llevar á su cuarto una vela encendida *intentó agarrar la llama con los dedos*, y el brillo *le hizo guiñar los ojos*, aunque la luz del dia, al parecer, no le afectaba. El digno carcelero no sospechó ni por un momento que cometiera impostura, y estaba completamente seguro de que no estaba haciendo un papel, «porque era imposible que nadie fuese capaz de un grado tal de disimulo.»

Llegamos ahora á las varias afirmaciones hechas en el curso de la conversacion por el mismo Gaspar Hauser durante las seis primeras semanas despues de su llegada, en cuyo tiempo parece haber hecho extraordinarios progresos en sus facultades de hablar y de comprender. En sus últimas deposiciones oficiales, la primera de las cuales no se tomó hasta Noviembre de 1829, da muchos detalles que no estaban dentro de su experiencia antes, y aunque hay algunas pequeñas discrepancias y contradicciones en sus diferentes aseveraciones, su historia en globo no varia de un modo material. No tenia recuerdos de nada anterior á su prision en la celda, la cual describia como de seis á siete piés de larga, cuatro de ancha y cinco de alta; allí habia pasado todo lo que conocia de su vida. Nunca se habia puesto en pié, y habia vivido en completa é invariable oscuridad tal, que no podia distinguir entre el dia y la noche. Jamás habia visto un animal vivo, ni un raton, ni una mosca, ni habia oido nunca un *sonido*, y cuando despues de su llegada á Nuremberg oyó por primera vez el trueno, le alarmó grandemente. Habia tenido siempre pan bastante para comer, pero frecuentemente habia sufrido de sed, y el agua que se le daba tenia á veces un sabor peculiar y desagradable. Cuando esto sucedia, le entraba mucho sueño despues de beberla (1). Como estaba siempre limpio en su persona y libre de insectos inmundos, la camisa que llevaba sobre los calzones debió mudársele periódicamente y debieron sus cabellos y cuerpos ser tenidos en órden y lavados; pero como no tenia con-

---

(1) Esto lo dijo por primera vez despues de una enfermedad en que se le administró el ópio para producir el sueño.

ciencia de que estas cosas se hubieran hecho, *es menester que se efectuaran durante su sueño*, cuando también se le dejaba el alimento, porque nunca vió que se lo trajeran á la celda.

Estaba seguro de que no pasarían de ocho ó nueve días ántes de su libertad, cuando el desconocido entró en su celda; fué *tres veces por junto* (1), y entraba y se le ponía por la espalda, de modo que nunca *le vió la cara*. En su primera visita *no habló*, pero le enseñó á escribir colocando un lápiz entre sus manos y llevándole la mano sobre un pedazo de papel puesto en un banquillo bajo. Únicamente le enseñó á escribir *Gaspar Hauser* y las letras del alfabeto. En su segunda visita le enseñó el hombre á hablar algunas palabras y frases, haciéndoselas repetir muchas veces. Estas fueron: «En el pueblo grande donde está tu padre, tendrás un lindo caballo» y «yo quiero ser soldado de caballería como lo fué mi padre ántes que yo.» *Todos los conocimientos* de hablar, leer y escribir que poseía á su llegada á Nuremberg, *estaban derivados de estas dos lecciones*. En su tercera y última visita, el desconocido le despertó de su sueño, diciéndole que iba á sacarle fuera. Puso *un par de botas en sus piés*, se lo cargó acuestas y le llevó al aire libre á una elevada colina.

Se le dijo entónces que anduviera, y cuando lloró por el dolor que esto le causaba, le dijo el hombre que si no paraba de llorar, no tendría nunca un caballo. Durante el viaje, siempre se mantuvo el guía detrás, y le mandó fijar la vista en el suelo, de modo que *jamás le vió el rostro*. Durante todo el viaje, que él piensa que ocupó tres días, *no está cierto de haber visto sér humano, ni edificio*, ni de si ha cruzado puente alguno. El camino parecía estar compuesto de arena fina amarilla, sobre la cual podía distinguir huellas de pisadas.

Llegados cerca de Nuremberg, le dió el hombre una carta, diciéndole que pidiera que le guiaran á las señas que tenía, y entónces se separó de él. Siguió solo á la ciudad y allí en-

---

(1) La declaración sobre este punto está en discordancia extraña con las aseveraciones de la proclama del burgomaestre, que inspiran la idea de que Gaspar había recibido un curso regular de instrucción en el lenguaje y en la escritura.

contró al ciudadano que le condujo directamente á la casa del capitán von Wessening (1).

Tales fueron las principales declaraciones que dieron los materiales para la proclama de la municipalidad de Nuremberg, composicion que como documento procedente de la autoridad de un magistrado, es probablemente única en su género. El digno burgomaestre tenia una teoría que le era propia, en apoyo de la cual no vaciló en asumir hechos, suprimir y torcer las declaraciones, y trazar una série de conclusiones traídas por los cabellos y enteramente ilógicas. De él se dice que era un hombre respetable y de conciencia, y es completamente posible que dominado por el interés que tomó en un cuento salvaje y romántico, no se diera cuenta del fraude que de esta manera practicaba en la credulidad pública prestando á sus opiniones personales el peso de la autoridad oficial; y poca duda podia haber de que, si en este estado el caso hubiera sido sometido á la prueba de un tribunal idóneo y sin preocupaciones, hubiera sido despojado de sus misteriosos elementos y reducido á dimensiones vulgarísimas y corrientes. Los funcionarios judiciales superiores, en verdad, formaron una opinion completamente práctica del loco manifiesto de Herr Binder, porque encontramos que á la semana de su promulgacion el tribunal del distrito de Anspach acude al gobierno para que lleve al magistrado de Nuremberg á dar estricta cuenta de su indiscreta conducta, que ellos creen más ha de servir para contrariar que para promover los fines de la justicia *en el caso* de que se hubiera cometido el supuesto crimen, del cual, dicen, no hay un átomo de prueba.

Si la proclama no sirvió para encontrar el hilo del supuesto misterio, tuvo el efecto inmediato de poner en claro un número de escándalos hasta entónces desconocidos ó medio enterrados que databan de la época en que se presumia que habia nacido Gaspar. Afirma el Dr. Mayer que los nombres de no pocas de las más distinguidas familias alemanas estu-

---

(1) Gaspar Hauser negó que se le hubiera llevado primero al cuerpo de guardia, como declaraban Weickman, el cabo de servicio y otros testigos.

vieron envueltos de un modo inexcusable en el caso del hijo adoptivo de Nuremberg, que así se le llamaba; y que un número muy extraordinario de madres comprometieron sus anteriores reputaciones con la esperanza de recobrar niños perdidos. Así es que una *duquesa italiana* manifestó que había tenido una *liaison* con un oficial bávaro en 1809, de la cual había resultado el nacimiento de un hijo, que le habían robado misteriosamente este niño, y que tenía la convicción más grande de que debía ser el expósito de Nuremberg. Otra señora de rango confesó que siendo niña, había sido seducida en el colegio por el capellan, del cual había tenido un hijo: se le había asegurado que este niño había muerto; pero las circunstancias le habían hecho dudar de la verdad del aserto, y habiendo visto ahora una descripción del Gaspar Hauser, estaba segura de que era su hijo, perdido hacia tanto tiempo. Estos descubrimientos hicieron, como es natural, más intenso el interés público en la extraña historia, y ántes de mucho llegó á ser la opinion más general que Gaspar era el heredero de un trono, que había sido cruelmente emparedado en un calabozo casi toda su vida para dejar el puesto á un príncipe espúreo. Había, es verdad, escépticos aún en el mismo Nuremberg; pero, como sucede con todas las supersticiones populares, los verdaderos creyentes no permitían que su teoría se sujetara al ensayo ordinario de la razón ó de las leyes de procedimientos, y rechazaban violentamente toda tentativa de exponer las falsedades en que su maravilloso cuento estribaba. Así las cosas, aparece en la escena un poderoso aliado de la causa de Gaspar Hauser.

El puesto de presidente del tribunal de apelaciones en Anspach estaba ocupado por Herr von Feuerbach, que era entonces, en sentir de todos, la más elevada autoridad legal de Alemania, hombre de reputación europea como jurista criminal y autor de obras de autoridad universalmente admitida y de erudición en los más altos ramos del derecho penal. Al parecer le interesó profundamente desde el principio el cuento del expósito de Nuremberg, y á las seis semanas de la llegada de Gaspar se fué al lugar del suceso, con objeto de empezar sus investigaciones personales en este caso. Su

posicion le daba acceso á todas las fuentes donde podian obtenerse informes, y su fama era la mejor garantía contra la posibilidad de que admitiera pruebas dudosas ó de que triunfara la impostura. No tardó en llegar á una conclusion, y sin vacilar adoptó la teoría popular, proclamándose á sí mismo el abogado y campeón de la inocente víctima de dos crímenes horrendos, «un robo cometido en la inteligencia y un atentado contra la vida del alma.»

Tal fué el juicio formado por una alta autoridad judicial contra los desconocidos perseguidores de Gaspar Hauser, y bajo este título publicó despues una obra que llevaba su distinguido nombre.

Si la desmacedjada composicion del burgomaestre habia tenido para convertir á las masas á la creencia en una narracion llena de oscuro y misterioso interés, y que envolvia ocultos crímenes de un carácter desacostumbrado, la autoridad de un hombre como Feuerbach tiene que haber hecho forzosamente mucho para disipar las dudas en las clases educadas y pensadoras. Herr Binder, por incapaz que se le pueda haber creido de cometer una falsedad, podia haber sufrido una imposicion, pero el *Herr Appellations Rath*, el célebre jurisconsulto, no podia seguramente estar equivocado; y así Gaspar Hauser se hizo el leon de Bavaria, y despues de algun tiempo el asombro de Europa, aceptando su posicion con satisfaccion evidente. Habia pasado seis semanas en la familia del guardian de la cárcel; pero no era ésta la residencia propia del heredero de un trono, y á instancias de Feuerbach, se le trasladó consiguientemente al cuidado de un profesor de Nuremberg llamado Daumer, que se encargó de la educacion é instruccion del extranjero. Esta persona parece haber sido un entusiasta y un místico, la especie de hombre que en los tiempos que corren proclamaria su firme creencia en los milagros del *espiritismo*, y cuyo amor á lo maravilloso probablemente le impulsó á tomar sobre sí un encargo para el cual, si se esperaban resultados prácticos, era positivamente poco á propósito. Bajo este techo, Gaspar, cuya vanidad se encontraba evidentemente halagada por las demostraciones de simpatía é interés que le salian al paso, permaneció

quince meses. El resultado de las observaciones de Daumer vino á demostrar que la organizacion física y moral de Hauser era anormal por completo. Todos sus sentidos tenían una extraordinaria agudeza. Su vista en la oscuridad era tanta que le permitia distinguir todos los colores y sombras, y leer las letras de la puerta de una casa á una distancia de cien varas. Se ha dicho que una vez vió distintamente desde la ventana de un piso segundo á una araña que atacaba en la calle á una polilla. La música producía violentos dolores en su cabeza y miembros. Su sentido del olfato era tan fino, que la introduccion en su cuarto de una redomilla de alcanfor homeopático, perfectamente cerrada y envuelta en papeles, le irritaba violentamente, y le afectaban fuertemente las exhalaciones de las tumbas cuando pasaba á algunos cientos de varas del cementerio. Tenia horror á todo alimento que no fuera pan, y no solamente era incapaz de tragar ningun licor fermentado, sino que una vez se quedó perfectamente borracho despues de comerse dos uvas. Otra vez que se abrió en su presencia una botella de Champagne, vacilaba al andar como si estuviera completamente ébrio. En el desarrollo mental su progreso era rápido; y gradualmente empezaron á aparecer en él oscuros recuerdos de una existencia anterior á su prision, en sueños al principio, y últimamente como resultados de una memoria que se despierta. La mayor parte de estos sueños y recuerdos tendian á indicar un origen distinguido; sus escenas se suponian en palacios, en medio de esplendores y entre personajes magníficamente ataviados.

La educacion que á la sazón recibia estaba dirigida á prepararle para la exaltada posicion á que probablemente se veria llamado en su dia, cuando la justicia le restableciera en sus derechos y, segun Daumer, sus facultades naturales y exquisitos gustos innatos eran tan grandes que casi se anticipaba á los esfuerzos de los que le enseñaban. Estas circunstancias, unidas á una creencia cada vez más profunda en su alto origen y brillantes perspectivas, le hicieron más que nunca el niño mimado y el acariciado huésped de la ciudad que le adoptara.

A la cabeza de los escépticos é infieles de la localidad que

hacian burla de Gaspar Hauser estaban las autoridades de policía, cuyas facultades de credulidad están necesariamente limitadas por la experiencia y educación, y que además tuvieron desde el principio serias dudas respecto á la verdad de su historia.

Un teniente de la gendarmería, llamado Hickel, fué empleado especialmente en este caso, y sus opiniones, expresadas en una série de cartas particulares que más adelante publicó, demuestran cuán fuertes razones tenia para creer que el público estaba siendo víctima de un impostor.

Escribiendo unas pocas semanas despues de la llegada de Gaspar, ridiculiza la extravagancia de las señoras que hacian peregrinaciones para rendir reverencia á un vulgar chiquillo de aldea, y pregunta cómo uno que ha estado entre cuatro paredes en la oscuridad durante muchos años, podia sufrir la luz del sol sin pestañear, y habiendo pasado toda su vida sin ponerse en pié, pudo, despues de llevar á cabo un largo viaje andando, haber entrado por su pié en la ciudad resueltamente sin guía ni apoyo, y luego haber andado una distancia que se calcula de mil ochocientos pasos, además de subir noventa y dos escalones de piedra en la torre sin ninguna dificultad aparente. Expone varias contradicciones de bulto en las declaraciones de Gaspar é indica el peligro de invitarle á reuniones en las que «el principal tema de la conversacion es su origen; donde la genealogía de la casa reinante en Alemania es registrada en busca de un sitio para él, y los palacios lo son asimismo con la esperanza de descubrir la cuna del forastero.»

En una de sus cartas observa Hickel que el tratamiento que está recibiendo Hauser servirá para afirmar todas sus peores cualidades, y que es de la mayor importancia acabar en uno como él con toda tentacion de falsedad, si no se quiere que llegue á pensar que una série de mentiras nuevas es solamente la secuela necesaria de una gran mentira primera.

Por prácticas y llenas de sentido que fueran estas advertencias, ¿qué influencia podian tener las opiniones del jóven

subalterno de las fuerzas civiles contra el abrumador peso de la opinion pública, confirmado como estaba con el sello judicial del gran Feuerbach?

E. BARRINGTON DE FONBLANQUE.

*(New Quarterly Magazine.)*

*(Concluirá en el número próximo.)*

---

## SONETO.

---

Cuando el ánimo ciego y decaído  
La luz persigue y la esperanza en vano;  
Cuando abate su vuelo soberano  
Como el condor en el espacio herido;  
    Cuando busca refugio en el olvido,  
Que le rechaza con airada mano;  
Cuando en el pobre corazón humano  
El desengaño ruin labra su nido;  
    Cuando el dolor, robándole la calma,  
Brinda sólo á sus ansias lastimeras,  
Noches de insomnio y borrascosos dias,  
¡Ah, inmortalidad, sueño del alma  
Que aspira á lo infinito, si existieras,  
¡Qué martirio tan bárbaro serias!

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

---

---

## LA ECONOMÍA POLÍTICA

### COMO SALVAGUARDIA DE LA DEMOCRACIA.

---

Vivimos en un tiempo en que los conservadores más ardientes, ó sea los más resueltos retrógrados, puedan apenas disimular el hecho de que nuestro modo nacional de pensar, y por consecuencia nuestras instituciones nacionales, avanzan incesantemente hácia la democracia. Ora nos inclinemos á adoptar un punto de vista pesimista, ó bien tomemos el más optimista para apreciar esta transferencia del poder político desde las clases más elevadas á las más inferiores, inútil seria que quisiéramos negarnos á reconocer que en Inglaterra y en los más importantes centros de la civilizacion occidental, cúmplase lentamente á nuestra vista el cambio de que hablamos.

Verdad es que en ciertos países extranjeros donde se oponen artificiales restricciones á la corriente del espíritu público y de la opinion, sólo pueden ostentarse frecuentemente las ideas democráticas en violentas crisis y revoluciones que llevan en sí mismas el gérmen de una inevitable reaccion, y el despotismo que viene inmediatamente despues es lo más á propósito para oscurecer nuestro concepto de la tendencia á que nos referimos. Mas en Inglaterra, donde por algun tiempo la opinion pública no ha estado sujeta á coaccion ni ha sido grandemente exasperada, el progreso es demasiado constante para que pueda ser desconocido. Es Inglaterra por excelencia, como ha demostrado Mr. Buckle, el país de la espontaneidad intelectual y política, y por lo mismo es tam-

bien aquel en que las tendencias de la humana naturaleza puedan observarse más ventajosamente en el desenvolvimiento gradual de la civilización. Contenido siempre el pueblo inglés dentro de los más prudentes límites por su temperamento práctico y tranquilo, es al mismo tiempo incapaz de sujetarse á una de esas opresiones ó tiranías que han desequilibrado á menudo en pasados tiempos la balanza mental de las naciones. Debemos esperar fundamentamente por todo esto que estará siempre lejos del *comunismo del culotismo* y de los reinados del Terror. También nos es lícito esperar que si alguna vez el amor que profesa á la libertad llevara demasiado lejos á este pueblo, tendría el buen sentido y dominio de sí propio que fuesen necesarios para notar y corregir el error que hubiera cometido. Mas sea cual fuere la confianza que podamos tener en esta oportuna reacción como salvaguardia para lo futuro, parécenos algo improbable que nuestro pueblo empiece á retroceder ó se detenga en su marcha mientras no se lleve á cabo con mal éxito el experimento de algo muy parecido á la democracia.

El progreso que en este sentido hemos hecho en el siglo presente ha sido sin ejemplo en muchos respectos y tiene una gran significación. En el decenio en que estamos hemos transformado las condiciones de los colegios electorales, colocando á las clases humildes en condiciones de sobreponerse parlamentariamente á las más acomodadas cuando adquirieran organización y unanimidad suficientes. Al hacer todo esto, nos hemos limitado, en sentir de nuestros primeros estadistas, á otorgar á esas clases aquello que tenían el propósito y los medios de conseguir. Deudores somos de la tranquila y ordenada realización de un cambio tan importante á nuestra juiciosa apreciación del impolítico carácter de la resistencia y al predominio que tienen en nuestras clases elevada y media aquellos principios que constituyen la base de un ilustrado régimen democrático. El desarrollo de estos principios en la parte más ilustrada de la población ha coincidido hasta cierto punto con el creciente poder y las crecientes exigencias de las más inferiores escalas de electores. Nunca tuvieron tan poco valor como en nuestros días las artificiales

distinciones de nacimiento y rango, ni estuvieron tan difundidos como entre nosotros los más amplios principios de libertad religiosa y social. El espíritu protector (*protective*) decrece en todas las esferas del pensamiento y la acción, al paso que nuestra fé en las capacidades desarrolladas y por desarrollar de las masas llega en ocasiones hasta el fanatismo.

Curioso es observar que á despecho de estos simultáneos adelantos en varios órdenes, el principio democrático ha empezado últimamente á perder terreno. Acontece que hombres dispuestos á reconocer el valor abstracto del principio, siéntense inclinados á mirar con prevención alguna de las más importantes manifestaciones en que ha llegado á concretarse. No es nuevo que hombres políticos, de habilidad é influjo profeticen las más desastrosas consecuencias siempre que de innovaciones políticas y de progreso se trata. Estos pronósticos fueron tal vez más generales y tristes en los comienzos de nuestro siglo que en la actualidad; pero ellos respondieron entonces á un declarado espíritu conservador que no se limitaba á las cosas políticas, sino que trascendía á las cuestiones religiosas y sociales, por lo cual descansaban en premisas inadmisibles para el radicalismo filosófico. Desde entonces las instituciones democráticas se han hecho menos susceptibles á ese ideal proceso á que tenemos la propensión de sujetar nuestras teorías predilectas mientras permanecen relativamente ajenas á la experiencia. Las naciones han vivido ya bajo el régimen de esas instituciones, pero como ha dicho Mr. Lecky (1), algunos de los resultados que se han obtenido «bastan á producir profunda inquietud en los mismos que han adquirido el convencimiento de que la democracia es la última fase del desarrollo político.»

Por otra parte, si limitamos nuestras investigaciones al país en que vivimos y á los días que corren, notaremos en las clases obreras cierto predominio de opiniones y hábitos intelectuales que son debidos en gran parte á un interés particular, ignorante é ininteligente; y si estas tendencias no han inferido ya grave daño al país, incluyendo á los mismos en

---

(1) *History of Rationalism*, pág. 893.

quienes se manifiestan, débese únicamente á que la fuerza de que éstos disponen no está hoy dia en proporcion con la vehemencia de sus convicciones tocante á ciertas teorías políticas y sociales más ó ménos erróneas.

Síguese de lo dicho que un hombre que es radical en los dominios del pensamiento y la especulacion, no es necesariamente en modo alguno radical en el mundo de la accion. Profesará una filosofía de la cual pueda deducirse la democracia; seguirá creyendo que en determinados casos puede ser necesaria y útil; abrigará el convencimiento de que sus mayores fracasos serán puramente transitorios y temporales; pero esto no impedirá que mire con dolor cuán rápidamente se van elevando hombres cuyo desarrollo en poder político no ha ido á la par con el desarrollo de las cualidades que hacen falta para ejercerlo. Como muy á propósito para ilustrar esta actitud intelectual, se nos han recordado recientemente las siguientes significativas frases de Mr. Grote (1):

"He perdido tres grandes ilusiones. Un tiempo creí que si el poder supremo viniese á manos del pueblo, se ejercería más rectamente que cuando está confiado á una ó varias personas. Ahora me he convencido de que me equivocaba... He perdido mi antigua fé en la eficacia del gobierno republicano, considerado como un freno para las vulgares pasiones de las mayorías, y he reconocido el hecho de que cuando se pone el poder supremo en manos del pueblo, es posible que se ejerza tan malamente como por un déspota parecido al primer Napoleon."

En el libro donde están citadas estas frases, nos ha presentado Mr. Greg en su más alarmante forma los prejuicios que suponen anexos algunos pensadores al temperamento, opiniones y progresiva elevacion del proletariado. La mayoría de los hombres políticos no están dispuestos, es verdad, á recibir sin grandes reservas las más tristes predicciones de Casandra, y es hoy dia innecesario inquirir si, como el autor indica, la incredulidad de aquellos está principalmente ocasionada por la impopularidad que es inherente á los pronósticos de desaliento, ó bien se ha equivocado grandemente Mr. Greg en su manera de tomar en cuenta las muchas consi-

---

(1) Las ha citado Mr. Greg: *Rocks Ahead*, pp. 13-14.

deraciones que dan legítimas esperanzas á sus más decididos adversarios. Para el intento de este artículo, una apreciacion mucho más sencilla del caso será sin duda bastante. Pocos serán, una vez exceptuados los fanáticos de la democracia, los que se sientan inclinados á controvertir la proposicion de que si hubiera de ser acrecentado el poder político de las clases trabajadoras, sin que alguno de sus puntos de vista se modificasen, resultarian graves riesgos para ellas y para todo el país, y de que áun, caso de que no se acrecentara en ellas el poder de que hablamos, son esos puntos de vista suficientemente perjudiciales para que se consideren dignos de ilustradas tentativas á propósito para corregirlos.

No es necesario especificar muy detalladamente los erróneos conceptos á que nos referimos. Con tanta diversidad de eficacia y oportunidad como sus motivos y deducciones, los escritores de la hora presente nos han tenido al tanto de los errores y prejuicios de las clases trabajadoras.

Los puntos en que el autor de este artículo ha de fijarse ahora son los siguientes:

a) Las clases trabajadoras tomadas en conjunto no tienen adecuada idea ni de la necesidad ni de la utilidad del capital.

b) No aciertan á entender hasta qué punto sufren ellas mismas las consecuencias de cualquier cosa que traiga consigo la disminucion del capital ó empobrezca clases y transacciones distintas de las suyas, ó haga decaer el comercio de la nacion.

c) No se penetran, generalmente hablando, de las íntimas relaciones existentes entre el término medio de los salarios y la poblacion entre la cual el fondo destinado á estos mismos salarios tiene que repartirse. De aquí que se inclinen á considerar su propia relativa pobreza como directo resultado de la codicia de aquellos que utilizan su trabajo y de las clases acomodadas en general. No vacilan en aumentar el coste de la produccion y en rebajar la calidad de los artículos que aquella comprende, por medio de restricciones y monopolios, exacciones irracionales y hasta con un trabajo voluntariamente mezquino é insuficiente. Créense justificadas al usar del poder que les es dado adquirir en combinaciones ende-

rezadas á sacar más subidos salarios de sus patronos *independientemente de la situacion del mercado*. Muéstranse imprevisoras, particularmente en materia de matrimonios y en su modo general de vivir. En tiempos de desgracia neutralízase la independendencia de sus afectos, bien por hábitos de extravagancia y propia confianza, ó bien por la conviccion que tienen de que el auxilio que reciben del Estado ó de las clases altas es antes un derecho que un favor.

Fundan, por último, sus esperanzas de mejorar la suerte que les cabe, no en la cooperacion y el ahorro que pudieran elevarlas á la clase de capitalistas, sino en la eventualidad de provocar un alza forzada en los salarios, ó bien en la transformacion de las condiciones políticas ó en las visiones de un imaginario porvenir en que la propiedad se repartirá por partes iguales entre todos los habitantes del territorio.

Imposible seria especificar ó incluir siquiera en un sumario tan poco detallado todos los errores de nuestro proletariado que nos intranquilizan; mas se concederá, tal vez, que entre los males á que nos referimos, los que hemos enumerado son á un tiempo importantes y significativos, y que muchos errores que no están extrictamente comprendidos en nuestra relacion, están sin duda originados en los que hemos indicado allí.

Pasando de estos males á los remedios que se han propuesto, hallamos que estos últimos son numerosos y seria imposible, al par que innecesario, dar de ellos noticia en este artículo. El objeto de éste es en primer término examinar la divulgadísima teoría de que el sistema de instruccion pública inaugurado por la ley de 1870 será la salvaguardia de la democracia. Pasaremos despues á exponer algunas ideas tocante á una especial apreciacion de la cultura, segun la cual será fuerza que se complete, en sentir del autor, la instruccion pública si ha de ser en realidad tal salvaguardia.

Verdad es que muchos pensadores se muestran inclinados á poner en duda que cualquier grado probable de cultura ó adelanto baste á sacar á salvo la democracia. Muchos más son los que se inclinan á confiar sobre todo en el desarrollo intelectual que habrá de alcanzarse con el tiempo, la expe-

riencia y con más profundo sentido de amplificada responsabilidad. Mas persiste el hecho de que en cuanto se cree y confía en medidas concretas é intencionales aptas para producir el remedio, la instrucción pública es la medida de reparación que más acreedora es sin duda á la fé que pueda dársele. Cabe que se abrigue, sin embargo, el convencimiento de que uno de los más importantes aspectos de la cuestión no ha sido rectamente entendido. No se ha parado mientes, como era justo, en el hecho de que los errores á que nos referimos dimanen, no tanto del desconocimiento de los elementos más comunes de la cultura general, sino de las claras y fijas proposiciones de una ciencia asaz difícil é impopular en la actualidad, á saber, la economía política. Muchos errores de nuestros artesanos y trabajadores en general son simplemente otras tantas negaciones totales ó parciales de fundamentales doctrinas económicas, negaciones que se explican, por cierto, perfectamente, dadas las circunstancias en que dicha clase se encuentra, y que no son en modo alguno más nécias (*foolish*) ó más difíciles de explicar que las doctrinas proteccionistas que prevalecían de un modo tan general entre las clases ilustradas ántes de publicarse la «Riqueza de las naciones.» No pretendemos ahora que los daños de que se quejan las clases trabajadoras son imaginarios, que sus prejuicios de clase son injustos del todo ó que la economía política haya resuelto los muchos problemas árdulos que rodean á esas clases. Mas al ménos puede sostenerse, primero: que el conocimiento de la economía política demostraría á casi todos los que dirigen á las clases trabajadoras la errónea naturaleza de algunas de sus más arraigadas convicciones y las impulsarían á modificar grandemente sus credos políticos y sociales; segundo: que la economía política es un factor tan importante en todos los cálculos exactos de sus condiciones, quejas y propósitos, que negarle aquella consideración á que es acreedora equivale á invalidar los resultados de los cálculos que hemos dicho; y tercero: que si las verdades económicas han de difundirse ámpliamente entre «nuestros futuros señores», no será por la acción aislada de las leyes de instrucción primaria.

Las incalculables ventajas de un buen sistema de instrucción pública han sido demostradas con demasiada frecuencia y demasiado acierto para que necesitemos recapitularlas ahora. Es, sin duda este estudio, preliminar indispensable de toda superior cultura ó conocimiento de las ciencias individuales. El grado de saber con el cual el término medio de los estudiantes ha de contentarse, puede dejarles á lamentable distancia de una educacion científica ó literaria de primer órden, mas sirve para enseñarles el camino derecho y para lanzarles en éste. Tal vez se han despertado en ellos capacidades é inclinaciones, de las cuales no hubieran sido conscios de otra suerte, y los que deseen avanzar, reciben las más veces de los estudios hechos, eficaz ayuda. Es, sin embargo, quimérico, por demás, prometerse de la instrucción primaria, tal como está y como puede estar constituida en la actualidad, que sustituya rápidamente con verdades económicas los económicos errores que prevalecen hoy dia.

Un grado mucho más alto de cultura no ha bastado á hacer esto entre las clases más elevadas, en las cuales adviértese que aún abundando en conocimientos y lectura, están, generalmente hablando, desprovistas, hasta la exageracion, de estudios económicos, mientras que la educacion de las clases inferiores ha tendido fuertemente hasta hoy en opuesta direccion. El artesano inteligente é ilustrado es precisamente el hombre que tiene bastante energía é independendencia para profesar opiniones opuestas al actual órden de cosas y para apreciar la ruda elocuencia y la persuasiva aunque superficial lógica que adorna las arengas de los agitadores. Carece, sin embargo, con mucha frecuencia, del juicio experto y del conocimiento de los hechos que se necesitan para sorprender la falsedad de argumentos tan sabrosos y convincentes.

Dice Mr. Lecky, hablando de economía política:

"Es necesaria una amplia difusion de los principios de la ciencia, si se quiere que la democracia no sea un mal espantable, pues cuando las masas de desheredados despierten del letargo de la ignorancia, y empiecen á examinar atentamente su posicion en la escala social, es casi seguro que la propiedad aparecerá á sus ojos como una anomalía y una injusticia. De la idea de que todos los hombres son libres é iguales, pasarán rápidamente á la conviccion

de que todos nacen con iguales títulos á los bienes que en el mundo existen. En buen hora que Paley se equivocara al considerar la utilidad general como la más firme base del derecho de propiedad; mas ninguno otro obtendrá más respeto entre aquellos que, luchando con la pobreza, han logrado elevarse á la suprema autoridad del Estado... La economía política, sólo la economía política podrá remediar el mal... Ella prueba que el salario del trabajador depende tan indispensablemente de la proporción existente entre la suma destinada al pago del trabajo y el número de aquellos entre los cuales tiene que dividirse, que todos los esfuerzos directamente hechos por el gobierno para producir un alza permanente en los salarios son á la postre perjudiciales para las mismas clases en favor de las cuales se realizan. Ella prueba que la prosperidad material de las clases trabajadoras depende de que el aumento del capital sea más rápido que el aumento de la población, y que esto sólo puede conseguirse, de una parte, por la continencia con que el trabajador se libre de una multiplicación excesiva, y de otra por medio del más poderoso estímulo para la producción, lo cual implica protección perfecta para los capitalistas, pues aquel que no está muy seguro de poder conservar lo que ha acumulado, no acumulará nunca ó esconderá improductivamente su capital. En otros términos, la economía política demuestra evidentemente que si se confiscaran y distribuyeran entre los pobres las propiedades de los ricos, esta medida vendría á ser al cabo la más espantosa catástrofe que podía caer sobre aquellos" (1).

Se objetará tal vez contra lo que ántes decíamos que las clases elevadas, aunque técnicamente hablando carecen de cultura económica, no se entregan á ningun alarmante error en este ramo, ni se dejan arrastrar en esta materia á ningun extremo que ponga en peligro el bienestar social. Mas en primer término, esta aseveración carece de exactitud, pues sólo la ley de pobres, los errores de las altas clases han hecho un grave é irreparable daño. En segundo lugar, las condiciones generales de vida y experiencia propias de los individuos de estas clases las ponen en aptitud de tener, en sus más acreditados inspiradores, una confianza que no se puede pedir á un proletariado, y su posición está libre, hablando en términos generales, de esas anormales desigualdades y privaciones aparentemente injustas que hacen tan irresistiblemente tentadoras las doctrinas y promesas del socialismo. Si son mercaderes ó negociantes guíales la rutina comercial que ha nacido del estudio y expe-

---

(1) *History of Rationalism*, vol. II, pp. 391-394.

riencia de los economistas, pero que aquellos entienden harto imperfectamente. Si no toman activa parte en tales empresas, conténtanse naturalmente con un sistema de cuya destrucción nada pueden prometerse. Entre las clases trabajadoras, las condiciones son precisamente opuestas, y por tanto, á falta de una clara enseñanza de la economía, han de ser por fuerza víctimas de los errores que hemos dicho, áun caso de que, cual sucede á las clases medias, se las dejara en paz. Pero como dice muy bien Mr. Greg:

"Nunca las dejan en paz. Siempre están asediadas desde que llegaron á ser un poder en el Estado, por agitadores, demagogos y *leaders* (1), que desean valerse de tal poder para sus fines propios y amaestrar á los electores con arreglo á su propio sentido: los cuales les persuaden á creer muchas veces con razon que están mal, y muchas veces con notable falsedad á creer tambien que ellos mejorarán la suerte de los pobres, que sus patronos son egoistas y disfrutan de rentas harto crecidas, que son opresores y despóticos y les pagan escasísimos salarios, que el clero es engañoso y está de acuerdo con los amos, alucinando á dichas clases con un mundo más allá para que se estén quietas en éste, etc." (2).

Bueno es tambien tener en cuenta que faltamos á toda experiencia y analogía cuando nos prometemos que un grado muy mediano de cultura general no sólo llevará consigo exactas conclusiones científicas, sino que arrancará de cuajo errores y quimeras profundamente arraigadas en las preocupaciones populares y fuertemente apoyadas en un aparente interés particular. Supongamos, por ejemplo, que nuestros más doctos médicos descubriesen que algun hábito usual, algun artículo muy comun de la alimentacion ó algun remedio muy popular de las enfermedades, aunque aparentemente útil en sus resultados inmediatos, estaba minando la salud pública, no siendo fácil relacionar la cosa con su verdadero origen sin vastos conocimientos ó experiencias muy sutiles. ¿Cuál seria en este caso la conducta que probable y naturalmente seguiríamos? ¿Haríamos cuanto de nuestra parte

---

(1) Esta palabra es casi intraducible y está aceptada ya en casi todas las lenguas, siendo el nombre que se da comunmente á los que dirigen un bando ó una agitacion de carácter público.

(2) *Rocks Ahead*, pág. 33.

estuviera para dar á conocer y arraigar la nueva verdad, ó bien nos limitaríamos á redoblar el celo con que damos á las masas un muy mediano conocimiento de la lectura, la escritura, la historia, la aritmética y la geografía, en la confianza de que los pocos que más adelante acrecentaran su propia cultura hasta el punto de emprender el cultivo de las ciencias, elegirían entonces por asuntos de sus estudios la fisiología, la patología y la química, llegando al cabo, por este camino, á dar ellos mismos con aquel descubrimiento?

Es, sin duda, difícil, poner á la mayoría de las gentes en contacto con la verdad económica; pero si esta divulgación constituye en realidad uno de los más importantes problemas de la hora presente, no han de eximirnos las dificultades que presenta del deber en que estamos de convertir nuestra aplicación á resolverlo. Está actualmente tan poco dilucidada la cuestión, que sería muy atrevido exponer una resuelta opinión tocante á las probabilidades ó á los inconvenientes del asunto. El hecho de que estos errores populares son errores económicos debe ser familiar para muchas inteligencias; pero es de notar cuán poco se ha hecho ó intentado siquiera para aplicar remedios económicos. Y, sin embargo, la magnitud de las consecuencias que esos errores implican es tal, que reclama nuestra más detenida consideración y nuestra actividad. La historia nos ha mostrado ya, al ménos en un caso, la considerable parte que corresponde á los errores económicos en la ruina de una poderosa nación, y sería atreverse demasiado decir que tales catástrofes han llegado á ser completamente imposibles.

Verdad es que desde entonces hemos aprendido demasiado, lo mismo teórica que prácticamente, para que se repita el hecho en idéntica escala. Nuestra no aventajada literatura económica y el profundo conocimiento que de ella tienen algunos de nuestros más influyentes repúblicos, bastarán probablemente á preservarnos de desastres tan inesperables como los que se precipitaron sobre la España de la Edad Media. Mas no debe olvidarse, sin embargo, que los que gobiernan una nación son los que han menester un profundo conocimiento de las leyes de la riqueza, y que precisamente

en aquella proporción en que las clases ménos cultas y acomodadas gobiernan ó nombran á los que han de gobernar, su ignorancia de la economía política influirá en los destinos del país. No se aleja el peligro porque en el momento no hagan más que nombrar á nuestros gobernantes. En muchos puntos indiferentes ó abstractos podrán equivocarse sin duda los electores, sin exigir que sus representantes participen poco ó mucho de su modo de pensar; pero un proletariado lleno de excitación, penetrado de sus quejas y que identifica sus propios intereses con ciertas opiniones tocante á la propiedad, se inclinará cada vez más á elegir sus representantes con arreglo á las disposiciones reales ó aparentes que en ellos descubran para la adopción y defensa de esas opiniones mismas. Como decía Mr. Grote, «una Cámara de los Comunes no puede estar por cima de sus comitentes en saber ó en patriotismo» (1).

A decir verdad, y prescindiendo de todo cambio futuro en la distribución del poder político, serios perjuicios se han seguido ya á la colectividad de la equivocada acción de las clases trabajadoras. En primer lugar, las asociaciones obreras y las huelgas, no obstante todo lo que en favor de unas y otras pueda decirse, han incurrido indudablemente en el error de dar nueva vida á algunos de los peores yerros del proteccionismo, y de éste y otros modos han producido graves daños al comercio. De otra parte, una enorme perturbación en asuntos políticos y una frenética y exacerbada incredulidad en cosas de religión, surge conscia ó inconscientemente de la idea de que la miseria del pobre es directa é íntegramente culpa del rico, de que las clases altas emplean su poder con deliberado egoísmo en quedarse con las comodidades y la belleza de la vida, y de que los sufrimientos de los trabajadores podrian aliviarse si patronos y capitalistas, espontáneamente ó bajo la presión exterior, les ofreciesen sus injustas acumulaciones. Hasta la embriaguez y la inmoralidad, con ser errores de la voluntad más bien que del juicio, dependen en gran parte del desamparo, del exceso de la población y del

---

(1) Citado por Mr. Greg., *Rocks Ahead*, p. 14.

voluntario sacrificio de la independencia personal, ó en otros términos, de los errores político-económicos de los pobres; errores político-económicos que dependen en gran parte de las equivocadas leyes de pobres, y de la mal empleada caridad, ó en otros términos, de los errores político-económicos de los ricos.

Con respecto al asunto de la instrucción pública, considerada como salvaguardia de la democracia, hácese necesaria una digresión con objeto de atacar ciertas ideas populares tocante al problema de la instrucción en general.

Debe notarse, en primer lugar, que se presenta alguna ambigüedad, así en el pensamiento como en la expresión, siempre que hablamos de instrucción como un plan concebido por las clases altas para el perfeccionamiento de las inferiores, ó cuando la separamos ó la ponemos en contradicción con los impulsos que llevan hácia más alta vida intelectual y moral, que se despiertan con visible espontaneidad del interior sentimiento del pueblo mismo y que no han menester la intervención gubernamental. El secreto de la oportunidad y eficacia de la instrucción que oficialmente se da, estriba en el hecho de que es más bien un resultado del desarrollo popular que del acierto político ó la filantropía aristocrática. La instrucción obligatoria resultaría probablemente ineficaz en todo país y fuera ciertamente imposible con instituciones tan libres como las nuestras, á no ser que aparecieran evidentes sus ventajas del juicio que de tal instrucción se hiciera y de que surgiese un deseo de obtenerla claramente manifestado por las clases llamadas á disfrutarla. Ni aún en cosas de la inteligencia puede divorciarse la oferta de la demanda. La verdadera justificación de la ley de instrucción pública está en que los trabajadores más respetables é inteligentes desean educar á sus hijos, y si se les dejara solos, costearían ellos mismos la educación que solicitan. El Estado no ha hecho otra cosa que facilitarles lo que tenían propósito firme de adquirir: darles la mejor educación que podía procurarse hoy día, é impedir que los hijos del hombre corrompido, del indiferente ó del que yace en la indigencia queden privados de aquel beneficio.

Debe notarse también que los partidarios de la instrucción pública en la forma de que tratamos se han dejado dominar por la ilusión de figurarse que ella bastará para remediar todos los males y para traer una tan rápida como inmensa transformación sin necesidad de otros medios.

Mr. Herbert Spencer lo ha dicho: la fé en los libros es una de las supersticiones de estos tiempos. Optimistas á quienes ciega el amor propio nacional y gentes entusiastas han creído ver en la instrucción pública una panacea para todos los males que el hombre padece. Pero la educación es, como hemos dicho ya, la satisfacción de una demanda que sale del pueblo, y no faltan pensadores á cuyo ver todo lo que sea traspasar estos límites, resultará pernicioso. Mr. Herbert Spencer, que ha hecho más que ningun otro escritor por dar á la sociología los caracteres de una verdadera ciencia, cree que la instrucción, mientras siga dándose como de limosna, servirá para aumentar, más bien que para disminuir, las faltas económicas de una población entregada á la miseria y al desamparo, demuestra que los padres sólo pagan una sexta parte del coste de la educación de sus hijos, y que probablemente pagarán todavía ménos muy pronto, por lo cual asegura con toda firmeza que los beneficios producidos por la cultura quedarán en gran parte compensados por el enflaquecimiento que ha de notarse en el sentido de la responsabilidad paternal y por el mayor impulso que se ha de dar por tales medios á una imprudente multiplicación.

Aun prescindiendo de estas desconsoladoras consideraciones, fácil es demostrar cuán infundadas son las esperanzas de que desaparezcan los errores económicos bajo la acción de los establecimientos de enseñanza. Han probado claramente, en primer lugar, Mr. Thomas Wright, Sir John Lubbock y otros, que nuestro actual sistema de instrucción pública no sirve para despertar en los alumnos el deseo de una amplia lectura y propia educación que debieran venir después. Siendo en la mayoría de los casos la instrucción pública oferta que corresponde á una demanda, claro está que habrán de guardar relación entre sí, y que se ha de dar en la práctica marcado predominio á las materias cuyo conocimien-

to se quiera adquirir. Así ha sucedido con la economía política en la última ley. Fué exclusivamente clásica la instrucción que en las Universidades se daba mientras la sociedad creyó con notable extravagancia que valía más para ella el conocimiento de las lenguas muertas que el estudio de los descubrimientos científicos. Inútil es pensar que se despertará entre artesanos y trabajadores la necesidad de conocer la economía política, cuando aún entre las clases «que por cortesía llamamos ilustradas» es tan distinto el caso. Ni debe esperarse que se derive ese resultado de la cultura general, cuando aún estas clases que últimamente hemos dicho siguen creyendo todo género de errores económicos.

Explícate tan general desconocimiento por el hecho de que la economía política es una ciencia cuyo valor no se comprende perfectamente ni aún después de un atento estudio de sus principios y fenómenos. Podemos muy bien conocer toda su parte técnica sin penetrarnos de su verdadera dignidad é importancia como fundamental ciencia de la vida nacional. Y tal vez por andar tan escasos los que se dan exacta cuenta del alcance político y social de la economía, conságrase tan poca atención á popularizarla fuera del círculo de aquellos que la estudian ó la enseñan. Se objetará tal vez que es imposible anticipar el desarrollo intelectual; que cuando la educación elemental haya preparado el terreno, suscitarse la demanda de todo linaje de cultura científica, que entre tanto, y pues no advertimos en nuestro pueblo ninguna señal de revolución próxima, debemos dejar que la experiencia le haga más prudente y avisado. Estas objeciones son válidas ciertamente en gran parte. Es hecho felicísimo que nuestras prudentes concesiones y sábia abstención de todo proteccionismo político han conservado á nuestras clases inferiores en tal disposición de espíritu que no creen fácilmente en las revoluciones como adecuado remedio para sus males. La mayor parte está poco inclinada á imitar los sentimientos y los hechos de la Commune de París, vota en ocasiones á candidatos conservadores y ni se prevale de su numérica fuerza en las elecciones, ni la emplea para propósitos inspirados en organizada hostilidad contra más elevadas

clases. Precisamente por esto se nos ofrece la oportunidad de familiarizarlas un tanto con la economía política. Decir que debemos abstenernos de hacerlo porque el indiscutible descontento de las masas no las ha llevado á traspasar los límites de la ley y el orden, es lo mismo que sostener que no debemos hacerlo porque nos queda tiempo para ello. ¡Si nuestros proletarios estuvieran maduros para la revuelta, inútil fuera querer hablarles de cultura y de razon! Por no estarlo y mostrarse dóciles y prudentes, podemos abrigar la confianza de que nuestros esfuerzos no serán infructuosos. La existencia de las sociedades obreras, las indisputables ventajas que en medio de tantos errores como han cometido descubrense, nos hacen comprender cuán lamentables son los desaciertos de aquellos que las dirigen y que estos desaciertos no son escasos, cosa es que salta á la vista de todos los economistas que las estudian (1).

Haremos mal, por consecuencia de todo lo dicho, en contentarnos con los progresos de la instruccion, que para el caso han de ser muy lentos é indirectos, si podemos acelerar esos progresos por medio de la enseñanza directa y dando facilidades á los que ya se muestran dispuestos á aprender. Claro está que no podemos precipitar los adelantos de la cultura; mas no es eso lo que haríamos al poner verdades específicas al alcance de personas que pueden entenderlas y que desean asimilárselas. Algunos de los más importantes principios de la ciencia económica se pueden hacer fácilmente comprensibles á las inteligencias vulgares. Harriet Martineau, en el prefacio de su obra, que serviria por cierto muy notablemente para lo que decimos, abunda en nuestras mismas ideas (2).

El arte de popularizar los conocimientos, es uno de los que ménos han progresado. En los comienzos del siglo anterior, ni su existencia ni su necesidad estaban aún reconocidas; y á pesar de que desde entonces se han realizado consi-

---

(1) *The Economic Position of the British Labourer* by Prof. Fawcett. *Pauperism, its causes and Remedies* by Fawcett.—Bastiat. *Discours sur la Repression des Coalitions*.

(2) *Illustrations of Political Economy*.

derables adelantos, especialmente en estos últimos tiempos, su crecimiento es todavía muy escaso. Merced á una combinacion de circunstancias, en gran parte inevitables, nuestros más distinguidos pensadores obedecen á la tendencia de escribir unos para otros, y los mejores resúmenes, críticas y extractos de sus obras públican en una clase de revistas que están tambien circunscritas, hasta cierto punto, á una aristocracia científica y literaria.

Sean cuales fueren las dificultades que se opongan á la popularizacion de los conocimientos científicos, acredita la experiencia de algunos modernos profesores de economía política que esta necesaria ciencia puede hacerse interesantísima aun para los niños, y desde la publicacion de algunos libros recientes, en particular los de Mr. Fawcett, ninguna disculpa hay para asociarla con pesados tomos, técnica fraseología é intrincados razonamientos. Estas interesantes aunque reducidas obras, han demostrado que pueden hallarse ejemplos adecuados para mostrar en la práctica el valor de los principios económicos; pero por desgracia esos libros, como el de Miss Martineau y las *Conversations* de Mrs. Marcett, parecen ser las únicas tentativas que se han hecho para suavizar este ramo del saber en provecho de principiantes y gentes sin preparacion ó sin costumbre, aunque es de notar que algunas de las obras de economía más en circulacion entre las clases ilustradas no están por cierto fuera del alcance de inteligentes y aplicados trabajadores.

La tarea de elegir adecuados medios para popularizar la economía política complícase sin duda con muchas y muy serias dificultades. Este artículo apenas mira á otra cosa que á hacer constar la necesidad: los medios de satisfacerla constituyen un asunto demasiado vasto é intrincado para tratarlo en pocas páginas. Si la necesidad se reconoce, no hay duda que diversos modos de acudir á ella ocurrirán á los que en su estudio se ocupen. Sólo es necesario, por tanto, aludir brevemente ántes de terminar á algunos de los peligros y obstáculos que han de rodear á las tentativas á dicho fin encaminadas.

Nuestros medios de popularizar hechos é ideas han sido

muy variados cuando se ha tratado de religion y de ciencia. Se han organizado importantes sociedades y asociaciones: se han puesto en gran circulacion libros, periódicos y revistas: se han distribuido ó puesto á la venta folletos y tratados: se han pronunciado discursos y sermones: se han celebrado conferencias y reuniones públicas. Probablemente algunos de estos procedimientos podrán emplearse para el fin que nos proponemos, mas importa tener en cuenta como dificultad no por cierto insuperable que pecuniariamente hablando no es fácil que se sostenga á sí propia una enseñanza cuya necesidad no se ha manifestado fuertemente en aquellos que debieran experimentarla, y que por otro lado una propaganda caritativa ha de estar rodeada por fuerza de muchos peligros y desventajas.

Es quizá la más importante condicion del éxito que nos dediquemos á educar oponiendo enérgica resistencia á toda tentacion de hacer prosélitos. Si en vez de presentar las verdades económicas en su relacion y proporcion naturales, tratamos de dar artificial predominio á las doctrinas que más á propósito nos parecen para extirpar los más perjudiciales errores del proletariado, no sólo pecaremos de crédulos en demasía y de poco científicos, sino que suscitaremos el resentimiento de aquel fuerte espíritu de clase que ya se presenta hoy dia como un obstáculo para la difusion del ramo del saber en que nos ocupamos. Debemos guardarnos tambien de caer en la práctica, muy comun por desgracia en tales casos, de sacar á relucir una insuficiente y pobre literatura, so pretexto de que la calidad del fin que nos proponemos bastará á compensar cualquiera inoportunidad en los medios.

Tiempo ha de pasar, sin duda, ántes de que tengamos una literatura popular de economía política completamente adecuada; mas entre tanto mucho se puede hacer si aquellos que ya se dedican á difundir publicaciones útiles entre las clases trabajadoras cuidan de apoderarse de las pocas obras verdaderamente valiosas y adecuadas que á nuestros economistas debemos. Probablemente el éxito mayor será el que obtengamos cuando podamos disponer para educar al pueblo de gentes salidas de su seno.

Es lo cierto que, sean cuales fueren los medios que adoptemos, inútil sería prometerse rápidos ó inmensos resultados. Supérfluo sería pretender que todos los trabajadores que son hoy día malos economistas se mantengan ajenos á los prejuicios de su clase, que deseen convencerse de que están equivocados, y no podemos desconocer el hecho de que ni los agitadores ni sus discípulos obran siempre por desinteresados motivos. Por lo demás, con verdad se ha dicho (1) que pocos reyes han sido tan adulados como las clases trabajadoras de este país, lo cual suscita grandes dificultades á todo el que con diversos fines y procedimientos se aproxima á ellas. Mas de otra parte podemos acercarnos á estas clases en la convicción de que sus creencias son honradas y de que no son inaccesibles á la razón. La experiencia del profesor Fawcett puede invocarse en abono de lo que decimos.

No falta quien crea que de las tres salvaguardias de la democracia indicadas en cierta ocasión por Mr. Grant Duff, la instrucción, el buen gobierno y la paciencia, estas dos últimas harán innecesaria toda extremada solicitud con respecto á la primera, pues la historia enseña que ninguna nación se ha visto sometida á sufrir ningun cambio de poder á consecuencia del espontáneo desarrollo de una población libre y progresiva. Mas no nos niega la historia que pueden seguirse graves males y errores de ciertos períodos de cambio y transición.

Es cierto por ventura que, como ha dicho Mr. Herbert Spencer, aún con estar en sus caracteres generales la evolución social tan bien predeterminada, que sus grados sucesivos no pueden anticiparse, y que ningun aleccionamiento ni política alguna puede hacer que pase de cierto límite, es muy posible que se perturbe, retrase ó desordene el proceso. Pero si los esfuerzos filantrópicos, cuando se llevan á cabo desconociendo la ciencia social, sirven para retrasar y perturbar el progreso humano, esa misma filantropía, caso de que adquiera penetración y profundidad bastantes, puede

---

(1) *Our new masters* by Thomas Wright, p. 140-141.

contarse ciertamente entre las causas con cuya cooperacion se realiza el progreso.

Por lo demás, esos errores que nos proponemos combatir son susceptibles de refutacion por medio de las verdades científicas, y los divulgan, unas veces por ignorancia y otras por interesados motivos, hombres cuya ocupacion consiste en propagar una ciencia espúrea. Se educarán, sin duda, las masas en mucho más alto grado por medio de la experiencia y de las condiciones que las rodean, que no á favor de las medidas directas que podamos tomar con este objeto; mas no debe esto obstar para que convirtamos á ello nuestra atencion. Digamos como el gran pensador, á quien hemos citado ya, que aún viendo cuán poco no es dado hacer, debemos considerar lo que nos queda como digno de realizarlo, uniendo de esta suerte la energía del filántropo á la calma del filósofo.

*(Westminster Review.)*

---

ESTUDIO SOBRE EL ORIGEN E IMPORTANCIA DE BARCELONA.



Venida de pelasgos y tirrenos.—Establecimiento de los fenicios.—Civilización cartaginesa.—Hamilcar Barca.—Fundación de *Barcino* (Barcelona).—Datos etimológicos.—Geografía antigua.—Arqueología.—Civilización romana.—Dominación goda.—Los árabes.—Conquista de Barcelona por Ludovico, rey de Aquitania.—La *Marca Española*.—Wifredo el Velloso, primer conde independiente de Barcelona.—Ramon Berenguer I.—Los *Usatges*.—Superioridad de la legislación catalana.—Importancia y prestigio de Barcelona en todas las épocas de su historia.—Carácter catalán.

I.

Poblaba en tiempos muy remotos el terreno que ocupa Barcelona cierta tribu de adusto carácter é indomable fiereza, condiciones que hubieron de modificarse, en opinión general de cronistas é historiadores, por la venida de los pelasgos y tirrenos, quienes lograron, al parecer, accesibilidad en la tribu merced á sus costumbres más sociables, al trato comercial y á los intereses que importaran de una civilización superior.

Es indudable que los fenicios tuvieron largo asentamiento sobre las playas de la población que había de obtener patente de celebridad aún antes de llamarse Barcelona. Al establecimiento de los fenicios debe referirse la tradición de la venida de Hércules, mito ó símbolo de los primeros adelantos del hombre por las vías de la civilización; y sea con el nombre de aquel héroe, sea con otro cualquiera, aparece muy probable que un jefe audaz dió principio desde aquellas playas á procurarse en los mares un señorío poderoso, lanzándose sin descanso en busca de nuevas tierras, para ejemplo

de las generaciones sucesivas que, con elementos mucho más considerables, nunca habrían de darle al olvido.

Ello es que, conforme á un juicio bastante comun, Hamilcar, el llamado Barca, fundó una especie de factoría, que Mariana señala hácia el año 227 ántes de Jesucristo ó 521 de Roma, y Romey en el 237 y 517 respectivos á ambas épocas. En dicha factoría su ejército quiso atestiguarle una adhesion nunca desmentida, poniéndola el sobrenombre que habia llegado á servir constantemente de bandera victoriosa (1).

El jefe cartaginés dejó expuesto á la consideracion de la posteridad un monumento más glorioso que todas sus conquistas en la fundacion referida; y como aquel nombre significaba génio, actividad, fortuna y energía, si á la imaginacion se le permitiera guiar de vez en cuando los seguros pasos de la Historia, no habria de tenerse por absurdo el suponer que el prestigio del nombre hubiera influido en la fortuna, en el carácter, en los rasgos de originalidad y en los distintivos de grandeza con que há tanto tiempo viene enorgulleciéndose el pueblo catalan. Cartago desapareció y Barcelona subsiste: la Providencia no deja nunca incompletas sus obras.

Pero no hemos de mencionar el hecho sin explorar las causas que hubieron de determinarlo. Cartago lloró la pérdida de la opulenta Sicilia durante la primer guerra púnica, cuando Hamilcar era demasiado jóven todavía para que su pericia y su heroismo hubiesen logrado salvarla. Luego, habiendo estallado la guerra de los mercenarios en Africa, arreciando en la capital la discordia civil, sintiéndose la autoridad del Senado herida de muerte por haberse puesto los generales á la cabeza del partido demagogo, Barca comprendió que si alcanzaba la conquista de España, region riquísima y hasta entonces no explotada, habia de afirmar sobre sólidos cimientos, no tanto el poderío de su familia, cuanto

---

(1) El nombre de Barca no es el de una familia, pues los cartagineses no tenían tales nombres. Segun la analogía de las lenguas y la costumbre oriental, significaba *rayo*.—Niebuhr, *Historia Romana*.

el engrandecimiento de la patria, dándole recursos incontrastables para la guerra con los romanos.

Y, con efecto, la república de Cartago, que había principiado á decaer, principió de nuevo á prosperar, reparando sus desastres y recobrando los postrados bríos en el hermoso país, apenas beneficiado por los pacíficos fenicios. Sin embargo, aunque al pronto se conciliaron los opuestos intereses de los caudillos populares y del Senado prudente, la codiciada conquista vino á ser uno de los motivos principales de decadencia de la conquistadores. No la había alcanzado sin grave detrimento de las austeras instituciones democráticas; sin elevar á la familia del afortunado general á un grado de poder sin ejemplo en los anales de Estado alguno; sin proporcionar á esta familia recursos inagotables al objeto de captarse el favor, no solo del ejército, sino también del pueblo; y, por último, sin que la misma familia acomodara la constitución de la república al capricho de su voluntad.

Hamilcar Barca, al asentarse en suelo de España, enviaba á su patria tesoros que contenían gérmenes de terribles discordias: la corrupción y la decadencia. Pero al propio tiempo abría á la civilización numerosos caminos por el litoral de España, fundando centros comerciales que trataban con todos los pueblos conocidos y preparaban el terreno á la dominación latina.

El más notable de ellos fué Barcelona. Fundáronla sobre reducida colina, al fondo de una ensenada, con un monte aislado y desgajado á Poniente, dominando rica llanura, cerrada de Occidente á Levante por una cadena de pequeñas montañas, en frente de las poblaciones con cuyas tribus el famoso caudillo no hubiera podido afirmar alianzas. No concurrieron sólo á la fundación de *Barcino* la necesidad y la política: colonia y fortaleza á la vez, fué creada para emular victoriosamente á las opulentas rivales que abrazan sus adversarios los griegos, al extremo de aquel litoral, hácia el Pirineo, mediando entre una y otras, cual valla insuperable, los más poderosos pueblos de la Laetania, aliados de aquellos y enemigos de los cartagineses, no previendo entónces ni remotamente tan orgullosos pueblos que *Barcino* había de llegar á

hacerse cabeza de toda la riquísima region que comprendian.

La Laetania, conforme la conocieron los romanos, era una vasta porcion de la actual Cataluña, que lindaba por Oriente con los *indigetes*, al Norte con los *rusetanos* y parte de los *lacetanos*, y por Poniente con los *cosetanos*, cerrándola el mar en la completa extension de Mediodía. «La voz *tan* de su denominacion pertenecia indudablemente á un sistema de nomenclatura púnica, ya fuese propio de la lengua de los fenicios y cartagineses, ya la hubiesen tomado de la palabra persa é inda *stan*, que significa país; y en vano se ha querido hacerla derivar del idioma eúskaro. Así la Manrusia de los griegos fué por los romanos apellidada Mauritania, imitando á los cartagineses; y de esta suerte en España todos los países vecinos de los cartagineses, y con cuyas poblaciones estos contrataban, conservaron bajo el mando de sus sucesores denominaciones compuestas del antiguo nombre nacional unido á la terminacion púnica *tan* (1).

Su primera poblacion por Oriente era *Blanda* (Blanes), que tenia por límite el Tordera: continuaba por Hostalrich y San Celoni, sirviéndole de términos la última línea del Vallés, en cuyos confines lindaba con los territorios que separan á éste de la llanura de Vich, por los *ausetanos* ocupada, y de los distritos de Moyá y Manresa, que poseian los *lacetanos*. Desde este punto hasta el mar el rio *Rubricatum* (Llobregat) le formaba otro límite fijo por la parte de Occidente, levantándose en la ribera opuesta, como primeros pueblos fronteros de los *lacetanos* y *cosetanos*, *Tolobis* y *Súbur* (Martorell y San Boy). Es decir, que la costa de Levante comprendia el Vallés, el llano de Barcelona y el del Llobregat.

Tres ciudades daban ornato y resguardo á aquella costa feracísima. Avanzaba la primera, *Blanda*, en la vecindad de los *indigetes*; despues *Iluro* ó *Hiluro* (Mataró), muy populosa y comercial; luego, cercana del Besós, *Bétulo* (Badalona), encomendaba al valeroso ardimiento de sus hijos la defensa de la entrada en aquella costa, tan favorable á la agricultura como propicia para el comercio, y cuya importancia conside-

(1) Romey, *Historia de España*.

rable se prueba aduciendo el hecho de haber sido gobernada por un prefecto en el período de la dominación romana.

Subiendo por el cáuce del Besós al paso de Moncada y continuando por el Vallés junto á los torrentes que van á formar los caudales de donde se origina su extraordinaria vegetación, debía encontrarse la ciudad de *Egara* (Tarrasa), aunque no se expresa claramente en la historia de la antigüedad, puesto que con bastante suficiencia lo revelan sus monumentos. *Rubricata* (Olesa) estaba situada á orillas del río del mismo nombre.

## II.

De la fundación de Hamilcar Barca queda el nombre sólo, la memoria imperecedera. Un vestigio no más en la Barcelona de nuestros días pudiera evocar dicha memoria, trayéndonos simultáneamente la de los esfuerzos que hizo en España, con el heroísmo de la desesperación, la familia de aquel guerrero por impedir la ruina de toda su patria, imponiendo el prestigio de su nombre á la estrella de su fatal fortuna.

El monumento que fué palacio de reyes y que todavía se nombra *El Palau*, no nos enseña entre sus ruinas venerables ningún objeto que sea tan digno de observación como dos trozos de basamento del muro por la parte de Poniente, los cuales, avanzando paralelamente y á regular distancia el uno del otro, están enlazados por un lienzo que forma con ellos ángulo y se esconde casi por completo entre las obras modernas. Sin duda este lienzo hubo de ser muro principal y los referidos trozos pertenecieron á dos torres cuadradas. Horizontales son sus hiladas, y los sillares, puestos sin argamasa, labrados, pero desiguales, ya muy largos, ya muy cortos, ostentando alguno de ellos proporciones enormes.

Estos vestigios anuncian á cualquier observador una de las construcciones llamadas ciclópeas, si es que no detiene la aseveración de su juicio el recordar que nunca se ha visto en ellas indicio de arte en vías de progreso, tal como el que marca la regularidad de las hiladas horizontales. Ahora bien;

el recuerdo de la dominación cartaginesa ¿podría reclamar la pertenencia de esos vestigios? Como quiera que no subsiste otro monumento de reconocido origen cartaginés que hubiera de servirnos para comprobarlo por medio de la comparación, dada la analogía de aquellos con el carácter romano, á este pueblo debemos atribuirle el monumento en cuestión. Reparemos si no en las dos torres, también cuadradas, que se mantienen detrás del palacio episcopal: la parte inferior de ellas y la de la cortina de la muralla enseñan los sillares soberbios con que los hijos del Lácio sabían edificar sus fortalezas, y harto se sabe en Barcelona que la mencionada muralla tenía en el *Palau* su continuación. Aunque no hubiéramos oído mencionar el *opus insertum*, compuesto de piedras desiguales encajadas, nos bastaría el dato de que en tiempo de la República se hacían alternar frecuentemente en las fortificaciones unos sillares que, atravesando en su longitud el grueso de la pared, dejaban fuera su parte menor, y otros, al contrario, aparecían tendidos á lo largo en la parte exterior, habiendo de ponerse doblados para llenar el grueso de la obra. Atendamos igualmente á que solían edificar sin cal, con grandes moles labradas que recibían el calificativo de *maceria*, sirviendo con más frecuencia de base para las fábricas militares, y á que en otro medio de edificar, empleado con no menos frecuencia el *opus revinctum*, valiéndose de una especie de grapa de hierro, juntaban aquellas piedras, que habían menester de doblarse para alcanzar á todo el grueso del muro.

Hemos reseñado tales indicios arqueológicos con objeto de deducir que no porque haya perecido hasta el último resto material de la Barcelona cartaginesa; no porque los romanos se hubieran aprovechado á las mil maravillas de la herencia de prosperidades que su rival les dejara en ella, legándolas á su vez muy acrecentadas á otras civilizaciones ménos cuidadosas quizás, habremos de negarle á la colonia de Hamilcar Barca la preeminencia que le corresponde, no sólo en el orden cronológico, sino también, y muy principalmente, en lo que se refiere á la influencia decisiva de los elementos asentados por la fundación de dicha colonia, respecto al ca-

rácter laborioso como emprendedor, activo como independiente, del pueblo catalan.

El lector ha de dispensarnos el *lapsus* voluntario que acabamos de cometer, nombrando colonia al establecimiento erigido en honor del general cartaginés, puesto que no desconocemos que la creacion de una colonia propiamente dicha suponía la preexistencia de una ciudad; pero haremos notar que, según la acepción generalizada en el día y durante los siglos medios de la indicada palabra, no es fácil que nos depare el Diccionario otra más propia ó conveniente para la manifestacion de nuestra idea. Plinio, que murió el año 79 de Jesucristo, se refiere á Barcelona como *colonia*, sin revelarnos cuándo comenzó á serlo, esto es, cuándo comenzó á usar del derecho itálico ó de la inmunidad. El nombre de *colonia* lo llevaban los *colonos* á donde encontraban estables recursos de vida y comunicacion. Mas, como hemos de tener en cuenta que, al afirmar los romanos su dominacion, el rigor de su legislacion se habia suavizado ya mucho, modificándose sus prescripciones hasta el extremo de admitir á los primitivos habitantes á un goce igual al suyo, lo mismo que hubieron de confundirse en una raza y en una civilizacion, podemos juntar nosotros las varias acepciones de una palabra y de una idea que se les refieren.

Penetrando en los detalles, por decirlo así, de aquellas refundiciones, siempre se ofrece la duda; por ejemplo: ocurre considerar cómo las indomables tribus laletanas que en un principio resistieron á la dominacion latina con igual tenacidad con que se opusieron á los cartagineses, consintieron en formar parte de la colonia, que no era ni más ni ménos que la consolidacion del yugo que tanto aborrecian. Ello es que los romanos mudaron el nombre de la poblacion al imponer su establecimiento, que Plinio denomina *Faventia*, habiéndosele añadido despues los dictados de *Julia*, *Augusta* y *Pia*.

Los monumentos que revelan la cultura latina en Barcelona datan de aquella época. Los romanos fueron los arquitectos é ingenieros mejores del mundo. Al ver la pendiente escarpada de la colina que sirve de asiento á la capital de Cataluña, la ciñeron de las altas murallas que aún indican

su recinto, y para las cuales en muchos trozos hubo de servirles de terraplen el nivel de la misma eminencia. La muralla se tendía en línea recta por toda la calle de la *Tapinería*, á cuyo extremo se veía hace poco el fragmento más grandioso de aquella circunvalacion, delante del edificio que estuvo destinado al tribunal de Inquisicion: de allí resaltaba, en un recodo, el arranque de una enorme cornisa ó voladizo, y ántes de llegar á la casa canonical ó *canonja*, describía un leve ángulo, y dentro de esta casa otra torre poligonal defendía la esquina, donde la línea torcía por las *Escalas de la Seu* hasta la del Arcediano y la Plaza Nueva. En este punto se abría á Noroeste una puerta que, guarnecida de dos torres redondas, hacia juego, á pesar de la desigualdad de la forma, con otra puerta flanqueada de torres poligonales en número igual y mirando al Nordeste. Pero hoy se echa de ménos el arco de la primera puerta, que completaba singularmente el aspecto magestuoso de aquellos restos venerables. La línea de la muralla continuaba á través del actual palacio episcopal, defendida á trechos por torres cuadradas, por detrás de las casas de las calles de la *Palla*: aquí torcía, y describiendo un ángulo entrante y dos salientes, se encaminaba por las *dels Banys*. Una tercera puerta debió existir junto al *Cali*, mirando al Sudoeste, y la fortificacion proseguia por detrás de la calle de *Avinyó*, hasta encontrar el *Palau*; marcaba el ángulo una robustísima torre redonda, y revolvía á formar otro mayor entrante, mientras que el saliente iba hácia la segunda torre, inmediata á la bajada *dels Lleons*. Desde ella corria el lienzo á enlazarse á otra torre, de la cual partía en línea recta en direccion al arco del *Regomir*, constituyendo un baluarte ó cuerpo avanzado casi rectangular de la que va desde este último punto á la bajada del *Palau*.

Aquel arco formaba la cuarta puerta, situada á Sudeste: la línea cruzaba desde ella hasta la plaza de Arrieros, donde se convertía en ángulo, y siguiendo siempre la parte superior de las elevadas cuestas que allí aparecen, quedaba entre las casas de las calles de *Baséa* y San Justo, por donde tornaba á reunirse al arco de la bajada de la Cárcel.

Sucede á veces que, cuando en este recinto se están edificando casas, quedan al descubierto trozos de la cortina torreada que se irguen sobre el ancho cimiento como hace diez y ocho siglos. Profundamente impresiona entónces su aspecto. Las hiladas colosales de la sillería humillan á las mezuquinas construcciones que por todas partes las rodean, sirviéndolas como de cortejo. Si encima del antiguo muro se levantan habitaciones, la impresion sube de punto por el contraste de lo nuevo y de lo viejo, de la fragilidad con la fortaleza. Si el caduco gigante respirase, al ligero movimiento de sus hombros se vendria abajo de un golpe el informe monton de paredes, galerías, balcones, puertas y ventanas que sobre ellos descansan.

Sin embargo, aquel muro, que no lograron derribar ni la constancia goda ni el ímpetu sarraceno, va viniendo al suelo en pedazos ante la sorda piqueta de la codicia, á pretexto de necesidades casi nunca justificadas (·). Tal es el más implacable enemigo de esos tesoros arqueológicos, que no se limitan á enseñarnos la circunvalacion romana, sino que entre el polvo de las ruinas permiten descubrir los ignorados cimientos de varias civilizaciones y encontrar seguras bases para el conocimiento de un pueblo que figura entre los principales de España y al lado de los más ilustrados é insignes del mundo.

### III.

Refundidas la descendencia de las tribus primitivas y la de cartagineses y latinos, igualmente se refundieron el espíritu activo de los unos y la sagacidad y energía de los otros, formando un carácter firmísimo, cual resulta el acero de la amalgama de opuestos elementos.

La dominacion goda apenas ha dejado monumentos en Barcelona; sus vestigios son insignificantes, en comparacion con los romanos. Pero como los godos no eran tan bárbaros

---

(x) Tanto esta parte como la anterior han sufrido distintas modificaciones en la época actual.

como los suevos, los alanos y demás gentes del septentrion ni como algunas que hoy mienten alardes de progreso en los centros de mayor cultura, si mucho destruyeron para conquistar, mucho reedificaron para subsistir. Admiradores de los romanos, sabian respetar y áun restaurar sus obras, y no fué tanto lo que hubieron de aborrecerlos como lo que hubieron de imitarlos. Así se explica cómo volvieron á alzar las destruidas murallas, cómo las piedras gigantescas se restituyeron fácilmente al abrigo de la cortina, cómo los restos de columnas, cornisas, capiteles, lápidas y aras suplieron lo que la antigua sillería no bastó á llenar. Así erigieron sobre la fábrica romana una nueva cortina con ventanas de robusto arco semicircular, y que aunque de más humilde apariencia hubiera subsistido y seguiria subsistiendo si la generacion actual no se hubiese apresurado á demoler hasta el último fragmento de la muralla (1).

Los godos no enriquecieron á Bacerlona de monumentos propios y originales, tal vez en la prevision del desprecio con que habian de ser considerados y no queriendo exponerse con tanta anticipacion á los desfavores de la ingratitude. Pero otros beneficios les debe la gran ciudad: tales son los de la importancia considerable que la dieron, duplicando la que tenia á fines del imperio romano, importancia que ya no decrece jamás, apareciendo su nombre con frecuencia en la historia, cuando anteriormente fuera rarísimo. Y no fué sólo por su industria y comercio ni por lo ventajoso de su situacion; tambien concurrieron á su fama las trágicas turbulencias de la monarquía goda. En Barcelona pereció asesinado Ataulfo el año 416, siendo proclamado inmediatamente Sigerico, su presunto asesino. Allí arranca éste á los hijos de la víctima de los brazos del obispo Sigisario, asesinándolos igualmente y afrentando á su madre Placidia, y allí le llega á él asimismo la hora de perecer á manos de los suyos. Elegido Walia y frustrada su expedicion al Africa, vuelve á Barcelona, y en paz con Roma pasa

---

(1) Solo se han salvado algunos objetos de escultura ó la lapidería, para adorno de los museos.

á asentarse en Tolosa de Francia, conservando, en nombre de los romanos, la Ausetania y la Laletania. Muerto Alarico en 507, los capitanes godos salvados de la batalla de Poitiers condujeron á Barcelona á su hijo Amalarico, teniendo que apoderarse por fuerza de sus muros, arrojando á los parciales de Jesaleico. Este huyó al Africa, pero no tardó en volver con un ejército, que fué derrotado á tres leguas de la ciudad. Dentro de su recinto se amparó Amalarico de la venganza de Childeberto, mas sin poder preservarse de las puñales de sus secuaces, que le dejaron yerto y ensangrentado en medio de la plaza pública.

Cuando la dominacion goda tenia su centro en Tolosa; cuando la decadencia de Tarragona, la antigua capital de la provincia, se hacia cada vez más visible, Barcelona crecia imperante como núcleo principal de aquella dominacion, entre lo que comprendia en la Galia y las posesiones españolas. Y entónces vinieron los árabes. Barcelona se rindió á Muza, cuando, despues de sometidas Huesca y Lérida, él y Tarik dividieron las huestes vencedoras en Guadalete. «El ejército entró sin resistencia en las ciudades de Wesca, Turiazona, Calagurra, Ilerda, Taracona, hasta los montes de Afranc: al mismo tiempo que Tarik, desde los montes descendió por el Ebro á Tortuxa, á Murviter, á Valencia, á Xátiva y Dénia, que todas se sujetaron á las condiciones del Islam, quedando los moradores bajo la fé y amparo de los musulmes, dueños pacíficos de sus bienes. El ejército de Muza-ben-Nosseir puso en obediencia del Islam las ciudades de Barciluna, Gerunda y Empuria» (1).

Lo mismo que le habia sucedido con los godos le sucedió á Barcelona con los musulmanes. Empezó á darles tan considerable importancia como la que de ellos recibia. La fortaleza de su posicion, en particular, debió hacerla de inestimable precio á los ojos de los conquistadores, con tanto mayor motivo cuanto que su ímpetu avasallador hubiera sido paralizado por la barrera de los Pirineos Orientales.

---

(1) Conde.

Sabian que los dominios de los godos no terminaban en dicha barrera; sabian que el territorio de allende la Septimania ó Galia Goda, era sobrado rico para estimularles á acabar la conquista, y por consecuencia Barcelona vino á constituirse en centro de los armamentos necesarios y en el apoyo indispensable á la invasion y ocupacion de la codiciada comarca.

Distraidos con tal empeño no hubieron de prestar atencion al renacimiento de la monarquía española entre las montañas de Astúrias; y entretanto el renombre marítimo de Barcelona principió á recorrer la extension del Mediterraneo, en las proporciones de la necesidad que forzara á los árabes á establecer una línea de astilleros en entrambas costas africanas y españolas. Numerosas naves salian de su puerto, y no se limitaban á trasportar socorros á los ejércitos que combatian en la Galia Goda, sino que llevaban los rigores del curso á la Provenza y á la Italia, contribuyendo especialmente á salvar los destrozados restos de los escuadrones hendidos por el hacha de Cárlos Martél.

Para comprender los considerables méritos que llegó á alcanzar su marina, bastará recordar la venida de Abderraman I. Establecido en España y vencedor de todos sus enemigos, el califa Abasside envió á destronarle sucesivamente tres ejércitos africanos. Derrotados por mar y por tierra, Abderraman otorgó cuantiosas mercedes al walí de Barcelona Abdalá-ben-Salema por la eficacia de sus socorros y «por el buen estado de las naves de aquella costa» (2).

Los marinos barceloneses, á las órdenes de Abdalá, habian destruido la más formidable de las flotas africanas, y así fué que Abderraman cuidó con particular solicitud del acrecentamiento de sus barcos, fundó nuevas atarazanas en diversos puntos y encargó á su almirante Temán-ben-Amer dirigir en los puertos de Cataluña la construccion de una escuadra exclusivamente destinada á la guarda de costas.

---

(2) Conde.

## IV.

Conquistada Barcelona por el hijo de Carlo-Magno, Ludovico, rey de Aquitania, la impuso guarnicion de godos, quienes ya provenian de la Septimania ó Gocia, ya de la misma Cataluña, bajo el mando de uno de los capitanes de su ejército que más se hubieran distinguido en el cerco, de origen igualmente godo, y de nombre Bera ó Bara. De modo que la ciudad que tan funesta hubiera sido al reino aquitánico, se convirtió en su defensa más segura, y como habia servido de núcleo á las operaciones de los árabes, pasó á serlo de los cristianos. El condado de Barcelona, poniéndose en relacion con los de Ansona, Gerona y Ampurias, no acrecentó su nombradía ménos que su territorio, y en sus términos vino á residir todo el poder de la *Marca española*, plenamente establecida desde aquella época.

Implantado este poder á la usanza franca, anexo á los duques de la Septimania ó de Tolosa, sufrió los vaivenes que la ambicion y los partidos de los grandes dignatarios del imperio incessantemente promovian. Muchas sublevaciones fueron apaciguadas merced á la sangre de los mismos condes que á la independendencia aspiraban, y al fin, cuando en tiempo de Cárlos el Calvo se hubieron debilitado los vínculos de la corona suficientemente al objeto, la espada de Wifredo I trazó los gloriosos blasones de una autonomía que ya nunca habia de separarse de la nacionalidad española.

Y tanto más hubo de afirmarse la independendencia del nuevo estado, cuanto más hubieron de combatirse sus cimientos.

«Wifredo I el Velloso—dice un escritor—heredero de los esfuerzos de sus predecesores, que le trazaron el camino de la gloria y de la independendencia, venido en aquella propicia sazón en que la *Marca* acababa de separarse de la Septimania á la cual hasta entónces habia permanecido incorporada, y las tentativas y la costumbre de ellas nacida, de considerar los condados y marquesados como dignidades hereditarias, estaba tan en su colmo que poco despues habia de recibir la autorizacion de la ley general del imperio; rodeado de todo

el prestigio y misterio de las tradiciones, encabeza la série de condes independientes, y con vigor antes jamás conocido en las comarcas catalanas arraiga aquel árbol fuerte y fecundo que, desmochado frecuentemente por las espadas sarracenas, y regado con sangre infiel y cristiana, salió de sus heridas más frondoso y más alto, y dilató sus ramas á otros reinos hasta venir á entroncarse como parte principal en la formacion de la actual monarquía española. Si fué á Francia á merecer que de su sangre propia y por mano del emperador fuesen pintadas en su escudo las barras gules, blason de la casa condal; si entonces, á falta de auxilios, recibió la donación libre de su condado, ¿qué importa investigar estos puntos dudosos cuando á poco le vemos con la sola ayuda de sus buenos catalanes arrojar á los sarracenos de todo el antiguo condado de Ausona (Vich), de entrambas faldas del Monserat y de buena porcion del campo de Tarragona?»

La independendencia del territorio no vino á influir únicamente en el desarrollo de la riqueza y en el acrecentamiento de las relaciones comerciales. Tambien la legislacion hubo de modificarse, mejor dicho, se creó, tan original como el carácter del país. Los primeros sucesores de Wifredo el Velloso apenas pudieron ocuparse más que de redondear y afirmar las fronteras contra los árabes; pero á mediados del siglo XI Ramon Berenguer I, logrado un respetabilísimo ensanche en sus dominios, pudo dedicarse á las tareas del legislador con mayor ardimiento que á las empresas del guerrero, á pesar de la ruda cuanto agitada condicion de la época. La nobleza todavía alimentaba la llama de los ódios de bandería. Dedicada casi exclusivamente á las armas, aún en tiempos de paz, dentro de sus mansiones fortificadas, no suavizaba en modo alguno la dureza de sus costumbres; mientras que los eclesiásticos, en el mayor número, tampoco aprendian las suyas en los libros canónicos, siendo frecuente verlos cubiertos de hierro sobre el campo de batalla, ó ejercitar la montería y la cetrería, persiguiendo con el venablo y con el azor á las fieras y á las aves. Y tenia que suceder así porque los más de los dignatarios de la Iglesia eran hijos de familias poderosas que, á peso de oro, adquirian las mitras

y los báculos abaciales. Lo primero que hizo el conde fué suplicar al Pontífice Alejandro II que enviase á sus tierras un legado para celebrar concilio, comprendiendo que del arreglo de las cosas eclesiásticas habia de surgir fácilmente el de las demás.

En efecto; el concilio se celebró en Gerona el año 1068, bajo la presidencia del cardenal legado Hugo Cándido, y con asistencia del conde y de su esposa Almodis, y entre las prescripciones de sus catorce cánones son de notar las que obligaron á los clérigos á deponer las armas, prohibiéndoles el matrimonio y el concubinato, la caza y los juegos de azar. Pero lo principal fué que el concilio dió lugar á una asamblea de barones, cuya trascendencia para la legislacion catalana es marcadísima en la historia y áun hoy se tocan sus efectos.

Berenguer halló subsistentes muchas leyes del Fuero Juzgo: unas no podian acomodarse á circunstancias de actualidad; otras se habian alterado con el largo trascurso, y en algunas no se comprendian esenciales partes de las cuestiones que á cada instante se promovian: esto sin contar con que los usos de los pueblos conquistados habian arraigado costumbres que, poco á poco, adquirieran el carácter de leyes. Era indispensable, por lo tanto, atemperar las unas á lo que demandaban los tiempos, suprimir las otras, autorizar con la sancion lo que provenia del derecho consuetudinario y crear disposiciones que la nueva constitucion social reclamaba.

El celo, la actividad y el saber del conde llegaron al cumplimiento de sus esperanzas, y compiló, con el auxilio de ilustrados barones, el famoso código de los *Usatges*, nombre propio de su naturaleza, fundada en el recto uso y costumbres. Es un monumento que cubrió de gloria á su autor y colaboradores á los ojos de la Europa, que vió en sus páginas el restablecimiento de las bases del órden social y político, deslindando en la constitucion del feudalismo la gerarquía de los estados de la nobleza, las obligaciones mútuas de señores y vasallos y los procedimientos judiciales que habian de asegurar á todos la equidad en la administracion de justicia.

## V.

Así fué que, al unirse las coronas de Aragon y Cataluña por el casamiento de Ramon Berenguer IV con doña Petronila, sobrina de Alfonso el Batallador, en virtud de testamento otorgado por su padre D. Ramiro en 11 de Octubre de 1136, quien, aunque llamado *Cogulla* por desprecio y habiendo tenido que abandonar la apacible existencia del cláustro para recoger el ensangrentado cetro del Batallador sobre el campo mortuorio de Fraga, mostró el tacto y la energía suficientes para prevenir y realizar la trascendentísima union, evitando los males con que á uno y otro estado amenazaba la prepotencia almoravide, y preparando el terreno á la epopeya de los Reyes Católicos; al llegar Cataluña á un suceso, si no el más esperado, el más lógico que se deduce de los antecedentes de su historia, ya en su civilizacion habia brillo propio, y este brillo, debido en un principio á los reflejos de la Provenza, se difundia hasta el Oriente.

La elaboracion de los siglos de independencia habia dado su fruto. Fijadas ya varias nacionalidades en el continente, las instituciones públicas se arraigaban y medraban allí donde era fácil su asentamiento, allí donde la monarquía se hubiera asegurado en virtud de pactos con el pueblo, en virtud de respetos mútuos á fueros y franquicias libérrimamente otorgados.

Las luchas por la patria depuran y enaltecen los sentimientos tanto como las sostenidas en pró de la fé. Así aparecen los Cides y los Roger de Flor; así se formaron el carácter castellano y el carácter catalan, modelos de energía, de audacia, de sufrimiento y de constancia. En sus rasgos, en sus hechos, se observan la dignidad y la decision del heroismo, luciendo inextinguibles á través de las nieblas de la Edad Media.

Los reyes se habian ido acostumbrando á no prescindir del concurso de las comunidades, y el feudalismo rústico, que fuera amansándose por virtud de las nuevas costumbres, se habia hecho ciudadano, trasladando á menudo la residencia

de los sombríos castillos al centro animado de las capitales, donde paulatinamente fueron limitando sus ocupaciones y esparcimientos á los saraos, giras y torneos, mientras se habituaban tambien á acudir á los escaños del Parlamento, acatando los triunfos de la ley y reconociendo el dominio de la razon. Al regularse la administracion civil se habian reglamentado las artes y las industrias; y, sin embargo de esta regulacion, campeaba la libertad como la fé, irradiando del nuevo órden social costumbres que vinieron á sancionarse con instituciones tradicionales, á fin de que éstas á su vez fueran sustituidas con otras en su ejemplo inspiradas. Porque la Edad Media no alcanzó en parte alguna la plenitud de vida que en Cataluña. Aquí se arraigó y creció cual planta privilegiada, nutriéndose sus frondosos ramos de la sávia de las creencias y dando frutos tan ópimos como abundantes.

Ya la transicion á la Edad Moderna se verificó sin la ayuda ó cooperacion de extraños elementos, como no fuera para el concurso de circunstancias accidentales en el carácter catalan. Verdad que los grandes monumentos de piedra fueron cediendo su puesto á los caserones de mampostería; que en el continuo acrecentamiento de la poblacion, no solamente se han devorado campiñas y jardines, sino restos venerables de construcciones que pudieron haberse respetado en pro de la historia: cierto que la ciudad condal no ha considerado que sus sagrados muros fueran obstáculo al pleno ejercicio de sus derechos á no dejarse ahogar por ellos; cierto que al ver cubrirse las llanuras de Barcelona de pueblos cuyas habitaciones se multiplican en grado asombroso, parece increíble no se hayan sepultado entre sus cimientos todas las creencias, todas las aspiraciones, todas las costumbres que aquellos venerables restos representaban; pero estos cambios y otros muchos hubieron de influir en la existencia íntima de Cataluña, en su original organismo, lo que las ráfagas de viento en el aspecto de un árbol secular: el viento abate algunas ramas, arrebatando algunas hojas; mas el tronco subsiste, y ramas y hojas vuelven á renovarse.

Cada pueblo de España se distingue por un carácter que predomina sobre todos, por un modo de ser que le presta

autonomía, que acentúa su significacion. Cataluña se distingue por todos y por cada uno. Se dice, por ejemplo, de la Mancha que es país de pastores, de Valencia que lo es de labradores, que Extremadura para ganaderos, Asturias para colonos, etc., etc., y respecto á los catalanes, ó hay que asignarles todas esas condiciones con igual predominio, ó no hay que asignarles ninguna, pues tanto valdria como el conocimiento de una raza por una sola de sus facciones.

En Cataluña alienta todavía el espíritu de Hamilcar Barca. *Barcino* no ha muerto como *Cartagonova*. Barcelona pudo recojer su herencia. Cartagena la ha perdido. Aquel espíritu se abre audaz y triunfalmente paso, lo mismo entre las ondas del mar que en los arenales del desierto, lo mismo hasta las playas de Grecia que hasta la cima del Atlas. Aquel espíritu se agita ya en los talleres entre las máquinas de su industria, ya en las facturas y entre las telas de su comercio, como en los ingertos de sus granjas y en las mallas de sus pesquerías.

No ha conservado Cataluña la preeminencia aristocrática que la dieron sus condes y barones; ha perdido desde la guerra de sucesion no pocos de sus blasones señoriales; pero conserva y sostiene muy encumbrada la aristocracia popular de sus artes mecánicas y aún de algunas propiamente bellas, pudiendo rivalizar en cuanto al cultivo de la música con Lombardía y Venecia.

La exuberancia de caudales de su actividad, de su produccion intelectual y material, por fuerza la ha de colocar en desnivel con las demás regiones ó comarcas de España, con tal ventaja de su parte, sobre todo frente á las provincias del Centro, que es preciso convenir en la justificacion de la influencia notoria que viene ejerciendo en los destinos de la Península. Y no es ciertamente pequeña esa influencia en el carácter un tanto egoista de los catalanes y un cuanto orgulloso en medio de los desahogos de su llaneza.

Les hace concebir una idea tan exagerada de su alcance, les hace creer de tal modo en lo indispensable de su iniciativa, no sólo para cuanto se refiere al órden social y económico de España, sino tambien al órden político, que llega

á darles humos autoritarios y á figurárseles á veces que nuestra tranquilidad, nuestro bienestar, nuestras prosperidades, y áun nuestras miserias y malandanzas exclusivamente dependen de la alza y baja de unas y otras en los términos de su incomparable Cataluña. Y, por consecuencia, reclaman de todos los gobiernos un exceso de atención y de paternidad que no se les concede nunca sin perjuicio de alguna otra provincia; solicitan y exigen unos privilegios para su industria y comercio que necesariamente han de convertirse en gravámenes respecto de los no privilegiados; ponen el grito en el cielo, como niños mimados, si dejan de atenderse sus reclamaciones y si no se hace caso de sus impacencias.

Sin embargo, no tardan mucho en darse por convencidos cuando algun gobierno acierta á probarles la inconveniencia de ciertas conveniencias suyas, y cuando la lógica de los razonamientos cae á la vez sobre su inteligencia y sobre su egoismo. Por otra parte, este egoismo, de raza más que de corazón, de instinto más que de aspiraciones, no ha sido obstáculo en ellos á la realización de los mayores sacrificios de que es capaz la generosidad de un pueblo, grande por su historia como por sus recursos. Todavía están recientes en la memoria de todo español los cuantiosos donativos de Cataluña para la guerra de Africa, no habiéndose mostrado ménos pródiga de la sangre de sus hijos que de las vituallas de sus almacenes.

Alguien ha dicho que Cataluña viene mostrando una especie de despotismo respecto de los demás pueblos de España, ya que por sus adelantos materiales sirven de norma, ya por la comprobación de no haber barómetro más seguro del acierto ó desacierto en la administración y en la política que el que determinan la armonía ó la disconformidad de los elementos sociales de Barcelona, la agitación ó la tranquilidad de sus obreros y la satisfacción ó el disgusto de sus comerciantes. Prescindiendo de la parte hiperbólica que tal afirmación contiene, suficientes motivos quedan consignados en justificación, si no de aquél tácito despotismo, de la gran influencia de un pueblo modelo de laboriosidad y de cultura.

L. GARCÍA DEL REAL.

---

## LOS MINNESINGERS.

---



En ningun país ejerció el feudalismo tan durable y poderosa influencia como en Alemania. La Edad Media, con sus instituciones señoriales, su vasta organizacion teocrática y sus costumbres caballerescas, dejó huellas profundas de su paso en el carácter en la literatura y en gran número de monumentos esparcidos sobre el suelo de Alemania, que aún puede contemplar el viajero visitando las ruinas de los castillos de sus antiguos barones, los restos de sus suntuosas abadías y sus góticas é imponentes catedrales.

Las razas germánicas, animadas de bélica independendia y de un espíritu aventurero, eran la encarnacion viva de aquella época de renovacion social y de crisis dolorosa. El régimen feudal, con sus odiosos privilegios, nacido de un sentimiento de libertad individual á la sazón dominante y unido á una fé religiosa que rayaba en el fanatismo, y á la caballería, institucion galante y humanitaria que contrastaba con la rudeza y barbárie de los tiempos, son los elementos que constituyen los rasgos característicos de la fisonomía social de la Edad Media: elementos que reconocen por causas el génio conquistador de las tribus del Norte, su profundo respeto á la divinidad, que al abandonar su antigua mitología y al convertirse al cristianismo no hizo más que variar de objetivo sin disminuir de exaltacion, y el culto respetuoso que tributaban á la mujer, reducida hasta entónces á la triste condicion de sierva y considerada como un objeto de lujo y de placer.

Por el hecho mismo de conservar más fielmente que ningun otro pueblo el espíritu y carácter de la edad en que vivian, debieron tambien los alemanes participar más que otro alguno de su atraso é ignorancia. Sin ninguna comunicacion con las civilizaciones griega y romana que se habian suce-

dido en el trascurso de la historia, y de las cuales habian permanecido alejados merced á sus instintos de feroz independencia y á la vida inculta que hacian en los bosques que les servian de abrigo, y obligados á abandonar su existencia nómada para establecerse en los países comprendidos entre el Rhin y el Danubio, no podian tampoco seguir la suerte de sus hermanos los pueblos que, precipitándose sobre las regiones meridionales de Europa durante los siglos IV, V y VI, se repartieron la triste herencia de Honorio, se asimilaron los restos de la civilizacion clásica, acabaron por confundirse con los vencidos, cuyas costumbres adoptaron, y perdiendo su nativa fiereza se pusieron en condiciones más favorables al desarrollo de la escasa cultura que permitian aquellos tiempos de luchas incesantes y universal trastorno.

Los pueblos que habitaban las Galias y la Germania, compuestos en su mayor parte de las tribus invasoras de los francos, fueron sometidos por Carlo-Magno, que los redujo á la unidad y fundó con su conquista el segundo imperio de Occidente, disuelto más tarde por el tratado de Verdum, por el cual la Alemania, propiamente dicha, quedó constituida en estado independiente.

Toda nacion, sea el que quiera su grado de adelanto, tiene una poesía más ó ménos culta, más ó ménos rica; pero una poesía al fin, porque la poesía es hija del sentimiento y el sentimiento es innato en el hombre, ora se revele en roncos acentos y en aires salvajes como los de los *scaldas*, ora inflame el génio viril de un Shakspeare ó bien se exhale en las quejas apasionadas y en las dulces canciones de un Petrarca.

Los alemanes, confundidos hasta aquella época en la masa comun de los pueblos germánicos, habian tenido como ellos sus bardos, que entonaban himnos guerreros al comenzar la batalla, asistian á sus fiestas y banquetes y celebraban sus victorias y el valor de sus héroes. Una vez constituidos en nacion, tuvieron sus leyendas y cantos populares, relacionados con sus antiguas tradiciones mitológicas y el recuerdo de sus hazañas, y en los cuales consignaban los hechos principales de su historia, á través de un confuso tejido de fábulas y relaciones maravillosas.

Los primeros vagidos de la poesía en este período, agitado de nuevo por las invasiones de los normandos, los húngaros y los eslavos, y conocido en la historia de la literatura alemana con el nombre de *período franco*, fueron la leyenda de *Sigfredo*, las *Armonías evangélicas* de Otfried, el *canto de Hildebrando*, el *Canto de guerra del rey Luis* y algunas composiciones místicas.

Los monjes, que protegidos por el silencio y la tranquili-

dad del cláustro podían haber contribuido en gran parte al naciente desarrollo de las letras, lejos de secundar estos débiles ensayos, se mostraron hostiles á toda tentativa de literatura popular por su desprecio hácia la lengua vulgar y el uso casi exclusivo del latín. A más de esto, el dialecto franco ó *alto aleman*, idioma generalmente adoptado en Alemania, era un instrumento poético asaz grosero, cargado de consonantes fuertes que lo hacían áspero é ingrato al oído, y más propio para expresar el ardor de los combates, la vida inquieta del guerrero y el espectáculo de la naturaleza en sus manifestaciones más agrestes y salvajes, que la misteriosa gradación del sentimiento y esa alta idealidad que distingue á la verdadera poesía.

Pero todo cambia de aspecto con las Cruzadas. Aquellas expediciones heróicas, fruto de la exaltación religiosa, que recordaban las epopeyas homéricas y tan fecundas en resultados para la civilización europea, excitaron vivamente el sentimiento nacional de Alemania. Puesta en contacto con las demás naciones se despertó en ella una noble emulación; sus estrechas relaciones con Italia, sujeta á su dominio á pesar de los esfuerzos de Gregorio VII, y el trato con los caballeros franceses que afectaban una refinada cortesanía, suavizaron sus costumbres, y estimulada por el ejemplo de los trovadores provenzales, que á la sazón cultivaban con tanto brillo la *gaya ciencia*, sintió nacer el gusto por la poesía y la afición á las artes.

El principio de libertad comunal, debido al establecimiento de los municipios, que aunque lentamente se operaba en algunas ciudades del imperio á semejanza de las ciudades italianas, templó un tanto la influencia del poder feudal, y la fundación de la *Liga Anseática*, que provocó un movimiento comercial extraordinario, proporcionó al pueblo cierto grado de bienestar é independencia. Por otra parte, el dialecto suabio que se distinguía por su pureza y elegancia, se mezcló con el antiguo franco, llegó á predominar en él, y de esta mezcla resultó un idioma dulce y flexible, capaz de interpretar dignamente las necesidades que comenzaban á manifestarse, merced á los nuevos elementos de cultura.

Entonces brillaron en el horizonte de aquella época de tinieblas y barbárie los albores de la poesía: la musa vírgen é inquieta de la Edad Media dejó oír por primera vez sus blandos acentos en Alemania y dió vida á los trovadores.

Con los trovadores nace la poesía romántica. Las grandes obras de la antigüedad quedaron sepultadas en los conventos, y sirvieron de modelo á frías imitaciones; pero el pueblo, que sólo se inspira en sí mismo, que limita la historia á su

propia existencia, desdeñó las creaciones del génio antiguo que no respondian á sus ideas, formó la poesía al calor de sus sentimientos hasta hacerla intérprete de su vida, y príncipes, barones, artesanos y soldados se confundieron para entonar himnos á la libertad de su patria, y movidos por generosa exaltacion pulsaron el laud y se hicieron eco de las aspiraciones de la jóven Alemania.

Sus cantos eran el reflejo fiel de las costumbres caballerescas, que despertaban en el pueblo nobles impulsos y mantenian vivo su entusiasmo hácia toda empresa grande y patriótica; revelan á la par el fervor religioso propio de los pueblos que abandonan sus antiguas creencias y abrazan una nueva fé, fervor que hacian aún mayor sus luchas con los sectarios de Mahoma, y respiran, por último, el espíritu de nacionalidad, nacido al choque de pueblos rivales, á quienes las necesidades de los tiempos llamaban continuamente á pelear; sentimientos comunes á todas las naciones de Europa, que determinan el fondo histórico á la vez que el carácter íntimo de la sociedad de aquella época.

La nueva poesía, que rompía bruscamente con las tradiciones clásicas y abría la era de la literatura romántica, se manifestó por primera vez en el pueblo y contó entre sus iniciadores á oscuros menestrales. Las clases elevadas de la sociedad, que la rechazaron al principio con desden, fueron poco á poco admitiéndola en sus castillos, se sirvieron de ella para entretener sus ócios y distraer el ánimo de las duras fatigas de la guerra y acabaron por cultivarla. Pero á medida que se fué apartando de su origen para convertirse en instrumento de los grandes, si bien ganó en cultura y delicadeza y adquirió formas más bellas, perdió en cambio en energía y espontaneidad.

El advenimiento al imperio de la dinastía de los Hohens-  
taufen en 1137 despertó un gran movimiento poético. Federico Barbarroja y casi todos los soberanos de su casa dispensaron su proteccion á los trovadores, llegando á veces á alentarlos con el ejemplo. Entónces se formó una especie de órden galante ó aristocracia poética, compuesta en su mayor parte de caballeros que hacian profesion de trovadores, frecuentaban los castillos de los señores y las córtés de los príncipes y celebraban con preferencia en sus cantos las empresas amorosas y las aventuras caballerescas, recibiendo del pueblo el nombre de *minnesingers* ó *cantores de amor*.

El amor, divinizado por el cristianismo y elevado de la simple nocion de un afecto humano á la categoría de un ideal divino, se convirtió en una especie de culto, de religion, con sus fórmulas y sacerdotes, cuya encarnacion ra-

diante era la mujer, y llegó á ser uno de los objetos en que se mostró en toda su frescura y lozanía el génio de los trovadores. La mujer con sus gracias seductoras y el tesoro inagotable de su ternura, las secretas alegrías, las risueñas esperanzas, los amorosos deseos, la pasión, en fin, en sus misteriosas é infinitas gradaciones; las fiestas, los torneos, y las dulces emociones que imprime en el alma la contemplación de la naturaleza, eterna musa del génio, son los temas favoritos de los *minnesingers*, y por eso sus cantos son tiernos como un suspiro de amor, vagos como los sueños de una vírgen, melancólicos como el último adios de dos séres que se aman. A pesar de su temprano desarrollo, aquella poesía, fundada en un sentimiento universal, pero exclusivo, debia caer forzosamente en la monotonía y hacerse con el tiempo frívola, falsa, afeminada.

La exaltación caballeresca introducida en las costumbres por el amor, condujo á delirios y extravagancias ridículas, que revelan la mezcla de cultura y barbárie que marcan los primeros pasos de un pueblo en la senda de la civilización. El caballero llevaba á cabo todo género de locuras, largas expediciones, lances de honor, las empresas más arriesgadas y los más costosos sacrificios á fin de obtener los favores de su dama, favores que se reducian casi siempre á una mirada apasionada ó á una graciosa sonrisa.

En prueba de las exageraciones que se introdujeron en la galantería, citaremos el ejemplo de Ulrico de Lichtenstein, noble y bizarro caballero y uno de los *minnesingers* más célebres, que ofendido de su dama porque se obstinaba en dudar que en un torneo hubiera sido herido en un dedo por su adversario, se lo cortó y se lo envió engastado en oro, con un tomo de poesías ricamente encuadernado.

Posteriormente organizó una expedición galante, que hizo anunciar con el pomposo título de *Ronda de Vénus*, en la cual esta diosa se proponia enseñar el arte de amar y ser correspondido, é invitaba á todos los caballeros á que se presentasen á su llegada á Viena á romper una lanza con ella, so pena de ser expulsado de la órden de caballería, prometiendo á aquel que la venciera un dedo engastado en oro, con el poder de embellecer á la dama á quien se ofreciera y de inspirarle una ciega pasión.

Se vistió Lichtenstein de diosa, partió de Venecia acompañado de un numeroso séquito de criados vestidos de mujeres, atravesó de este modo la Lombardía y el Austria, y se detuvo algunos dias en Bohemia. Durante su viaje nadie podia ver su rostro, ni sus manos, ni oír su voz.

A los treinta dias hizo su entrada triunfal en Viena: las

gentes se precipitaban á su paso, los balcones ostentaban vistosas colgaduras y las damas arrojaban flores sobre la diosa. Hiciéronse fiestas en su honor y se celebraron los anunciados torneos, en los cuales salió vencedor Ulrico; pero cautivado por la belleza de una jóven, y á punto de faltar á la fé prometida á su dama, salió bruscamente de Viena, abandonó en un bosque sus galas y joyas, y volvió á entrar en la ciudad para depositar sus laureles á los piés de su amada, con quien tuvo despues una série de aventuras.

Este hecho, tomado al acaso entre los muchos que pudiéramos citar, da una idea de las costumbres de aquellos tiempos.

Los *minnesingers*, á semejanza de los demás trovadores, llevaban una vida aventurera, recorrían lejanos países y á veces formaban parte de la córte de algun príncipe y celebraban en su palacio justas poéticas.

Una de las más célebres en los anales de la poesía alemana fué la *guerra de la Wartburgo*, que tuvo lugar en el castillo de Wartburgo, residencia feudal del landgrave de Turinja.

Esta lucha, que excitó vivamente el interés de toda Alemania, atestigua la rivalidad que existía entre los trovadores del Sur ó de Suabia y los del Norte, que tenían su punto de reunion en Eisenacht, cerca de Wartburgo; rivalidad que reconocía por causa la diversa índole de sus cantos, pues mientras los poetas del Norte se distinguen por su tono apasionado y la delicadeza de sus sentimientos, los cantores del Mediodía brillan por su originalidad, por su sátira fina é intencionada, por la riqueza y brillantez de su estilo, lo atrevido de sus concepciones y la variedad de sus formas, y se muestran más favorables á la influencia popular, celebrando indistintamente las damas, los héroes nacionales, las solemnidades religiosas, las fiestas báquicas, los placeres y el bullicio de las córtes y las escenas de la vida campestre.

Hermann de Turinja, cuya proteccion á las letras recuerda la munificencia que dos siglos más tarde desplegaran los Médicis en Italia, tenía en su córte á los *minnesingers* Walter de Vogelweide, Wolfram de Eschenbach, Bitterolff, Schreiber, Reinmar y Enrique de Ofterdingen.

Un dia, á instancias de este último, representante de los trovadores del Sur, tuvo lugar un certámen presidido por la condesa Matilde. En él Walter de Vogelweide dejó oír los inspirados acentos de su musa grave y profética, Enrique de Ofterdingen lució su poderosa y brillante fantasía, Reinmar su imaginacion ardiente y caballeresca, Schreiber sus pensamientos profundos y severos, Bitterolff sus risueñas y espléndidas imágenes, desvaneciéndose sus cantos ante la dulce y

melancólica inspiracion de Wolfram de Eschenbach, bien así como se desvanecen esos caprichosos efectos de la luz y de las sombras, misteriosas armonías de la noche, al aparecer en Oriente la aurora con su cabellera de perlas y su manto de púrpura.

La condesa Matilde ciñó á sus sienes la corona del vencedor.

Wolfram y Ofterdingen, unidos hasta entonces por una tierna amistad, amaban en secreto á la condesa, que concedia sus favores al primero. Celoso Ofterdingen de la distincion de que habia sido objeto su rival, le provocó delante del landgrave y su córte á una liza poética, en la cual la cabeza del vencido seria el premio del vencedor.

Enrique abandonó el castillo y fué á recibir los consejos de Kingsehr, maestro consumado en el arte de trovar así como en el estudio de la astrología y demás ciencias ocultas, notado por el vulgo de hechicería y elegido por el landgrave para juez de la liza.

Llegó por fin el dia señalado. En el patio interior del castillo se habia construido una especie de anfiteatro. El landgrave, la condesa y Klingsohr, ocupaban la tribuna de honor, frente á la cual se veian los dos asientos destinados á los contendientes: detrás de estos, y en el centro del circo, se elevaba el patíbulo, y en él se destacaba la siniestra figura del verdugo. En las tribunas se hallaban las damas y caballeros de la córte, y el pueblo se apiñaba en las gradas y se agolpaba á las ventanas que dominaban el anfiteatro, ávido de presenciar una lucha que revestia un carácter de inusitada solemnidad.

Dada la señal, los dos trovadores ocuparon sus asientos, y á una indicacion del landgrave, Enrique de Ofterdingen pulsó su laud y entonó un canto, en que se proponia por objeto á la naturaleza. Su voz se elevó robusta y sonora, celebrando la sucesion de las estaciones, la tierra fecundada por un hábito de vida en la primavera, y triste, yerta y asolada en el invierno; la poesía de los campos, eco apagado de una poesía más augusta; los valles con su alfombra de flores y verdura, las vastas soledades, la amenidad de los bosques, la saña impotente del mar, las ondas del lago que retratan el infinito, las montañas cubiertas de nieves cual gigantes envueltos en sudarios ó veladas por nieblas que flotan ligeras y ondulantes cual si las hollaran los piés de ninfas invisibles, y sobre todas estas maravillas, la voz del universo formada por el sublime concierto de los mundos. Al concluir se elevó de todos los lados del circo un murmullo de admiracion.

Tocó la vez á Wolfram de Eschenbach. Sus primeras no-

tas fueron tímidas, fugaces, indecisas, como los pasos de las hadas; pero la presencia de la condesa Matilde, que en aquel momento mostraba en sus lábios una sonrisa, inflamó el alma del poeta, que arrancó á su laud raudales de mística armonía. Su voz se apoderó del ánimo de la multitud, ejerció sobre ella una seducción irresistible, y haciéndola pasar rápidamente sobre las maravillas de la naturaleza celebradas por su rival, la trasportó á regiones ideales, donde la hizo entrever los goces inefables del amor, y desplegó ante sus ojos deslumbrados risueñas perspectivas y bullidoras imágenes. Su canto fué acogido con aplauso unánime y prolongado.

Klingsohr sentenció en favor de Wolfram de Eschenbach, y la condesa arrojó á sus piés la corona destinada al vencedor.

Sucedió un profundo silencio. El verdugo, inmóvil hasta entónces, comenzó á ponerse en movimiento. Enrique de Ofterdingen se inclinó delante del landgrave y la condesa, se despidió con un gracioso ademán de los espectadores y se encaminó al cadalso.

Subió lentamente las gradas, y en tanto que aguardaba las órdenes del verdugo, preludió una tierna melodía y entonó en voz baja un canto de despedida, que semejaba al último suspiro de un moribundo. Poco á poco su voz se animó á impulsos de enérgica y viril inspiración, y cantó el himno de triunfo que entona el alma al recobrar su libertad y al tender su vuelo hácia ese mundo de lo desconocido, vaga región de los sueños que acaricia la mente del poeta, océano sin playas en el cual se fatiga en vano el pensamiento del incrédulo, mansion de los puros placeres y de las eternas alegrías, ante cuyas puertas se detiene sobrecogida la imaginación del creyente. Su fantasía daba forma y color á los objetos, evocaba en magnífico desorden los cuadros más variados, y ora se remontaba á ese mundo poblado de caprichosos fantasmas y mágicos ideales, ora iluminaba las profundidades del alma, ó bien plegaba sus alas y se recogía en el seno de la naturaleza. Las cuerdas de su laud vibraban á veces dulcemente, cual si jugueteara en ellas el viento que mece el cáliz de las flores, y á veces exhalaban acentos roncós y lúgubres, semejantes á los que deja oír en el espacio el génio de la tempestad.

Las últimas notas de su canto se perdieron en medio de los aplausos de la muchedumbre, que prorumpió en atronadores vítores. Wolfram, en un arranque de noble entusiasmo, corrió hácia su rival, ciñó á su frente la corona del triunfo y reconoció la supremacía de los cantores de la Suabia. Klingsohr impuso silencio con un ademán y proclamó á los dos *minnesingers* igualmente vencedores.

Los dos amigos se reconciliaron; pero no pudiendo Enrique de Ofterdingen dominar su pasion, abandonó la Wartburgo, renunciando á la plaza de *singer* que desempeñaba cerca del landgrave, y se acogió á la córte de su protector Leopoldo VII de Austria.

Posteriormente tuvieron lugar varios concursos.

Tal fué, en resúmen, la *Guerra de la Wartburgo*, que dió asunto á un largo poema aleman del siglo XIII, en el cual están coleccionadas las composiciones de los trovadores que tomaron parte en ella.

Los *minnesingers*, comprendiendo el verdadero carácter de la poesía lírica, exaltaron sus propios sentimientos, se mostraron eminentemente subjetivos, pero no por eso desdénaron la poesía objetiva, aquella en que el poeta, prescindiendo de su personalidad, se inspira solo en los hechos, y cultivaron con éxito el poema épico, una de las formas más propias y acabadas de esa misma poesía. Tres clases de epopeyas se conocian en Alemania: una tomada de la antigüedad clásica, como el *Alejandro* y la *Guerra de Troya*, poemas en que lo antiguo y lo moderno se encuentran groseramente confundidos; otra imitada del francés y el italiano, como el *Rolando*, *Perceval* y la *Mesa Redonda*, y otra, la más rica y original, inspirada en las tradiciones de los lombardos, francos, burguiñones y ostrogodos, como los *Nibelungen*, mezcla confusa de leyendas populares, aventuras fabulosas, historia y mitología, y uno de los monumentos poéticos más curiosos é interesantes de la Edad Media.

Por su vida galante y aventurera, por la influencia que ejercieron en las costumbres y por la índole misma de sus composiciones, los *minnesingers* se asemejaban á los trovadores italianos y provenzales, con la diferencia de que los primeros, místicos, graves y reflexivos, cual conviene al carácter germánico, despreciaban los vanos adornos y se distinguian por su originalidad, al paso que los últimos, más líricos y apasionados, brillaban por su ingénió y rendian culto á la forma.

En aquella edad de hierro en que la fuerza era la única ley de las sociedades, la escasa libertad que existia se refugió en los cantos de los *minnesingers* y en general de todos los trovadores de Europa, que se hicieron eco de la opinion y desempeñaron en cierto modo la mision reservada á la prensa en nuestros dias. Crearon hábitos de cultura, contribuyeron á despertar las ideas, sumidas en profundo letargo, tomaron la defensa del débil contra el poderoso, abogaron por los intereses nacionales, y á menudo espíritus independientes, como

Bertran de Born, Pedro de las Viñas y Walter de Vogelweide, se erigieron en censores de la sociedad, llegaron hasta dirigir violentos ataques contra los abusos de la autoridad real, y censuraron ágríamente el poder excesivo de los grandes, los vicios del clero y la corrupcion de la córte de Roma.

Los principales *minnesingers* fueron Waldeck, el primero que introdujo el amor en la poesía, Reinmar, Schreiber, Ulrico de Lichtenstein, Vogelweide, Bitterolff, que mereció el dictado de *ministerial* á causa de su adhesion á la casa de Hohenstaufen; Meisner, notable por la armonía de sus versos; Conrado de Wurzburg, trovador fecundísimo, autor de gran número de composiciones y de varios poemas épicos; Enrique de Ufterdingen, supuesto autor de los *Niebehngen*, y Wolfram de Eschenbach el *Homero y Ariosto de su siglo*, y el mejor poeta nacido en territorio germánico, segun Goethe.

Algunos soberanos cultivaron tambien la poesía, como Federico Barbarroja, Enrique VI, Federico II, Conrado IV, Wenceslao, rey de Bohemia, Hermann, landgrave de Turinja, y Othon, margrave de Brandeburgo.

Tales fueron los poetas ilustres, cuyos nombres, conservados en las tradiciones poéticas de su patria, simbolizan el movimiento intelectual de Alemania durante los siglos XII y XIII.

VICENTE ARDILA SANDE.

## AL SIGLO XIX.



Naciste ante la luz de las edades  
Entre ruinas de tronos confundido  
Y empezaste á vivir, estremecido  
De orgullo, de ambicion y de maldades.

El ancho campo de la ciencia invades  
Y de fantasmas por do quier seguido  
Acometes á Dios, que al fin, caido,  
Lo envuelves en groseras liviandades.

Al tumulto que mueven tus pasiones  
Brilla del génio la indomable gloria,  
El oro ¡nada más! ven tus legiones;  
En tu carro se anida la discordia  
Y al estruendo infernal de tus cañones  
Se escriben los anales de tu historia.

ROSARIO ACUÑA DE LAIGLESIA.

---

## CRÓNICA DE MADRID.

---

Hemos visitado las obras que el ayuntamiento está llevando á cabo en el parque del Buen Retiro. El Retiro es el paseo más cercano, más agradable y más sano de Madrid; vastos horizontes, parajes pintorescos, frondosas y profundas alamedas, lugares resguardados de los vientos del Norte, inapreciables para los meses crudos del invierno, seguridad completa, encanto, amenidad y belleza, todo lo reúne. La extensión que ocupa es además proporcionada á las necesidades de la capital y ofrece ancho espacio para que nuestra población pueda exparcirse y circular cómodamente en los hermosos días de la primavera y del otoño.

Todos necesitamos del Retiro, cualquiera que sea nuestra condición ó nuestras costumbres. Los enamorados encuentran en su seno recónditos y misteriosos senderos; los viejos el sol que les comunica nuevo calor y nueva vida; los niños el espacio y el aire que indispensablemente necesitan para su desarrollo físico, y los mundanos, en fin, la mejor sociedad de la córte que acude con exactitud en las últimas horas de la tarde á la universal visita. Allí vemos todos los días las mujeres más bellas de Madrid que, envueltas en riquísimas pieles ó perezosamente reclinadas en sus descubiertos carruajes, ostentan su hermosura, sus modas más recientes, sus mejores cabellos y sus más refinadas elegancias. La clase media acude en los días serenos y tranquilos modesta y numerosa; y, por último, el pueblo, siempre bullicioso invade también el Retiro cuando sus rudas tareas le permiten algunas horas de expansión y de alegría. El Retiro es, por consiguiente, el complemento necesario é indispensable de Madrid; por eso todos los trabajos encaminados á su embellecimiento y mejora son y serán recibidos por el público con general aplauso.

La construcción del nuevo paseo de coches y la apertura al público de lo antiguo reservado, fueron los dos primeros pasos que iniciaron el movimiento de reformas, dando principio á la serie de trabajos y de proyectos que han venido realizándose, y que en un plazo tal vez no lejano llevarán ese paseo al grado de perfección á que indudablemente está destinado. Es de notar, sin embargo, lo que sucede con esos trabajos. La política, sus cambios y alternativas influyen poderosamente en la marcha, en el desarrollo y en la realización de las obras allí emprendidas. Cada cambio ministerial implica un cambio de ayuntamiento, y cada cambio de ayuntamiento altera la dirección de los trabajos ó modifica los proyectos anteriores; así es que esta lamentable cir-

cunstancia, unida á la escasez de los recursos con que se cuenta, dá por resultado una lentitud, una falta de acción y una inactividad casi completa.

¿No fué un verdadero perjuicio para el Retiro la caída del ayuntamiento que presidido, si mal no recordamos, por el señor marqués de Sardeal, había proyectado abrir la entrada para coches por la parte que hace frente á la Puerta de Alcalá? En aquel sitio se halla ya trazado un camino paralelo á la pequeña tapia de circunvalación recientemente construida y que hoy sirve tan sólo para el movimiento de los carros que prestan el servicio interior del Retiro, ensanchando ese camino y continuándolo hasta el nuevo paseo á través de aquel hermoso bosque con algunas caprichosas revueltas, se hubiera evitado al público el espectáculo del prosáico camino de las Ventas y el de aquellos tristes edificios, mezquinos y ruinosos, donde todavía vemos en pié, con verdadero asombro, los primitivos merenderos y bodegoños. Si penetramos en el Retiro por la entrada destinada á los coches, nos encontramos en primer lugar con una alameda verdaderamente admisible, bordada de árboles seculares y que nos recuerda los sitios más bellos del Bois de Boulogne ó de Hyde-Park. La casa de fieras que vemos más allá, por más que como edificio merezca respetarse, creemos que podría muy bien ser destinada á otro objeto más útil y más práctico: aquellas desgraciadas fieras, que no conservan de fieras más que el nombre y que arrastran tan triste y mísera existencia, deberían de ser inmoladas aunque no fuese más que por un sentimiento de humanidad, ya que á ninguna necesidad responden, que ninguna curiosidad despiertan, ni interés alguno ofrecen que con la ciencia ó el estudio se relacione. Un pobre león, representante escuálido y macilento de su soberana raza, algunos osos de las montañas de Astúrias, cuatro pájaros indefinibles más viejos que las rejas que los aprisionan, y algunos monos cuyas contorsiones y visajes divierten tan sólo á niñeras y soldados, son los principales representantes del reino animal que conservamos con perseverancia digna de mejor causa. Allí hay terreno, base y elementos para fundar un buen jardín de aclimatación como los que existen en la mayor parte de las capitales europeas, que están dando excelentes resultados para el fomento y mejora de los animales útiles, á la vez que proporcionan grandes ventajas pecuniarias á cuantos municipios los tienen establecidos. ¿Llegaremos á verlo nosotros siquiera planteado? Mucho lo dudamos, pues para todo lo que sea grandes innovaciones y grandes obras, nuestro ayuntamiento se verá siempre, al ménos en la época presente, limitado por la escasez de sus recursos y por las obligaciones sagradas y perentorias que le agobian.

En el terreno comprendido entre el paseo de coches y la calle de Granada recientemente abierta, se está practicando un nuevo y pintoresco trazado, que convertirá aquella hondonada tan espesa é inculta en un parque inglés de bellísimo aspecto y de magníficas proporciones. Se ha arrancado aquella inmensa cantidad de cipreses de fúnebre aspecto y grandes *pelouses* sembradas de macizos, de flores y de agrupados árboles, extenderán por uno y otro lado sus caprichosos declives y risueñas ondulaciones. Una ría, una cascada y dos lagos adornarán además aquellos amenísimos parajes.

Si supiéramos que el comisario del ayuntamiento, el jardinero ó el encargado, en fin, de las obras hubiera de leer estos renglones, nos atreveríamos á

recomendarle la completa supresion de esas plantaciones que, formando verdaderos muros, bordan la mayor parte de las calles del Retiro. Los jardines de estilo Luis XV, localizando y empequeñeciendo los espacios y colocando por doquier murallas y barreras de verdura cuidadosamente talladas y recortadas, han pasado completamente de moda, y mucho agradecería el público que se suprimiesen esos obstáculos y se dejase por todas partes ancho campo en la mirada, deseubriendo grandes espacios y vastos horizontes. En el nuevo paseo de peatones, paralelo al de coches, vemos ya una larga hilera de plantas elevadas que ocultan al público de á pié todo el terreno que desde aquella altura podría dominar.

El mayor de los dos lagos que se construyen se destina á los patinadores, para lo cual se ha establecido en la parte más profunda de la hondonada, en donde sus aguas estarán preservadas de los rayos del sol por una pequeña elevacion del terreno. En el centro del lago puede verse ya el trazado de una isla que será accesible al público por medio de un esbelto puente de yerro, cuya construccion está todavía en proyecto; pero la isla es de tan colosales proporciones, que bien puede asegurarse que allí hay más isla que lago, y que este último queda reducido á la categoría de un modesto canal, de escasísima importancia. No tenemos, pues, *lago* de patinar, aunque así se cree y se ha dicho. Los que han dirigido aquellas obras han pensado más en el público que en los actores, y se han preocupado demasiado de la *galería*, dando muy escasa importancia al *escenario*. Los patinadores no están, por consiguiente, de enhorabuena, pues á todas estas circunstancias, poco favorables, puede añadirse la falta de actividad con que se prosiguen los trabajos, que debe hacerles perder toda esperanza de patinar en el Retiro este invierno. El lago, ó mejor dicho, el canal, está nada más que bosquejado; falta la ría que ha de conducir las aguas, el puente que dará acceso á la isla, el asfalto que habia de extenderse para evitar las filtraciones, y por último, el concurso que se verificará para los que se disputen su contrata ó arriendo.

La grande esplanada donde se intentó establecer hace algunos años un verdadero lago de patinar, ha sido elegida ahora para la colocacion de la hermosa estufa del señor marqués de Salamanca, adquirida recientemente por el ayuntamiento. ¿Quiénes acertarán? ¿Los que creian que la situacion de aquel terreno era á propósito para la formacion del hielo, ó los que la destinan ahora para servir de invernadero? La armazon de hierro de la estufa ha sido levantada con una prontitud verdaderamente excepcional tratándose de los trabajos del Retiro; pero es muy de temer que actividad tan extraordinaria caiga en proporcion igual, y que nos esté reservada por muchos meses y tal vez años la contemplacion de una estufa en esqueleto.

\*  
\* \*

Del terrible incendio que devoró en tan pocas horas el antiguo teatro del Circo nadie se ocupa ya. Tan desgraciado acontecimiento ha sido ya olvidado, sufriendo así la misma suerte que todos los que en Madrid se suceden con tan extraordinaria rapidez. Casi todos los periódicos han recordado la historia de aquel memorable teatro y enumerado las compañías y notabili-

dades artísticas que han venido presentándose en su escena, y entre las cuales encontramos algunas europeas.

Mucho celebraríamos que los beneficios que están dando los principales teatros de Madrid á favor de cuantos sufrieron pérdidas en ese incendio, dieran buenos resultados y compensaran algun tanto á los desgraciados que perdieron en tan cortos instantes el fruto de largos años de trabajo. Si pudiera reunirse por ese medio y por las suscripciones iniciadas la cantidad perdida, casi podríamos celebrar un siniestro que, sin ocasionar desgracias personales, ha destruido un local que por sus especiales condiciones constituia un peligro constante para el numeroso público que lo frecuentaba. El incendio de ese teatro durante una representacion hubiera ocasionado centenares de víctimas y pérdidas tan inmensas como irreemplazables.

\* \* \*

El teatro de la Comedia parece haber roto por fin la mala suerte que le perseguia desde su última apertura, poniendo en escena cuatro piezas en un acto, dos originales y dos arreglos, y otra despues del Sr. Frontaura, titulada *Pepe Caranza*, siendo todas ellas bien recibidas por el público. *El café de la Libertad*, *Cambiar de colores*, el *Ahorro* y *Regalitos* son piezas que ciertamente entretienen al público, pero que no alcanzan la importancia de lo que merece el teatro de la Comedia, su numerosa y siempre escogida concurrencia y el valor de la compañía que en él actúa.

El arte dramático en nuestro país viene ya de largo tiempo en completa y lamentable decadencia, pero nunca tan triste verdad se ha manifestado como de algunos años á esta parte. Los autores, y especialmente los que se dedican al género cómico, no se toman ya el trabajo de buscar asuntos y argumentos verdaderamente originales, que retratan nuestras costumbres y el carácter de la época que atravesamos. La mayor parte buscan en el teatro francés la idea ó el tema de sus composiciones, cuyo extranjero origen ni se apropia á nuestros gustos, ni siquiera se presta á nuestro lenguaje. Hoy vemos más arreglos y traducciones que producciones originales, y tan fatal corriente, despues de apoderarse de la escena dramática invade, tambien nuestra escena lírica, dando por resultado cuando no arreglos, esas obras originales que con tanta fortuna explota Arderius y que no son más que la caricatura de la caricatura, lo tristemente grotesco remplazando el género bufo, tan chispeante en Francia como pobre é incoloro en nuestro teatro. Creemos firmemente que podria encontrarse eficaz remedio contra estos males: para ello bastaria un escritor de talento y de energía (y estos no nos faltan por fortuna) que á la vez que iniciara un movimiento regenerador con algunas obras de incontestable mérito, emprendiera una ruda y vigorosa campaña contra ese género de importaciones extranjeras. Muchos le seguirian.

\* \* \*

Dice un eminente publicista que habiendo asistido al nacimiento de muchos periódicos, ha visto siempre que los directores y redactores desconfian del éxito del primer número, oyéndoles asegurar que seria infinitamente más ventajoso

principiar por el segundo. Esto mismo puede aplicarse á las representaciones teatrales. Nada inspira más temores ni nada preocupa tanto á las empresas como una primera representacion. El dia que se estrena una obra es un dia de agitacion febril para todos los que en ella han de tomar parte; desde el primer artista hasta el modesto partiquino, desde el empresario hasta el último maquinista. Bien nos demostró esta verdad la primera representacion de la ópera *Fausto*: estamos seguros de que todos los que tomaron parte en ella hubieran deseado tambien empezar por la segunda.

Cuatro años ha estado el *Fausto* de Mr. Gounod encerrado en los archivos del teatro Real, y su reaparicion ha tomado en Madrid las proporciones de un verdadero acontecimiento musical. Debía, además, debutar una nueva artista, la señorita Ferni German, que la empresa acaba de contratar en reemplazo de las que con mediana fortuna nos ha venido presentando. Así es que la noche del estreno acudió al régio coliseo una inmensa concurrencia.

El *Fausto* es una de las óperas que más éxito han obtenido en Madrid. En general, todas las obras de Gounod, las dos óperas que conocemos y las piezas de concierto que tanto aplaudimos en las noches de verano ó en los conciertos de Monasterio, han sido acogidas por nosotros con un entusiasmo que fácilmente puede justificarse. Gounod ha hecho en música un verdadero *tour de force*; ha llevado hasta donde puede llevarse la reunion, la combinacion de las dos grandes escuelas musicales, aplicando la armonía profunda é incomparable de los maestros alemanes á las melodías apasionadas y ardientes que la Italia inspira á sus privilegiados hijos. Además, nadie conoce como Gounod la historia de su arte. La música no tiene para él ningun secreto: ha estudiado una tras otra las especialidades de todos los maestros, pasando de los antiguos á los modernos y compulsando con actividad infatigable las mil variedades de todos los estilos. La invencion en música es una nueva combinacion de las ideas que lentamente han venido elaborándose; así es que Gounod, en posesion de esa enorme suma de conocimientos, ha encontrado fácil el camino que habia de conducirle á tan brillantes resultados.

Temeraria fué, sin embargo, la empresa emprendida por el maestro francés al poner en música el inmortal poema de Goethe. El poeta aleman escribia á Schiller que nuestro Mozart no veia, exceptuando á Meyerbéer, ningun compositor capaz de llevar á buen fin tan árdulos trabajos, y sin embargo, Meyerbéer lo rechazó siempre. Decia á los que le hablaban del *Fausto* que las grandes producciones de la inteligencia deben perpetuarse tal como quedan el dia de su formacion, que la música es inútil allí donde la palabra es suficiente y que obras como el *Fausto* de Goethe, el *Hamlet* de Shakspeare, el *Misántropo* de Molière ó la *Vida es sueño* de Calderon, no necesitan nada para completarse, porque llevan ellas en sí la absoluta perfeccion. Meyerbéer, para quien no era extraño nada de lo que se relaciona con el mundo de la inteligencia; Meyerbéer que parecia ocuparse tan sólo de la música, pero que pasó la mitad de su vida estudiando los grandes problemas de la filosofía y de la historia, no aceptó el libreto del *Fausto* á pesar de las reiteradas instancias del mismo Goethe; no creyó que le seria posible componer una música que estuviera á la altura del poema, ni se encontró con

fuerzas suficientes para expresar por medio de su arte, con la grandeza adecuada y la exactitud precisa, las implacables luchas del héroe de Goethe, las mortales angustias de aquella conciencia atormentada por todas las dudas que pueden asaltar al alma humana, su grandiosa trasformacion por medio del amor y la dolorosa historia de Margarita, historia que por su sencillez parece alcanzar el último grado de lo sublime. ¿Ha conseguido Gounod lo que ni siquiera intentó Meyerbéer? No lo creemos: Gounod ha compuesto una preciosa ópera, sembrada de bellezas musicales, pero en la cual no encontramos ni remotamente ese perfecto acuerdo de la música con el drama que Meyerbéer juzgó imposible. En la *partitura* de Gounod el doctor *Fausto* es simplemente un trovador que canta melodías más ó ménos románticas y apasionadas al pié de la ventana de su amada; Margarita una jóven como existen tantas, que cede al impulso de la pasion, y Mefistófeles un bajo cantante, caracterizado tan sólo por aquellas grotescas contorsiones ó aquella roja vestimenta.

La Srta. Ferni, que ha interpretado el papel de Margarita, ha satisfecho en general al público, á pesar de los recuerdos que en esa ópera han dejado artistas de más talla. Posee una voz de agradable timbre, aunque de no mucha extension ni fuerza, pero que alcanza fácilmente las notas altas que encuentra en su camino y que, por fortuna, ni son extremas ni numerosas en la *partitura* que ha elegido para presentarse ante nuestro público. Fué aplaudida en el ária de las joyas, y las pocas, pero deliciosas frases que dice en el segundo acto al rechazar el brazo de Fausto, promovieron ese movimiento general de aprobacion y ese sordo murmullo de agrado que siempre satisface más á los cantantes que los estrepitosos aplausos que parten de las altas regiones del teatro. La Srta. Ferni decae, sin embargo, en el cuarto y quinto acto, á los cuales llega fatigada; pero en todo el curso de la ópera adviértese en la jóven artista los resultados obtenidos por severos y concienzudos estudios.

El *Fausto* no es la ópera que más conviene á los medios y facultades del Sr. Stagno. En ella no puede desarrollar, como en el *Romeo y Julieta* del mismo autor, las grandes notas del registro alto que constituyen su especialidad y su mérito. Es, sin embargo, muy aplaudido al final del segundo acto, en la frase *io t'amo*, que dice con sin igual energía; en la romanza del tercero, que matiza con delicadeza, y en el terceto del duelo, al que imprime gran colorido y excepcional carácter.

El Sr. Ordinas desempeña la parte más difícil de la obra, la que con más predileccion escribió Gounod. Este modesto artista vence algunas de las dificultades de que está erizado su papel y es escuchado con bastante benevolencia en aquellas que más resisten á la rudeza y mediana cultura de su voz; pero es digno en verdad de elogio por lo bien que caracteriza su papel y por las condiciones artísticas que revela en el segundo acto cuando los soldados le rechazan con la imágen de la cruz. Los aplausos que el Sr. Ordinas ha escuchado han sido dirigidos al artista, pero creemos que despues de algunos años de eficaz estudio, cuando consiga dominar las exuberancias de su poderosa voz, aplaudiremos tambien al cantante.

Mala suerte persigue á las artistas alemanas. La Srta. Proch, á quien no se

pudo juzgar suficientemente en el corto papel que desempeñó en los *Los Hugonotes*, ha estado á punto de atraerse en el *Fausto* una tempestad parecida á la que promovió su compatriota la Srta. Gester. La Proch, que tiene una voz verdaderamente magnífica, ha seguido con escasos resultados el curso de canto en el Conservatorio de Viena. No creemos que sus profesores hayan fundado en ella grandes esperanzas porque á nuestro entender carece por completo del oído músico que es la primera condicion que se exige para el canto. En la segunda representacion de *Fausto* fué reemplazada por la Srta. Ferrari, cuya inteligencia y superiores conocimientos en el arte demostró bien claramente al estudiar en pocas horas su papel y al presentarse ante el público sin haber ensayado una sola vez ni con la orquesta ni con los demás artistas. Si la naturaleza hubiera concedido á la Srta. Ferrari la voz de la Srta. Proch, creemos que aquella hubiera alcanzado, merced á sus notables condiciones artísticas, uno de los primeros puestos entre las celebridades europeas.

Enviamos nuestra enhorabuena al Sr. Rota que ha desempeñado la parte de Valentin como no lo ha hecho ningun barítono en Madrid, y terminamos estos apuntes consignando la mediana interpretacion que en general ha obtenido el *Fausto*, á la cual ha contribuido en gran parte los imperdonables deslices de la orquesta, entre los cuales recuerdo los del primer violin, que acompaña como un principiante la preciosa romanza de tenor del tercer acto.

\* \* \*

Para concluir.

Uno de los autores más conocidos y aplaudidos de Madrid leia la otra noche, en presencia de algunos amigos, los dos primeros actos de una comedia que está á punto de terminar y que destina á uno de nuestros primeros teatros.

El argumento de la obra estriba únicamente en los amores de un gallardo jóven que se apasiona de una mujer horrible y por la cual hace todo género de locuras.

—Te silbarán, de seguro, le decia uno de sus mejores amigos.

—¿Por qué?

—Porque toda tu comedia es inverosímil. Nadie se enamora de ese modo de una mujer tan fea.

—¿Qué equivocado estás! contestaba el poeta; mi comedia obtendrá un éxito completo porque encierra un consejo profundo y trascendental, que muchos habrán de agradecerme y que yo sintetizo de este modo: "No os enamo-rais jamás de una mujer fea; es sumamente agradable, pero lo estareis toda vuestra vida." Además, añadía el alegre escritor, ¿se ama á las mujeres por su hermosura? ¿Qué disparate! ¿Se las ve hermosas porque se las ama!

Y tiene razon.

L. F. DE C.



AÑO PRIMERO

DE LA

# REVISTA CONTEMPORÁNEA



## ÍNDICE POR ÓRDEN ALFABÉTICO

ACUÑA Y VILLANUEVA, Rosario.—La gota de agua y la estrella.....	Tomo 3.º Pág.	20
ACUÑA DE LA IGLESIA, Rosario.—Casualidad, soneto.....	" 5.º "	20
Europa, soneto.....	" 5.º "	361
Al siglo XIX, poesía.....	" 6.º "	499
ALAS, Leopoldo.—La lágrima y el beso, poesía.....	" 3.º "	194
ALCALÁ GALIANO, José.—¿Se halla en decadencia el teatro Español?.....	" 2.º "	467
El caminante, poesía.....	" 4.º "	373
ARDILA SANDE; Vicente.—Los Minnesingers....	" 6.º "	490
ARENAS, Manuel.—A la razon, poesía.....	" 6.º "	180
AUERBACH, Berthold.—De guardia, novela.....	" 1.º "	I
AZCÁRATE, Gumersindo.—El positivismo en el Ateneo de Madrid.....	" 3.º "	350
El positivismo y la civilizacion.....	" 4.º "	230
		y 465
BARRINGTON DE FONBLANQUE, E.—Gaspar Hauser.....	" 6.º "	431
BAUDRILLART, H.—Las costumbres romanas en los primeros siglos del Imperio.....	" 2.º "	426
Idem, segundo artículo.....	" 3.º "	24
BIGOT, Charles.—Octavio Feuillet y sus novelas....	" 1.º "	153
Correspondencia de París.....	" 2.º "	376
Idem, id.....	" 3.º "	236
Id.—La pintura y la escultura en 1876.....	" 3.º "	497
Correspondencia de París.....	" 4.º "	251
Id.—Los diarios políticos de París.....	" 5.º "	116
Correspondencia de París.....	" 5.º "	505
Idem, id.....	" 6.º "	115
Idem, id.....	" 6.º "	374
BLANCO ASENJO, R.—La nave, poesía.....	" 1.º "	522
Los dos infinitos, poema.....	" 2.º "	441
La clavellina azul, poema.....	" 4.º "	106
Nubes y olas, poesía.....	" 4.º "	309
Reflejos mentidos, poesía.....	" 4.º "	464
La cruz en el agua, novela.....	" 6.º "	129

BLIND, Karl.—Vida y hechos de Francisco Deak....	Tomo 2.º	Pág. 447
Vida y poesías de Fernando Freiligrath.....	" 5.º	" 39
BLUNTCHSLI, J. K.—Responsabilidad é irresponsabilidad legales del Papa.....	" 4.º	" 52
BLYDEN, Edward W.—El cristianismo y la raza negra.....	" 5.º	" 191
BORREGO, Andrés.—Historia del derecho de recogidas.....	" 3.º	" 420
La cuestion de Oriente.....	" 4.º	" 310
El régimen constitucional en España.....	" 4.º	" 502
De las modificaciones que en el derecho público internacional requiere el afianzamiento de la paz y de la prosperidad de Europa.....	" 5.º	" 297
BROODRICH, G. C.—Los principios liberales en Inglaterra.....	" 2.º	" 280
BURELL, Julio.—Un alma, poesía.....	" 5.º	" 190
CALDWELL, Robert Charles.—Demonolatría, danza del diablo y posesion demoniaca.....	" 2.º	" 302
CALVO REVILLA, Luis.—Soneto.....	" 5.º	" 433
Soneto :.....	" 6.º	" 154
CAMPOAMOR, Ramon de.—La música, poema en un canto.....	" 1.º	" 418
Los caminos de la dicha, poema.....	" 5.º	" 65
CAÑAMAQUE, Francisco.—Retrato de Mirabeau..	" 2.º	" 294
CASHEL HOEY, Mrs.—Ni una seña, novela.....	" 2.º	" 5
		133 y 261
CENCILLO, Jesús.—El niño ciego, poesía.....	" 4.º	" 422
COMYNS CARR, J. W.—La poesía inglesa moderna.....	" 6.º	" 182
COTARELO, Arturo.—Bibliografía militar.....	" 2.º	" 131
La Walhalla de D. Juan Fastenrath.....	" 5.º	" 407
CURROS Y ENRIQUEZ, M.—Vacilaciones, poesía.	" 5.º	" 339
CHARLTON BASTIAN, H.—¿Por qué tienen los animales un sistema nervioso?.....	" 5.º	" 272
CHARRO-HIDALGO, A.—Las lágrimas, poesía de Bauernfeld.....	" 1.º	" 120
La perla de la vida, imitacion de Dorer-Egloss.....	" 1.º	" 218
A la muerte de un poeta, soneto.....	" 1.º	" 328
CHAVES, Angel R.—Leonor de Pimentel, leyenda..	" 6.º	" 64
DANGERFIELD, John.—La locura del profesor Hoffmann.....	" 6.º	" 385
DANREUTHER, Edward.—La música dramática...	" 1.º	" 57
DELBOEUF, M. J.—Teoría de la sensibilidad.....	" 1.º	" 67
ECHEGARAY, José.—De la conservacion de la energía en el mundo material.....	" 1.º	" 342
Idem, id.....	" 2.º	" 80
ESCOSURA, Patricio de la.—La literatura contemporánea en la América Meridional y sus relaciones con la española.....	" 2.º	" 405
Idem, id.	" 3.º	" 80
Un príncipe de Gales en Madrid hará cosa de dos siglos y medio.....	" 3.º	" 296
		y 466
D. José Antonio Maitin, poeta venezolano..	" 4.º	" 202
Literatura peruana contemporánea.....	" 5.º	" 162



ESTASÉN, P.—La teoría de la evolucion aplicada á la historia.....	Tomo 4. <sup>o</sup> pág. 447
Idem, id.....	" 5. <sup>o</sup> " 218
ESTEBAN GOMEZ, José.—Wagner y su <i>Rienzi</i> en nuestro teatro.....	" 2. <sup>o</sup> " 114
Un acontecimiento musical.....	" 4. <sup>o</sup> " 113
FAIRBAIRN, A. M.—David Federico Strauss...	" 5. <sup>o</sup> " 341
Idem, id.....	" 6. <sup>o</sup> " y 485 92
FASTENRATH, Juan.—Weimar y sus glorias....:	" 2. <sup>o</sup> " 54
El crítico, teólogo y poeta J. G. Herder....	" 2. <sup>o</sup> " 358
Correspondencia de Alemania.....	" 2. <sup>o</sup> " 495
Idem, id.....	" 3. <sup>o</sup> " 114
Idem, id.....	" 3. <sup>o</sup> " 368
Idem, id.....	" 4. <sup>o</sup> " 499
El pintor noruego-aleman Adolfo Fidemand.	" 6. <sup>o</sup> " 269
FERRI, Luigi.—El proceso de Galileo, segun documentos inéditos.....	" 6. <sup>o</sup> " 68
FEUILLET, Octave.—El parque, escena de familia..	" 3. <sup>o</sup> " 5
FISCHER, Kuno.—Vida de Kant.....	" 1. <sup>o</sup> " 98
	233 y 370
GAIRDNER, James.—Aspecto histórico de los milagros.....	" 1. <sup>o</sup> " 18
GARCÍA DEL REAL, L.—Estudio sobre el origen é importancia de Barcelona.....	" 6. <sup>o</sup> " 470
GLADSTONE, W. E.—Las corrientes del pensamiento religioso.....	" 4. <sup>o</sup> " 166
Los horrores de Bulgaria y la cuestion de Oriente.....	" 5. <sup>o</sup> " 444
GODINEZ, E.—El mágico prodigioso, de Calderon.	" 1. <sup>o</sup> " 471
Poesía de Lord Byron.....	" 2. <sup>o</sup> " 313
La marina del porvenir.....	" 3. <sup>o</sup> " 336
Lo que emprende el periódico moderno.....	" 4. <sup>o</sup> " 347
A una señora que lloraba, poesía de Lord Byron.	" 5. <sup>o</sup> " 64
El amor á toda prueba, poema.....	" 5. <sup>o</sup> " 422
Estudio histórico sobre la marina de los pueblos que se establecieron en España hasta el siglo XII de nuestra era, por F. Lacasi. (Análisis y ensayos.).....	" 6. <sup>o</sup> " 127
GOTTSCHALL.—Bibliografía filosófica de Alemania de 1875.....	" 2. <sup>o</sup> " 512
HALM, Federico.—El hijo del desierto, drama.....	" 4. <sup>o</sup> " 5
Idem, id.....	129, 257 y 385 " 5. <sup>o</sup> " 5
HARTMANN, Mauricio.—Los cabellos de oro, cuento.....	" 2. <sup>o</sup> " 389
HAUFF, W.—El corazon frio, cuento.....	" 1. <sup>o</sup> " 129
HEYSE, Paul.—La bordadora de Treviso, novela...	" y 261 1. <sup>o</sup> " 389
Lottka; novela.....	" 3. <sup>o</sup> " 129
	257 y 385
HOLTZENDORFF, Franz von.—Psicología del homicidio.....	" 3. <sup>o</sup> " 98
	y 213
HUXLEY, T. H.—Confines entre los reinos animal y vejetal.....	" 2. <sup>o</sup> " 210



JEFFERIES, Richard.—El espíritu de la agricultura moderna.....				Tomo 6.º pág. 21 y 155
JENNINGS, L. J.—Problemas pendientes en la política norte-americana.....	”	5.º	”	317
LAUGHTON, J. K.—La armada veneciana en el siglo XVI.....	”	2.º	”	164
LEWES, George Henry.—Goethe y Schiller.....	”	1.º	”	219
El espiritualismo y el materialismo.....	”	3.º	”	316
Idem, id.....	”	4.º	”	291
LINDAU, R.—El péndulo filosófico, novela.....	”	5.º	”	129
LOPEZ IRIARTE, E.—La cortina, imitación de Goethe.....	”	1.º	”	17
El pino del Norte, traducción de Heine.....	”	1.º	”	120
Mi pálido rostro, traducción de Heine.....	”	1.º	”	194
Invocación, poesía.....	”	4.º	”	165
LLORENTE, Teodoro.—La romería, poesía de Heine.	”	3.º	”	46
Fragmentos del <i>Fausto</i> de Goethe.....	”	6.º	”	38
MANNING, el cardenal.—El Papa y la Carta magna.	”	1.º	”	284
MAX-MULLER, F.—La educación nacional como un deber de la nación.....	”	1.º	”	329
Correspondencia entre Schiller y el duque de Schleswig-Holstein.....	”	5.º	”	362
MOHR, profesor.—El calor interno de la tierra.....	”	1.º	”	519
MONTEVERDE, Alfredo O.—Víctor Cherbuliez....	”	6.º	”	44
MONTORO, Rafael.—Crónica de la literatura inglesa y norte-americana.....	”	1.º	”	249
Una defensa de María Tudor.....	”	1.º	”	448
Crónica del Ateneo.....	”	2.º	”	121
Crónica de la literatura inglesa y norte-americana.....	”	3.º	”	104
Alfredo de Musset.....	”	4.º	”	19
Crónica de la literatura inglesa y norte-americana.....	”	5.º	”	235
Les orígenes de la France contemporaine, por H. Taine (análisis y ensayos).....	”	6.º	”	122
Juan Jorge Hamann.....	”	6.º	”	313
MORAYTA, Miguel.—¿Cuándo reinó Menés?.....	”	3.º	”	281
MOREL-FATIO, A.—Fray Luis de Leon y la Inquisición española.....	”	3.º	”	494
Crónica del movimiento filológico é histórico.	”	5.º	”	247
MURUAIS, Jesús.—Más luz, poesía.....	”	4.º	”	445
El milagro.....	”	6.º	”	257
NEWCOMB, Simon.—Adelantos de la astronomía..	”	6.º	”	282
NUÑEZ DE ARCÉ, Gaspar.—Soneto.....	”	6.º	”	450
PALACIO, Manuel del.—El arroyo, canción sueca..	”	1.º	”	357
Mi noche-buena.....	”	2.º	”	113
Relámpagos.....	”	2.º	”	163
Morendo.....	”	2.º	”	494
Pensamientos.....	”	3.º	”	150
Idem.....	”	4.º	”	201
Muertos que viven.....	”	6.º	”	364
PANADÉS, D. José.—Deberes del clero en política.	”	6.º	”	207
PATISSON, Mark.—La religión del positivismo.....	”	3.º	”	50
PAZ, Abdon de.—Napoleón en Tordesillas.....	”	5.º	”	257
Más allá de la tumba.....	”	6.º	”	162
PEÑA Y GOÑI.—Afinidades del porvenir.....	”	4.º	”	145

PERERA, Arturo.—Soneto.....	Tomo 5.º	Pág. 316
Cómo aman los hombres.....	" 5.º	" 385
Idem, (conclusion.....	" 6.º	" 5
PEREZ DE GUZMAN, Juan.—El lado amable de un rey severo.....	" 6.º	" 76
PEROJO, José del.—Hæckel juzgado por Hartmann..	" 1.º	" 358
Crónica de la literatura alemana.....	" 2.º	" 255
Voyage au pays de Babel, par F. Julien (anal-yens.).....	" 6.º	" 118
RALSTON, W. R. S.—Nekrasof, poeta ruso contemporáneo.....	" 3.º	" 175
REVILLA, M. de la.—Revista crítica.....	" 1.º	" 121
¡Qué risa! poesía.....	" 1.º	" 171
Revista crítica.....	" 1.º	" 242
Revista crítica.....	" 1.º	" 383
Revista crítica.....	" 1.º	" 523
Un corazon de hielo, poesía.....	" 2.º	" 53
Revista crítica.....	" 2.º	" 249
Revista crítica.....	" 2.º	" 383
Revista crítica.....	" 2.º	" 505
Mirando al cielo, poesía.....	" 3.º	" 19
Revista crítica.....	" 3.º	" 121
Revista crítica.....	" 3.º	" 244
Puesta del sol, poesía.....	" 3.º	" 280
Revista crítica.....	" 3.º	" 379
Revista crítica.....	" 3.º	" 504
Revista crítica.....	" 4.º	" 122
A Lesbia, poesía.....	" 4.º	" 346
Revista crítica.....	" 4.º	" 374
Revista crítica.....	" 4.º	" 505
La filosofía española.....	" 5.º	" 111
No hay rosa sin espinas, dolora.....	" 5.º	" 159
Revista crítica.....	" 6.º	" 110
Historia de la literatura contemporánea de España, por Gustavo Hobbard.....	" 6.º	" 214
Revista crítica.....	" 6.º	" 366
El nuevo drama del Sr. Echegaray.....	" 5.º	" 413
RODRIGUEZ, Gabriel.— España y la libertad, obra póstuma del conde de Montalembert.....	" 2.º	" 233
Idem, id.....	" 2.º	" 315
Idem, id.....	" 3.º	" 195
Idem, id.....	" 4.º	" 85
Idem, id.....	" 5.º	" 21
ROMERO BLANCO, F.—La filosofía del Sr. Nieto y Serrano.....	" 5.º	" 427
ROS DE OLANO, A.—El arte, soneto.....	" 3.º	" 439
A N. R., soneto.....	" 6.º	" 312
ROSTCHILD, Constance de.—La mujer hebrea.....	" 4.º	" 423
SALA, Pedro P. de la.—Doctrinas socialistas del pueblo cristiano.....	" 4.º	" 271
Idem, id.....	" 5.º	" 83
SALAZAR AGUADO, A.—Los suspiros, poesía...	" 2.º	" 293
SCOT HENDERSON, J.—El realismo razonado.—Ultima faz de la filosofía positivista.....	" 1.º	" 195
SCHIFF, Mauricio.—La fisica en la filosofía.....	" 1.º	" 480
SCHWARTZ, A.—Guillermo Bilderdyck, poeta holandés.....	" 1.º	" 311

SELLEN, A.—¡Alas, alas! imitacion de Rucker.....	Tomo 2. <sup>o</sup>	Pág. 407
Elegía.—H. Gautier.....	" 3. <sup>o</sup>	" 349
SOLSONA, Conrado.—Una mirada, poesía.....	" 3. <sup>o</sup>	" 402
SOMOZA DE MONSORIU, Julio.—Una carta de D. Enrique de Villena á Juan Fernandez de Valera sobre el mal de ojo.....	" 4. <sup>o</sup>	" 398
SOURY, Jules.—La historia del materialismo de Lan- ge.....	" 3. <sup>o</sup>	" 440
SPENCER, Herbert.—Psicología comparada del hom- bre.....	" 1. <sup>o</sup>	" 500
SULLY, James.—La psicología fisiológica en Ale- mania.....	" 2. <sup>o</sup>	" 329
VALERA, Juan.—La originalidad y el plágio.....	" 2. <sup>o</sup>	" 27
VIDART, Luis.—Dudas y creencias, poesía.....	" 4. <sup>o</sup>	" 83
Una nueva teoría acerca de la clasificacion de las obras novelescas.....	" 6. <sup>o</sup>	" 243

### ANÓNIMOS.

Lucrecia Borgia rehabilitada.—Un libro de Gregoro- vius.....	" 1. <sup>o</sup>	" 30
Bases físicas y fisiológicas de la armonía.—Teorías de Helmholtz y Fyndall.....	" 1. <sup>o</sup>	" 172
El cuakerismo.....	" 1. <sup>o</sup>	" 426
La filosofía pesimista.—El sistema de Hartmann.....	" 2. <sup>o</sup>	" 93 y 189
El renacimiento intelectual en la Edad Media.—La obra de Draper.....	" 3. <sup>o</sup>	" 151
Orígen y desarrollo del hombre.....	" 3. <sup>o</sup>	" 403
Idem, id. ....	" 4. <sup>o</sup>	" 68
Virgilio y Tennyson.....	" 4. <sup>o</sup>	" 331
Programa de los cursos de filosofía en las universidades alemanas.....	" 5. <sup>o</sup>	" 125
Crónicas de Madrid, por L. F. de C.....	" 6. <sup>o</sup>	" 250 379 y 500
La cuestion de Oriente desde el punto de vista de los cristianos del Oriente.....	" 6. <sup>o</sup>	" 345
La economía política como salvaguardia de la demo- cracia.....	" 6. <sup>o</sup>	" 451



Madrid, 30 de Noviembre de 1876.

Director y propietario: JOSÉ DEL PEROJO.

Madrid, 1876.—Imprenta de Manuel G. Hernandez,  
San Miguel, 23, bajo.